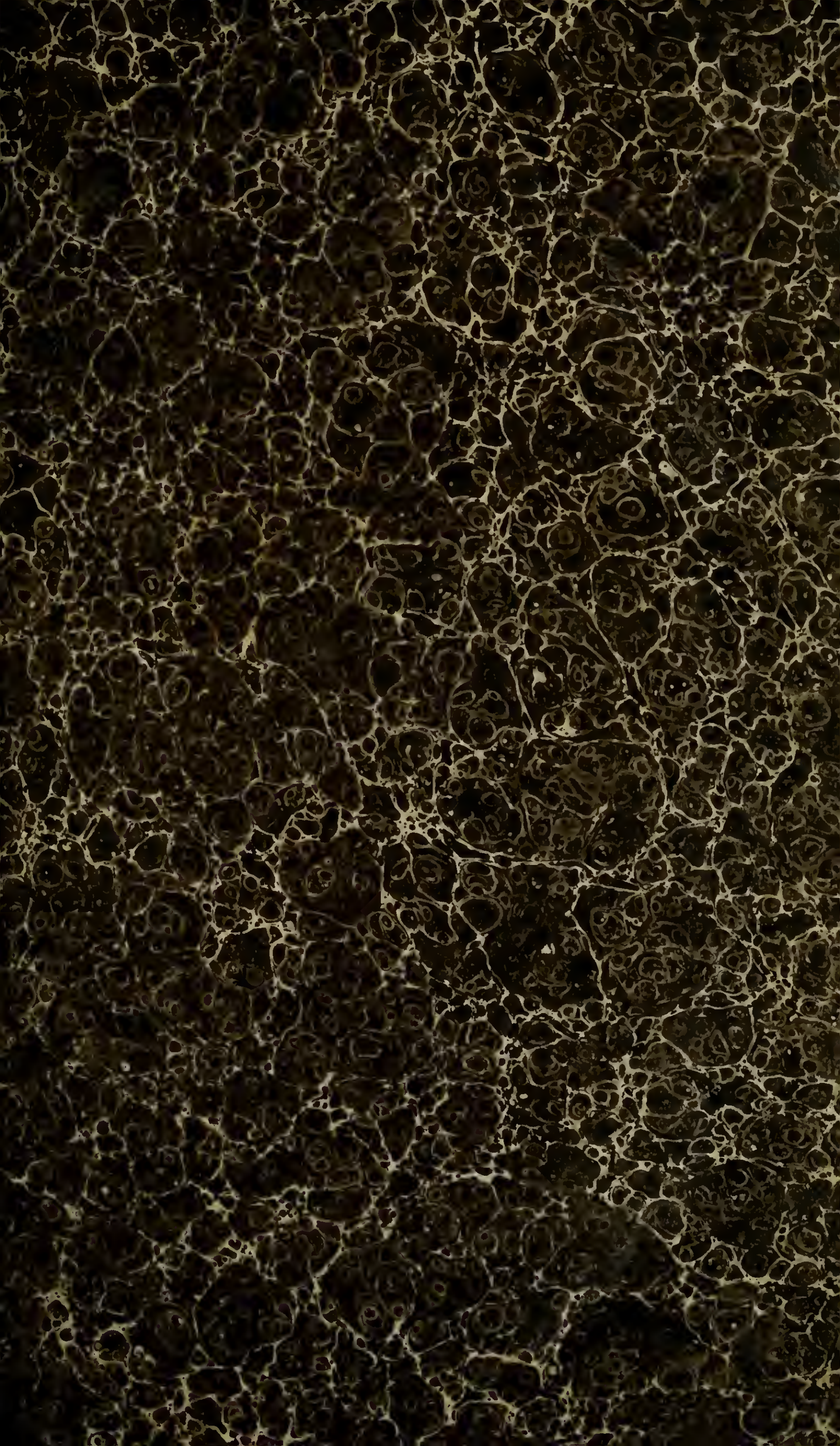



DUKE UNIVE
DURH
Rec'd July
Library Budget
Fund
DUKE
UNIVERSITY
LIBRARY
Treasure Room
UTOPIA



CARTAS
PERUANAS.

MOREAU, IMPRESOR, CALLE COQUILLÈRE, N. 27

CARTAS

PERUANAS.

ESCRITAS EN FRANCES,

POR MADAMA DE GRAFIGNY,

TRADUCIDAS AL ESPAÑOL.

PARIS,

En casa de ROSA, librero, gran patio del Palacio-Real,
y calle de Montpensier, nº. 5.

1823.

INTRODUCCION HISTORICA

A LAS CARTAS

DE UNA PERUANA.

No existe un pueblo cuyos conocimientos sobre su origen y antiguedad sean tan limitados como los del Peruano ; sus anales apenas contienen la historia de cuatro siglos. Segun su tradicion *Mancocapac* fué su legislador y primer Inca.

Este decia que el Sol, á quien apellidaban padre, y veneraban como Dios, conmovido de la barbarie en que vivian desde tiempo inmemorial, les envió de su celeste morada, á dos hijos suyos, para darles leyes, y animarles á ser hombres razonables reuniéndose en poblaciones y dedicándose al cultivo de los campos.

A *Mancocapac*, y á su esposa *Coya-Mama-Oello-Huaco*, debieron los Peruanos los principios, las costumbres y las artes que les constituyeron un pueblo felíz, cuando la avaricia, avorto del seno de un mundo cuya existencia ni tan siquiera sospechaban, arrojó en su suelo unos tiranos, cuya barbarie la humanidad mirará siempre con rubor, y considerará como el mayor crimen de aquel siglo.

Las circunstancias en que se hallaban los Peruanos, cuando los Españoles desembarcaron en aquel pais, favorecieron en gran manera á estos últimos. Mucho tiempo habia que se hablaba de un oráculo antiguo, que vaticinaba, que *al cabo de un cierto número de reinados llegarian en su pais unos hombres extraordinarios cual nunca se habian visto, quienes invadirian el reino*, y *destruirian la religion.* Aunque la astronomía era una de las principales nociones de los Peruanos se atemorizaban con los prodigios, lo mismo que otros pueblos menos civilizados: tres círculos que habian observado en torno de la luna, y sobre todo algunos cometas, les habian terrorizado; un aguila que

vieron perseguida por otras aves, el mar salido de madre, en una palabra, todo hacia el oráculo tan infalible como malhadado.

El primogénito del séptimo de los Incas cuyo nombre en lengua peruana ya anunciaba la fatalidad de su época *, habia visto en otro tiempo una cara muy distinta de las de los Peruanos. La barba larga, un vestido que le cubria todo el cuerpo, y un animal desconocido que llevaba del cabestro, habian atemorizado al príncipe, á quien dijo el fantasma ser hijo del Sol, hermano de *Mancocapac* y llamarse *Viracocha*. Esta ridícula novela, desgraciadamente se habia conservado entre los Peruanos; y por lo mismo en el momento que vieron los Españoles con barba, vestidos, y montados en animales cuya especie les era desconocida, creieron ver en aquellos, á los descendentes de *Viracocha*, que se apellidaba hijo del Sol, y de aí el usurpador tomó el pomposo título de oriundo del Dios que ellos adoraban, llamandolo así los embajadores que mandó.

El pueblo en todas partes es idéntico: todos

* Se llamaba YAHUARHUOCAC; que, traducido literalmente, significa LLORA-SANGRE.

se humillaron á la vista de los Españoles, que fueron casi generalmente reçonocidos por Dioses, y cuyo furor sanguinario no pudieron apasiguar con los donativos mas considerables, y las humillaciones mas vergonzosas.

Observando los Peruanos que los caballos de los Españoles roian sus frenos, se imaginaron que aquellos monstruos domados, participes de su respeto y quizas de su culto, se alimentaban con metales: tomaban cuanto oro y plata poseian, y diariamente les engalanaban con aquellas ofrendas. Este solo rasgo bastará para dar una idea de la credulidad de los Peruanos, y de la facilidad con que los Españoles pudieron alucinarles.

Aunque los Peruanos se hubiesen sometido con la mayor humillacion al dominio de sus tiranos, habian dejado traslucir demasiado sus inmensas riquezas, para que estos tubiesen la menor conmiseracion: un pueblo entero sumiso y pidiendo gracia fue cruelmente degollado; todos los derechos de la humanidad violados, dejaron á los Españoles dueños absolutos de los tesoros de una de las mas pingues porciones del mundo. *Victo-*

rias mecánicas, dice Montaigne *, recordando el vil objeto de estas conquistas, *nunca la ambicion ni las enemistades públicas condujeron los hombres unos contra otros á tan crueles hostilidades, á calamidades tan miserables...*

De esta manera los Peruanos fueron las tristes víctimas de un pueblo avaro, que en el principio solo manifestó amitad y buena fe. La ignorancia de nuestros vicios, y la sencilléz de sus costumbres, les precipitaron en los brazos de sus pérfidos enemigos. En vano inmensas distancias separaban sus pueblos y ciudades de nuestro horizonte, todas sufrieron el yugo y fueron agregadas como presa la mas preciosa al dominio del antiguo continente.

¡Que espectáculo para los Españoles, el ver los jardines del templo del Sol, cuyos arboles, flores y frutas eran de oro, labrado con un arte hasta entonces desconocido en Europa! Los muros del templo estaban tapizados del mismo metal; inumerables estatuas cubiertas de piedras preciosas, y muchísimas otras riquezas

* T. V, cap. VI, des Coches.

desconocidas, deslumbraron á los conquistadores de aquel pueblo infeliz. Dando un libre curso á sus crueldades, olvidaron que los Peruanos eran sus semejantes.

Un análisis sucinto como el que hemos hecho de las costumbres de aquellos infelices pueblos, completará la introduccion que hemos juzgado conducente que precediese las cartas que vamos á públicar, dando á conocer al mismo tiempo sus infortunos.

Los Peruanos eran generalmente francos y humanos; el fervor con que profesaban su religion, lès hacia observar con rigidéz las leyes, que miraban como obra de *Mancocapac*, hijo del Sol que adoraban; y aunque este astro era el único Dios venerado en los templos, reconocian otro Dios supremo y creador, á quien llamaban *Pachacamac*; para ellos era la palabra mas grandiosa, que se pronunciaba muy raras veces y con señales de la mayor admiracion y respeto.

Tambien tenian en mucha veneracion á la Luna, á quien daban el nombre de hermana y esposa del Sol. La consideraban como la madre de todo lo creado; pero al mismo tiempo creian,

como todos los Indios que causaria la destruccion del mundo, cayendo sobre la tierra y anonadándola con el golpe. El trueno que llamaban *Yalpor*, los relámpagos y el rayo, se reputaban como ministros de la justicia del Sol; y esta idea contribuyó no poco al santo respeto que los primeros Españoles les inspiraron, cuyas armas de fuego tomaron por los instrumentos del rayo.

Los Peruanos ya admitian la opinion de la inmortalidad del alma, y creian bien así como la mayor parte de los Indios, que el alma iva á un lugar desconocido para recibir la recompensa ó castigo que en este mundo hubiese merecido.

El oro y todas las cosas mas preciosas que tenian, eran las ofrendas que presentaban al Sol. El *Raymi* era la principal fierta de este Dios, á quien presentaban una copa de *maiz*, especie de licor fuerte que los Peruanos extraian de una planta, y bebian hasta la embriaguéz despues de los sacrificios *.

El magestuoso templo del Sol tenia cien puer-

* Esta planta es el maiz, que aun en el dia es el principal alimento del pueblo peruano y megicano. — Nota del traductor.

tas, que solo el inca reinante que llamaban el *Capa-Inca* tenia la prerogativa de mandar abrir, y solo él podia penetrar en lo interior del templo.

Las vírgenes consagradas al Sol, desde la cuna entraban en el templo en donde guardaban perpetuamente su virginidad, bajo la vigilancia de sus *manas*, ó directoras, excepto cuando las leyes las destinaban al tálamo nupcial de los Incas que siempre debian unirse con sus hermanas, ó á falta de estas con la primera princesa de la familia, virgen consagrada al Sol. Una de las principales occupaciones de aquellas vírgenes era la de trabajar á las diademas de los Incas, cuya riqueza consistia en una especie de franja.

El templo estaba adornado con varios ídolos de los pueblos que los Incas habian sometido, despues de haberles precisado á aceptar el culto del Sol. La riqueza de los metales y piedras preciosas con que estaba adornado, le daban una magnificencia y lustre digno del Dios que se adoraba.

La obediencia y el respeto que los Peruanos tenian á sus reyes, dimanaba de la opinion en que estaban de ser estos hijos del Sol. Pero el

amor que les profesaban, era el fruto de sus propias virtudes y de la equidad de los Incas.

La juventud se criaba con todo el esmero que dictaba la felíz sencilléz de su moral. La subordinacion no atemorizaba los ánimos, porque muy temprano se acostumbraban á ella, sin que en nada se manifestase la tiranía ni el orgullo. Los primeros fundamentos de la educacion eran la modestia y las condescendencias mutuas; y como los sujetos que estaban encargados de ella, se esmeraban en corregir las primeras faltas, paralizaban con este sistema los progresos de una pasion naciente *, ó la conducian de modo que redundase en beneficio de la sociedad. Hay ciertas virtudes que arrastran consigo á otras, y para dar un idea de las de los Peruanos, baste decir que antes del desembarco de los Españoles, se tenia por constante que un Peruano, nunca habia mentido.

Los *Amautas*, que eran los filósofos de aquella nacion, enseñaban á la juventud los descubri-

* Véanse las ceremonias y costumbres religiosas. — Disertaciones sobre los pueblos de América, cap. XIII.

mientos que se habian hecho en las ciencias. Es cierto que en cuanto á este púnto todavía la nacion estaba en su infancia, pero gozaba de una felicidad completa.

Los Peruanos tenian menos ilustracion, menos conocimientos, menos artes que nosostros, pero sabian las suficientes para que nos les faltase nada de lo necesario. Los *Quapas* ó *Quipos* *, les servian como á nosotros el arte de escribir. Unos cordones de algodon ó de cuerda de guitarra á los cuales estaban atados otros cordones de varios colores, les conservaba la memoria por medio de ñudos colocados á ciertas distancias de todos los objetos de que querian acordarse. Estos les servian de anales, de código, de rituales etc., y habia empleados públicos llamados *Quipocamaios* que custodiaban los *Quipos*. El ramo de hacienda, el de cuenta y razon, los tributos, y todos los negocios, se trataban con los Quipos, con tanta facilidad como hubiera podido hacerse con nuestos escritos.

El discreto legislador del Perú *Mancocapac*

*Los Quipos del Perú tambien los usaban varios pueblos de la América meridional.

habia dado un carácter sagrado al cultivo de las tierras, que se hacia en comunidad, y los dias de trabajo eran otros tantos que el pueblo celebraba con el mayor jubilo y alegria. Varios canales de una extension prodigiosa, distribuian por todas partes el riego y la fertilidad; pero lo que con dificultad puede concebirse, es como han podido los Peruanos derrocar peñazcos y á travesar los montes mas elevados para conducir soberbios acueductos y cáminos de comunicacion en todo pais, sin conocer ningun instrumento de hierro ni acero.

No se conocia en el Perú mas geometría que la necesaria para medir y distribuir las tierras. La medicina era una ciencia ignorada, á pesar de que se practicasen algunos secretos para ciertos accidentes particulares.

Dice Garcilaso que tenian una especie de música y aun cierto género de poesia. Sus poetas llamados *Hazavec*, componian tragedias y comedias que los hijos de los *Caciques* *, ó de los

* Especie de gobernadores de las provincias.

Curacas *, representaban los dias de fiesta, ante los Incas y toda la corte.

En resumen la moral y la ciencia de las leyes útiles á la sociedad, es lo único que los Peruanos aprendieron con buen excito. Hablando de estos pueblos un historiador respetable **, dice: *Es preciso confesar que han hecho cosas tan grandes y establecido una policia tan buena, que pocas naciones se hallarán que puedan vanagloriarse de haberles aventajado en este punto.*

* Soberano de una pequeña comarca. Nunca se presentaban ante los Incas y las reinas sin ofrecerles en tributo algunas curiosidades de la provincia en donde residian.

** Puffendorff. Introd. á la hist.

CARTAS

DE UNA

PERUANA.

CARTA PRIMERA.

Los Españoles entran con violencia en el templo del Sol, llevándose á Zilia, que felizmente conserva sus Quipos, con los cuales exprime sus desgracias y su ternura á su amante.

¡Aza! ¡caro Aza! los clamores de tu tierna Zilia, cual el rocío de la aurora, se exalan y disipan antes de llegar á tus oidos; en vano te llamo à mi socorro, en vano espero tu llegada para romper los hierros de mi esclavitud: ¡Ah! las desgracias que me son desconocidas son quizas mas crueles! Acaso tus males son mayores que los mios!

La ciudad del Sol, entregada al furor de una nacion bárbara, debiera hacer correr mis lágri-

mas; pero mi dolor, mis temores, mi desesperacion, no son sino por ti. En este terrible tropel ¿que has hecho, cara alma de mi vida? ¿Tu valor te ha sido funesto ó inutil? ¡Cruel alternativa! ¡Mortal inquietud! ¡Ah querido Aza! salvense tus dias, mas que yo sucumba, si es necesario, al peso de los males que me afligen!

Desde el terrible momento (que hubiera debido borrarse de la serie del tiempo, y volver á entrar en el caos de las ideas eternas), desde el momento horroroso en que estos salvages impios me arrebataron del culto del Sol, de mi misma y de tu amor, detenida en un estrecho cautiverio, privada de toda comunicacion con nuestros ciudadanos, ignorando la lengua de estos hombres feroces cuyas cadenas estoy arrastrando, solo experimento los crueles efectos de la desgracia, sin poder adivinar cual es la causa. Sumergida en un abismo de tinieblas, mis dias se asemejan á una lugubre noche.

Lejos de conmoverse de mis gemidos, estos hombres crueles desprecian mi llanto: sordos á mis palabras no dan mejores oidos á los clamores de mi desesperacion.

¿Cual es el pueblo tan feróz que no se ablanda à la señales del dolor? ¿Que árido desierto habrá mecido la cuna de unos seres insensibles à la

voz de la naturaleza, acongojada? Los bárbaros! Dueños de Yalpor *, ufanos con el poder de exterminar, la crueldad es el único movil de sus acciones. Aza! ¿Como te libertarás de su furor? En donde estas? Que haces? Si aprecias mi vida, instruyeme de tu suerte.

¡Ah! que mudanza ha padecido la mia! ¿Como es posible que unos dias tan parecidos los unos á los otros, hayan cambiado para nosotros de una manera tan funesta? El tiempo vuela, las tinieblas suceden á la luz, la naturaleza no sufre la menor alteracion; y yo, desde la cumbre de la felicidad, he bajado al horror de la desesperacion, sin que ningun intervalo me haya preparado esta cruel mudanza.

Tu lo sabes ¡delicia de mi corazon! Este hórrido dia, este dia para siempre espantoso, debia ser el del triunfo de nuestra union. Apenas amaneció que impaciente en egecutar un proyecto que la ternura me habia inspirado durante la noche, fuí á buscar mis Quipos **; y aprovechando del silencio que todavía reinaba en el templo, me apresuré á formar lazos, esperando

* Nombre del trueno.

** Un gran número de cordoncillos de varios colores de que se servian los Indios como nosotros del arte de escri-

que con su auxilio inmortalizaría la historia de nuestro amor y de nuestra felicidad.

A proporcion que iva trabajando, la empresa me parecia menos dificil: esta inumerable multitud de cordones á cada instante representaba entre mis dedos una pintura fiel de nuestras acciones y sentimientos; así como en otro tiempo era interprete de nuestros pensamientos, durante los largos intervalos que pasabamos sin vernos.

Entregada enteramente á mi ocupacion, se me pasaba el tiempo sin sentir, cuando un ruido confuso dispertó mi espíritu, y sobresaltó mi corazon. Crei que habia llegado el felíz momento de nuestra union, y que las cien puertas * se habrian para dejar libre paso al Sol de mis dias; oculté precipitadamente mis Quipos, debajo la falda de mi vestido, y corri á tu encuentro.

Pero ¡que terrible espectáculo se ofreció á

bir, para ajustar el sueldo de las tropas, y hacer el censo del pueblo. Algunos autores pretenden que tambien les servian para transmitir á la posteridad, las acciones memorables de sus Incas.

* En el templo del Sol habia cien puertas; solo el Inca tenia el poder de hacerlas abrir.

mis ojos! No, nunca su espantoso recuerdo se borrará de mi memoria. Las lozas del templo ensangrentadas, la imagen del Sol pisoteada, los soldados furiosos persiguiendo nuestras vírgenes despavoridas, y degollando sin piedad cuanto se oponía á su paso: nuestras Manas * exalando el último aliento, víctimas de su ferocidad sanguinaria, cuyos vestidos aun ardian del fuego de sus rayos: los gemidos del espanto y los gritos del furor que resonaban por las bovedas sagradas, no me dejaron ni aun la fuerza para sentir mi triste situacion.

Apenas recobré el sentido, que, por un movimiento natural y casi involuntario, me hallé detras del altar con él cual me abrazé fuertemente. Inmovil de estupor observaba pasar aquellos bárbaros, pues el miedo de que me vieran, habia paralizado hasta mi respiracion.

Sin embargo, noté que la vista de los adornos preciosos que estaban diseminados por el templo, calmaba los efectos de su crueldad; que se apoderaban de aquellos cuyo lustre les hacia mayor sensacion, y que arrancaban hasta las ojas de oro que cubrían las paredes. Juzgué que la rapiña era la causa de su barbarie, y que no

* Especie de directoras de las vírgenes del Sol.

oponiéndoles ninguna resistencia podria libertarme de su furor. Formé el designio de salir del templo, hacerme acompañar á tu palacio y pedir al *Capa-Inca* * asistencia y un asilo para mi y mis compañeras: pero al primer movimiento que hizé para alejarme, senti un brazo que me asia. ¡Oh caro Aza! Todavia me estremezco! Aquellos impios tuvieron la osadia de poner sus manos sacrilegas sobre la hija del Sol.

Arrebatada del sagrado asilo, arrastrada ignominiosamente fuera del templo; he visto por primera vez el umbral de la puerta celeste, que solo debiera haber atravesado ataviada con los adornos reales **. En vez de las flores que debieran servirme de alfombra, he visto las calles teñidas con sangre y cubiertas de cadáveres; en vez de los honores del trono que debia gozar contigo, esclava de la tiranía, encerrada en un lóbrego calabozo, el lugar que ocupo en el universo se halla limitado á la extension de mi ser. Una estera regada con mis lágrimas sirve de lecho á mis miembros extenuados con los tormentos del alma; pero, caro apoyo de mi

* Nombre genérico de los Incas reinantes.

** Las vírgenes del Sol, entraban en el templo apenas nacian, y no salian de él hasta el dia que tomaban estado.

vida! todos mis males me seran suaves, sabiendo que existes.

En medio de este horroroso trastorno, no podré decirte por que felíz casualidad he conservado mis Quipos. Los tengo en mi poder, mi dulce Aza! En el dia ellos son el único tesoro de mi corazon, porque seran el fiel intérprete de nuestro mútuo amor. Los mismos lazos que te instruiran de mi existencia, cambiando de forma en tus manos me haran participe de la tuya. ¡Ah! ¿Por cual conducto podria dirigirtelos? ¿Por cual medio podrian volver á mis manos? Todavía los ignoro; pero el mismo sentimiento que no hizo inventarlos, nos descubrirá los medios de burlar la vigilancia de nuestros tiranos. Cualesquiera que sea el fiel *Chaqui* * que te entregará este precioso depósito, no cesaré de envidiar su suerte. El te verá, caro Aza! Todos los dias que el Sol me destina, los diera para gozar un solo momento de tu amable presencia. El te verá! El órgano de tu voz infundirá en su alma el temor y el respeto, y en la mia solo imprimiria jubilo y dicha. El te verá! cerciorado de tu existencia, la bendecirá ante ti, mientras que yo,

* Mensagero.

abandonada á la incertidumbre, la impaciencia de su regreso suspenderá la circulacion de toda mi sangre. ¡ Oh caro Aza! todos los tormentos de las almas tiernas se reunen en mi corazon: solo un instante de tu amable presencia disiparía las tinieblas que me ofuscan: goze de ella y este dia sea el último de mi vida.

CARTA IIª.

Zilia recuerda á Aza el dia en que se presentó á su vista la primera vez, y la dijo que seria su esposa.

Que el arbol de la virtud, querido Aza, abrigue perpetuamente con su benéfica sombra, la familia del piadoso ciudadano que debajo de mi ventana há recibido, y te há entregado el misterioso tegido de mis pensamientos. Que *Pachacamac* *, prolongue su vida, en recompensa de su ardid en comunicarme con tu respuesta un manantial de placeres divinos.

Los tésoros del amor se han abierto para mi, y me anego en un torrente de delicias que embelesan mi alma. Al desenlazar los secretos de

* El Dios creador, mas poderoso que el Sol.

tu corazon, el mio se baña en un mar de ambrosía. Tu respiras y todavía no se han roto las cadenas que debian unirnos. Tanta felicidad siempre fué el objeto de mis deseos, pero no él de mis esperanzas.

En el abandono de mi misma, solo temí por tus dias; estan en lugar seguro, ya no me amedrentan las desgracias. Tu me amas; el placer anonadado renace en mi corazon. Gozo con transporte la deliciosa confianza de agradar al tierno objeto de mi amor; pero no me hace olvidar que te soy deudora de cuanto te dignes aprobar en mi. Cual la rosa que toma su brillante color de los rayos del sol, las gracias que encuentras en mi espíritu y en mis sentimientos, todas las debo á los beneficios de tu genio luminoso; nada es mio, excepto mi ternura.

Si tu fueses un hombre comun, yo hubiera permanecido en la ignorancia que es natural en nuestro sexo; pero tu alma superior á las costumbres, solo las has considerado como abusos, tu has pasado los límites para igualarme á ti. No has podido tolerar que un ser, tu semejante se limitase á la humillante ventaja de dar la vida á tu posteridad. Has querido que nuestros

divinos amautas*, adornasen mi entendimiento con sus súblimes conocimientos. Pero, ó lumbrera de mi vida! ¿Crees que sin el deseo de agradarte, hubiera yo podido resolverme á abandonar mi tranquila ignorancia, por la penosa ocupacion del estudio? Sin el deseo de merecer tu estimacion, tu confianza, tu respeto, por medio de las virtudes que fortifican el amor, y que el mismo amor hace mas alagueñas, yo no seria mas que el objeto de tu admiracion exterior; ya la aúsencia me hubiera borrado de tu memoria.

¡Ah! si todavía me amas, ¿Porque me abandonas en la esclavitud? Cuando tiendo la vista á los muros de mi prision, se desvanece toda mi alegría, el horror se apodera de mi alma y renacen todos mis temores. No te han privado de la libertad, y no vienes á mi socorro! Y estás instruido de mi suerte, que siempre es la misma! No, no querido Aza, esos hombres feroces que llamas Españoles, no te dejan tanta libertad como te imaginas. Tantas señales de esclavitud veo en los honores que te tributan, como en el cautiverio que estoy sufriendo.

* Filósofos indios.

Tu bondadoso corazon te alucina; crees sínceras las promesas que esos bárbaros te hacen por el órgano de su intérprete, porque tus palabras son inviolables ; pero yo que no comprendo su idioma, que me juzgan indigna de sus engaños, veo sus acciones.

Tus vasallos los creen dioses, y se alistan bajo sus banderas : ¡ Ah querido Aza! desgraciado es el pueblo que se decide por el temor! Libértate de este error, no te fies de la falsa bondad de esos estrangeros. Abandona tu imperio ya que *Viracocha* ha vaticinado su destruccion : abandona tu poder, tu grandeza y tus tésoros, en cambio de tu libertad y de tu vida ; te quedarán los dones de la naturaleza, y nuestros dias estarán el abrigo de la tiranía.

Ricos con la posesion de nuestros corazones, grandes por nuestras virtudes, poderosos por nuestra moderacion, en una simple choza gozaremos del cielo, de la tierra, y de nuestra ternura. Tu seras aun mas rey, reinando solo en mi alma, que dudoso del afecto de una poblacion inumerable : mi sumision á tu voluntad te hará gozar sin tiranía del bello derecho de mandar : y yo obedeciéndote, haré resonar tu imperio con mis cánticos de alegria; tu diade-

ma *, siempre será tegida por mis manos, y de tu trono solo perderas los cuidados y las fatigas.

Cuantas veces, querida alma de mi vida te has lamentado de los deberes de tu rango! El ceremonial que acompañaba tus visitas ¿ cuantas veces te ha hecho envidiar la suerte de tus vasallos? Tu que solo hubieras querido vivir para mi ¿ temes ahora perder tantos embarazos? ¿ Acaso ya no soy aquella Zilia que hubieras preferido á tu imperio? No, yo no puedo creerlo: mi corazon no se ha cambiado ¿ porque lo seria el tuyo?

Yo adoro, siempre veo el mismo Aza que reinó en mi alma desde el primer momento que le vi: acuérdome de aquel venturoso dia, en que tu padre, mi soberano y señor, dividió contigo la primera vez, el poder solo á el reservado de entrar en lo interior del templo *, me represento el placentero espectáculo de nuestras vírgenes reunidas, cuya hermosura recibia un nuevo lustre por el bello orden con que estaban colo-

* La diadema de los Incas era una especie de franja, labrada por las vírgenes del Sol.

** Solo el Inca tenia el derecho de entrar en el templo del Sol.

cadas, cual en un jardin las flores mas brillantes toman un nuevo lustre con la simetria de su distribucion.

Tu apareciste en medio de nosotras como el sol en el Oriente, cuya tierna luz prepara la belleza de un dia sereno; el fuego de tus ojos comunicaba en nuestras megillas el colorido de la modestia, un rubor ingenuo detenia nuestras miradas cautivas; un jubilo brillante animaba las tuyas; nunca te habias encontrado en una reunion de tantas hermosuras. Nosotras nunca habiamos visto sino al Capa-Inca: en todas partes reinaba la admiracion y el silencio. No quiero penetrar los sentimientos de mis compañeras pero, cuantas vanas ideas asaltaron mi tierno corazon! Esta fué mi primer conmocion, mi primera inquietud, y al mismo tiempo mi primer placer, confusa con las agitaciones de mi alma quise evitar tu vista, pero tu dirigiste tus pasos acia mi, y el respeto paralizó todos mis movimientos.

¡O caro Aza! siempre adoraré la memoria de aquel primer momento de felicidad. El órgano de tu voz cual el melodioso canto de nuestros himnos, deramó en mis venas la dulce palpitacion, el santo respeto que nos inspira la presencia de la divinidad. Trémula, anonadada,

la timidéz no me permitió pronunciar una palabra; por ultimo alentada con tus dulces expresiones, lebanté mis ojos, y vi los tuyos. No; la misma muerte no podrá borrar de mi alma los tiernos sentimientos que agitaron nuestros corazones, que en aquel instante se unieron para siempre.

Si posible fuera dudar de nuestro origen, este solo rayo de la luz confundiria nuestra incertidumbre. ¿Quien sino el principio del fuego hubiera podido transmitirnos esta inteligencia viva de los corazones, comunicada, extendida y sentida con tan inexplicable rapidéz? Era demasiada mi ignorancia sobre los efectos del amor para no engañarme. La imaginacion exaltada con la sublime teologia de nuestros Cucipatas *, el fuego que me animaba, lo tomé por una agitacion divina; crei que el Sol me manifestaba su voluntad por tu órgano, y que me elegia para su esposa favorita **, confieso que lo senti; pero despues que saliste, examiné mi corazon, y solo encontré tu imagen.

¡Que mudanza, querido Aza, tu presencia

* Sacerdotes del Sol.

** Entre las vírgenes, habia una elegida para el Sol que nunca podia casarse.

habia hecho en todo mi ser! Todos los objetos me parecieron diferentes; crei ver mis compañeras por la primera vez; que hermosas me parecieron! no pude sostener su presencia. Sola, toda entera á la conmocion de mi alma, una de ellas vino á sacarme de mi anonadamiento, dándome nuevos motivos de pensar. Dijome que siendo yo tu parienta mas inmediata, se me destinaba á ser tu esposa, en cuanto mi edad permitiera esta union.

Yo no conocia las leyes de tu imperio *; pero desde que te vi, mi corazon adquirió demasiadas luces para abandonar la lisongera idea de ser tuya. Sin embargo, como tesaba acostumbrada desde mis mas tiernos años al sagrado nombre de esposa del Sol, lejos de conocer toda la extension de aquella felicidad, limitaba mis esperanzas á verte diariamente, adorarte, y ofrecerte mis plegarias como á mi Dios.

Tu fuiste, amado Aza! tu fuiste el que seguidamente anegaste mi alma de delicias, diciéndome que el augusto rango de esposa tuya me asociaría á tu corazon, á tu trono, á tu gloria,

* Segun las leyes indias, los Incas debian casarse con sus hermanas, y á defecto de estas con la primera princesa de la familia real, que era vírgen del Sol.

y á tus virtudes; que gozaría sin cesar de estas conversaciones tan raras y cortas, que llenaban mi espíritu con las perfecciones de tu alma y aumentaban mi felicidad con la deliciosa esperanza de hacer un dia la tuya.

¡O caro Aza! ¡Cuanto lisongeaba mi corazon tu impaciencia en la tardanza de nuestra union prolongada á causa de mis pocos años! ¡Cuan largos me han parecido los dos que se han discurrido desde aquelle venturosa época y cuan corta ha sido su duracion! ¡Ah! ya tocabamos el momento afortunado. ¿Que cruel fatalidad lo ha cambiado en una época tan funesta? ¿Cual será el Dios que se complace en perseguir tan cruelmente la inocencia y la virtud! ó que poder infernal nos ha separado de nosotros mismos? El horror se apodera de mi, el corazon se me parte, mis lágrimas inundan la labor que tengo en las manos. ¡Aza, caro Aza!.....

CARTA IIIª.

Los Españoles durante las sombras de la noche embarcan á Zilia. — Los Frances apresan el navio español. — Sorpresa de Zilia á la vista de los nuevos objetos que la rodean.

Tu eres, cara lumbrera de mis ojos, tu eres quien me llamas á la vida ¿quisiera acaso conservarla sino tubiera la certidumbre de que la parca cortaria el hilo de tus dias en el momento mismo en que yo exalara el último aliento? Ya tocaba el instante en que debia apagarse la última centella del fuego divino con qué el Sol anima nuestro ser: la laboriosa naturaleza se preparaba á dar otra forma á la porcion de materia que en mi cuerpo le pertenece; ya moria, tu perdias eternamente la mitad de ti mismo, cuando mi amor me dió de nuevo la vida, que gustosa te sacrifico. Pero ¿como podré instruirte de las cosas extraordinarias que me han sucedido? ¿Como podré recordar ideas ya confusas en el momento que las recibí, y

que el tiempo posteriormente discurrido hace todavía menos inteligibles?

Apenas habia confiado á nuestro fiel Chaqui el último tegido de mis pensamientos, que oí un gran movimiento en nuestra habitacion: ácia la media noche, dos de mis detentores vinieron á sacarme de mi obscuro retrete, con la misma violencia con que me habia arrancado del templo del Sol. No podré decirte por que camino me condugeron; pero si sé, que solo andabamos de noche, y durante el dia nos parabamos en desiertos áridos sin buscar el menor asilo. Muy pronto cediendo al cansancio, me hicieron llevar en una hamaca *, cuyo movimiento me cansaba tanto como si hubiese andado á pie. En fin cuando crei haber llegado al término de nuestro viage, he aquí que una noche esos barbaros me llevaron en brazos á una casa, que á pesar de la obscuridad de la noche me pareció de muy dificil acceso. Alli me colocaron en un reducto aun mas estrecho é incomodo que mi primera prision. Pero, ¡como podria persuadirte, caro Aza! de lo que yo

* Especie de cama suspendida de qué los Indios suelen servirse para hacerse llevar de un parage á otro.

misma no comprendo, si no tuvieses la certeza de que la mentira nunca manchó los labios de un hijo del sol! *, Esta casa; que habia juzgado muy grande por el gran número de gente que la habita; esta casa, que parecia suspendida sin tocar al cielo ni á la tierra, estaba en un continuo movimiento.

Seria menester, ó luz de mi espíritu que Ticaiviracocha hubiese colmado mi alma como la tuya con su divina ciencia, para poder comprender este prodigio. Todo el conocimiento que he podido adquirir es que esta vivienda no la ha construido ningun ser amigo de los hombres; porque apenas hube entrado en ella, que su movimiento continuo unido al olor pestífero que exalaba, me causaron un mal tan violento que no sabré decir como pude resistirlo: pero este no era mas que el preludio de mis penas.

Ya se habia pasado bastante tiempo y no sufria casi mas, cuando una mañana me arrancó de los brazos de morfeo un estruendo aun mas estrepitoso que el de Yalpor: nuestra habitacion recibia conmociones cual la tierra experimentará cuando la Luna con su caida, anonadará el

* Se tenia por constante que un Peruano nunca habia mentido.

universo *. La griteria que se mezclaba á este estruendo, aumentaba el espanto; mis sentidos encogidos con un secreto terror solo llevaban al alma la idea de la destruccion de toda la naturaleza. Creí el peligro universal, y temblada por tu vida: mi espanto aumentó hasta el último exceso, á la vista de una multitud de hombres furibundos, con la cara y vestidos ensangrentados, que penetraron tumultuosamente en mi cuarto. No pude sostener este espectáculo horroroso; las fuerzas me abandonaron y perdí el sentido: todavia ignoro la continuacion de aquel terrible acontecimiento. Cuando recobré los sentidos, me hallé en una casa bastante limpia rodeada de varios salvages, que ya no eran los crueles Españoles, pero que no me eran ménos desconocidos.

Representate mi sorpresa al verme en una nueva habitacion, entre hombres nuevos y sin poder adivinar como habia podido verificarse esta repentina mudanza. Volví á cerrar prontamente los ojos con el objeto de reunir todas mis ideas para asegurarme si realmente vivia, ó si mi alma separada del cuerpo habia pasado á las regiones desconocidas **.

* Los Indios suponian que la luna desplomándose sobre la tierra, causaria la fin del mundo.

** Los Indios creian que despues de la muerte, el alma

Te lo debo confesar, cansada de una existencia odiosa, fastidiada de sufrir tormentos de toda especie, atormentada con el peso de mi horroroso destino, ya miraba con indiferencia la fin de mi vida, que sentia acercarse á cada instante : constantemente me negué á recibir los auxilios que me ofrecian, y en pocos dias estuve al borde del término fatal, sin echar menos la vida que abandonaba.

La extenuacion de las fuerzas anonada el sentimiento ; mi imaginacion debilitada no recibia mas impresion que la que presenta un ligero diseño delineado por una mano tremula : los objetos que mas me habian afectado, ya no excitaban en mi sino una sensacion vaga, semejante á la que experimentamos cuando el pensamiento no se fija en ninguna idea determinada ; en fin, ya no existia. Este estado querido Aza, no es tan espantoso como se cree : de lejos nos atemoriza porque lo examinamos con todo el vigor de nuestras fuerzas ; cuando llega, debilitados por las gradaciones de dolor que á él nos conducen, el momento decisivo nos parece el del descanso. Sin embargo experimenté que la incli-

ivä en un lugar desconocido para recibir el castigo ó recompensa merecidos.

nacion natural que durante la vida nos mueve á penetrar los arcanos de lo venidero, y aun de aquello que para nosotros no debe existir, parece que toma mayor fuerza en el momento de perderla. Como se deja de vivir para sí, se desea saber como se vivirá en lo que se ama.

En uno de estos delirios de mi alma, me crei transportada en lo interior de tu palacio: precisamente llegaba en el momento que acababa de recibirse la noticia de mi muerte. Mi imaginacion me pintaba tan al vivo todo lo que debia suceder, que la misma realidad no hubiera tenido mas poder: te ví, querido Aza, pálido, desfigurado, privado de sentimiento, cual la azucena marchita por los rayos abrasadores del sol á la mitad de su carrera. ¿Creeras que algunas veces el amor es bárbaro? Yo me complacia en tu dolor, lo excitaba con mi triste despedida, hallaba una cierta complacencia, y aun tal vez un placer á envenenar tus dias con vanos recuerdos; y este mismo amor que me hacia feróz, despedazaba mi corazon al ver tus penas. En fin, cuando sali de este profundo letargo, penetrada de tu propio dolor, azorada por tu vida, imploré los auxilios de la humanidad, y volvi á disfrutar de la luz del dia.

¿Te volveré á ver, ó caro arbitro de mi exis-

tencia? ¡Ah! ¿quien será capaz de asegurármelo? Yo no sé donde estoy, quizás lejos de tí. Pero aun cuando nos separen los inmensos espacios que habitan los hijos del Sol, la ligera nube de mis pensamientos volará continuamente en pos de tí.

CARTA IVª.

ABATIMIENTO y enfermedad de Zilia.—Amor y desvelos de Deterville.

POR grande que sea el amor à la vida, querido mio, las penas lo diminuyen, y la desesperacion lo extingue. El desprecio con que la naturaleza parece mirar nuestra existencia, abandonándola al dolor, en un principio nos exalta, pero luego, la imposibilidad en que nos vemos de sacudir su yugo, nos prueba una insuficiencia tan humillante, que insensiblemente nos conduce hasta disgutarnos de nosotros mismos.

Yo, ya no existo mas en mi, ni por mi misma; cada minuto que respiro es un sacrificio que hago á tu amor, y de dia en dia se me hace mas insoportable la existencia. Si el tiempo

proporciona algun alivio al mal que me devora, tambien aumenta las penas de mi espíritu, y lejos de aclarar mi suerte, cada dia la veo mas obscura. Nada conozco de cuanto me rodea, todo es nuevo para mí, todo interesa mi curiosidad, y nada puede satisfacerla. En vano empleo toda mi atencion para entender ó para que me entiendan; uno y otro es igualmente imposible. Agoviada de tantas penas inútiles, crei cortar el mal de raiz apartando de mi vista la impresion que recibia de tantos objetos, y me obstiné durante algun tiempo en tener los ojos cerrados; ¡vanos esfuerzos! Las tinieblas á que voluntariamente me habia sometido, solo aliviaban mi modestia del rubor que le causaba la vista continua de aquellos hombres, cuyos servicios y asistencia son otros tantos suplicios; pero la agitacion de mi alma siempre era igual. Recogida en mi misma, mis inquietudes eran mas vivas, y mas violento el deseo de manifestarlas. La imposibilidad de hacerme entender derrama en todos mis órganos un tormento tan insoportable como un dolor que tendria una realidad mas aparente. ¡ Que situacion tan cruel!

¡Ah! ya empezaba á entender algunas palabras de los salvages españoles, en ellas encon-

traba una cierta coneccion con nuestra lengua augusta, y me lisongeaba que en breve podia explicarme con ellos. Lejos de tener la misma ventaja con mis nuevos tiranos, se exprimen con tanta volubilidad, que ni aun puedo distinguir las inflexiones de su voz. Todo me hace juzgar que no son de la misma nacion, y por la diferencia de sus modales, y carácter aparente, fàcilmente se adivina que Pachacamac les ha distribuido con poquísima proporcion los elementos de que formó el género humano. El aire grave y feróz de los primeros, manifiesta que estan compuestos de la misma materia que los metales mas duros; y los últimos parece que se escaparon de las manos del criador en el momento en que aun no habia reunido mas que el aire y el fuego para su formacion. Los ojos fieros, la cara taciturna y tranquila de aquellos, manifestaba suficientemente que eran crueles de sangre fria; la inhumanidad de sus acciones lo ha probado sobradamente : el rostro risueño de estos, la dulzura de sus miradas, un cierto aire servicial que se nota en todas sus acciones, que se puede juzgar por benevolencia, mueven el ánimo á su favor; pero al mismo tiempo noto algunas contradicciones en su conducta, que suspenden mi fallo.

Dos de estos salvages no abandonan ni un momento la cabecera de mi cama: el uno de ellos, que creo es el Cacique *, por su aire magestuoso, me parece que á su modo me manifiesta mucho respeto; el otro me subministra una parte de los auxilios que mi enfermedad necesita; pero es bondadoso con dureza, su asistencia cruel, y su familiaridad imperiosa.

Desde el primer momento que recobrados los sentidos me hallé en su poder, este último que he observado con la mayor atencion, mas atrevido, que los otros quiso tomarme la mano que inmediatamente retiré con una confusion que no te puedo explicar: mi resistencia pareció sorprenderle, y sin ningun miramiento por la modestia, la volvió á tomar al instante: débil, moribunda y no pronunciando mas que palabras ininteligibles ¿pude acaso impedirselo? La tuvo asida, caro Aza, cuanto quiso, y desde entonces me veo en la precision de darsela varias veces cada dia, si quiero evitar una contienda que nunca se decide á mi favor.

Esta especie de ceremonial ** me parece una supersticion de estos pueblos; y he notado

* Cacique es una especie de gobernador de provincia.

** Los Indios no conocian la medicina.

que con él sacan algunas inducciones que coinciden con mi mal: pero seguramente que los efectos solo se haran sensibles entre los individuos de su nacion, porque observo que en mi obran con mucha lentitud: siempre estoy ardiendo de un fuego interior que me consume, y apenas me quedan las fuerzas necesarias para enlazar mis Quipos. Todo el tiempo que mi debilidad me lo permite lo dedico á esta ocupacion: estos lazos que conmueven mis sentidos, parece que dan mayor grado de realidad á mis ideas; la especie de semejanza que creo tienen con las palabras, me hace una suave ilusion que suaviza mi dolor: creo hablarte, decirte que te amo, asegurarte de mi eterna voluntad, de mi ternura, y este dulce error es el único bien de mi vida. Si el exceso del abatimiento me fuerza á interrumpir mí labor, me lamento de tu ausencia; de este modo, toda entera á mi ternura, no hay un solo momento de mi existencia que no te pertenezca.

¡Ah! ¿que otro uso pudiera hacer de ella? ¡caro Aza! aun cuando no fueses el dueño absoluto de mi alma, aun cuando no estuviera eternamente unida á tí con las dulces cadenas del amor, submergida en un abismo de tinieblas ¿acaso podria separar mi pensamiento de

la luz de mi vida? tu eres el sol de mis dias, tu los guias, tu les das vida; son tuyos. Si me quieres, viviré contenta. ¿Que haras para complacerme? Amame, y es toda la recompensa á que aspiro.

CARTA Vª.

Zilia concibe ideas muy confusas de los auxilios que la subministran, y de las nuestras de ternura de Deterville.

¡Cuanto he sufrido, amado dueño, desde los últimos lazos que te he consagrado! para completar mis penas solo faltaba el verme privada de mis Quipos: luego que mis oficiosos tiranos observaron que esta inocente ocupacion aumentaba mi abatimiento, me los quitaron.

Al fin ya me han restituido el tesoro de mis tiernos afectos, pero ¡cuantas lágrimas me cuestan! solo me queda esta débil expresion de mis tiernos sentimientos, solo me queda el triste consuelo de pintar mi dolor. ¿Podia perderlo sin entregarme á la mayor desesperacion!

Mi estraño destino me niega hasta el alivio que tienen los desgraciados comunicando

sus penas; cuando uno habla se persuade excitar la compasion del que le escucha: una parte de nuestra pena se comunica á los oyentes; y sea cual fuere el motivo, parece que haciendo á otro participe del mal que nos aflige, nuestro corazon se dilata y se alivia del peso que le oprime. No puedo hablar con nadie, porque nadie me entiende, me muero de tristeza, y todo cuanto me rodea solo respira jubilo y alegria.

Ni aun puedo gozar tranquilamente de la nueva especie de aislamiento á que me reduce la imposibilidad de comunicar mis pensamientos. Rodeada de objetos importunos, sus atentas miradas distraen la soledad de mi alma, dominan mis movimientos, y llevan la incomodidad hasta en mis pensamientos: amenudo me sucede que olvido la felíz libertad que la naturaleza nos ha concedido de hacer nuestros sentimientos impenetrables, y algunas veces temo que estos salvages curiosos no adivinen las reflexiones poco favorables que me inspira la ridiculéz de su conducta: hago un penoso estudio para ordenar mis ideas lo mismo que si apesar mio pudiesen penetrarlas.

Un solo instante destruye la opinion que un momento antes habia formado de su carácter y

modo de pensar de mi persona, presindiendo de un sin número de contrariedades, me niegan hasta los alimentos necesarios para mi existencia, hasta la libertad de estarme donde quiero: me retienen casi violentamente en esta cama; que se me ha hecho insoportable: de todo esto infiero que me miran como su esclava, y que su poder es tiránico.

De otra parte, cuando reflexiono al deseo extremo que manifiestan de conservar mi vida, al respeto que acompaña los servicios que me hacen, casi debo creer que me toman por un ente de una especie superior á los humanos. Ninguno de ellos se presenta delante de mi sin inclinar mas ó menos todo su cuerpo, como nosotros usamos hacerlo adorando el Sol. El Cacique parece que quiere imitar á los Incas el dia del Raymi * se arrodilla muy cerca de mi cama, y permanece largo rato en esta incomoda postura: algunas veces, silencioso, los ojos inclinados al suelo, parece entregado á una profunda meditacion; veo en su cara aquella timidéz respectuosa que nos inspira el gran nombre**

* El Raymi es la principal fiesta del Sol. Los Incas y los sacerdotes lo adoraban puestos de rodillas.

** El gran nombre era Pachacamac: se pronunciaba raramente, y con muchas señales de adoracion.

pornunciado en alta voz. Si se le presenta la ocasion de tomarme la mano, la besa con la misma veneracion que entre nosotros se tiene al sacro diadema *. Algunas veces pronuncia una multitud de palabras que en nada se parecen á la lengua comun de su nacion. El sonido es mas suave, mas distinto, mas medido, á que se agrega un cierto aire conmovido precursor del llanto, unos suspiros interpretes de las necesidades del alma, unos tiernos acentos que casi podrian llamarse gemidos; en fin todo lo que acompaña el deseo de obtener una gracia. ¡Ah querido Aza! si este hombre conociese mi corazon, si no estuviese imbuido de algun error sobre mi ser ¿que suplica pudiera hacerme?

Acaso esta nacion es idólatra. Todavía no he visto que tributase la menor adoracion al Sol; quizas toman á las mugeres por objetos de su culto. Antes que Mancocapac** hubiese comunicado à los hombres las ordenes del Sol, nues-

* Los Peruanos besaban la diadema de Mancocapac como nosotros acostumbramos hacerlo con las reliquias de nuestros santos.

** Primer legislador de los Indios. — Véase la Historia de los Incas.

tros abuelos divinizaban todo lo que les hacia mayor sensacion de temor ó de placer : tal vez estos salvages no experimentan estos sentimientos sino por las mugeres.

Pero si me adorasen ¿añadirian á mis desgracias la cruel sujecion en que me tienen? No, buscarian los medios de complacerme, obedecerian ciegamente á mi voluntad; seria libre, saldria de esta odiosa morada; iria en busca del dueño de mi alma. Un solo momento de su presencia borraria la memoria de tantos infortunios.

CARTA VI^a.

Restablecimiento de Zilia. — Su admiracion y desesperacion al verse embarcada en un navio. — Quiere precipitarse al mar.

¡Que horrosa sorpresa, caro Aza! ¡Cuanto han aumentado nuestras desgracias! ¡Que lastimosa es nuestra suerte! Nuestros males no tienen remedio; solo me resta el darte cuenta de ellos, y luego morir.

Al cabo han permitido que me levante; desde luego he aprovechado de esta libertad y me he

acercado con harto trabajo á una ventanilla, que ya hace tiempo era el objeto de mis curiosos deseos: la he abierto precipitadamente. ¡Que he visto, amor de mi vida! No hallo expresiones para manifestarte el exceso de mi admiracion, y la mortal desesperacion que se ha apoderado de mi, no descubriendo mas que el terrible elemento cuya sola vista estremece.

La primera ojeada me ha ilustrado demasiado sobre el incomodo movimiento de nuestra morada. Me halló en una de aquellas casas flotantes de qué se sirvieron los Españoles para venir á nuestro malhadado pais, de que me habian hecho una descripcion muy imperfecta.

¿Concibes, querido Aza, las ideas funestas que han penetrado mi alma con este infusto conocimiento? Estoy cierta que me alejan de ti, que ya no respiro el mismo aire que te alienta, que no habito el mismo elemento; tu ignorarás donde estoy, si te amo, si existo: la destruccion de mi ser, no parecera ni aun si quiera un acontecimiento bastante considerable para dartelo á conocer, caro arbitro de mis dias, de aí adelante; ¿que estimacion puedes dar á mi existencia desventurada? Permiteme que debuela á la divinidad un beneficio insoportable de que ya no quiero disfrutar; puesto que no he de verte mas,

aborezco la vida. Pierdo lo que adoro: el universo se anonada para mi; solo veo en él, un vasto desierto, cuyos ecos repetiran los lamentos de mi desventurado amor. Oyelos, objeto de mi mayor ternura; oyelos, conmuevete; permite que muera.....

¡Que error me seduce! No, no caro Aza, tu no me mandas que viva; la tímida naturaleza estremecida de horror se sirve de tu voz mas poderosa que la suya para retardar el fallo siempre espantoso para ella: pero, no hay remedio, el medio mas pronto me libertará de sus inútiles esfuerzos..... Vasta concha recibe para siempre en tus abimosas olas mi desgraciado amor, mi vida y mi desesperacion!

Recibe, infeliz Aza, recibe los últimos sentimientos de mi corazon: no ha conocido otra imagen que la tuya, no quizo vivir sino por ti, muere lleno de tu amor. Yo te adoro, lo pienso, lo siento aun, te lo repito por la última vez.....

CARTA VIIª.

Zilia, que han impedido de precipitarse al mar, se arrepiento de su proyecto.

Aza, aun no lo has perdido todo, todavía reinas en mi corazon; aun existo. La vigilancia de mis guardas, ha inutilizado mi funesto designio; solo me queda el oprobio de haberlo querido egecutar. No te detallaré las circunstancias de un proyecto inutilizado tan pronto como fué concebido. ¿Pudiera yo acaso resistir tus miradas si hubieses presenciado mi alucinamiento? Mi juicio, anonadado con la desperacion, de nada me servia; despreciaba mi existencia, y habia olvidado hasta tu amor.

¡Que situacion tan cruel es la nuestra cuando la tranquilidad ha dominado el furor! ¡con que aspecto tan diverso examinamos los mismos objetos! En el horror de la desesperacion, tomamos la ferocidad por valor, y el temor de las penas por firmeza. Si una palabra, una mirada, una sorpresa nos recuerda nuestro deber, solo hallamos una baja debilidad por principio de

nuestro heroismo, cuya consecuencia es el arrepentimiento, y la recompensa el menosprecio.

El conocimiento de mi error, es el mas severo castigo. Abandonada al amargo dolor de los remordimientos, sepultada bajo el velo de la verguenza; vivo en el retiro; temo que mi cuerpo ocupe demasiado espacio, quisiera ocultarle de la luz del dia: mis ojos hechos mares derraman abundantes lágrimas: toda entera al dolor, ningun sonido perturba mi tranquilidad. ¿Puedo suficientemente expiar el crimen que he cometido? fué contra ti.

En vano de dos dias á esta parte quieren estos benéficos salvages que participe del jubilo que les enagena. Solo sospecho la causa de él; pero aun cuando estuviese mas cierta de ella, no me considero digna de participar de su regocijo. Sus danzas, su alegre griteria, un licor rojo parecido al maiz que beben àbundantemente, su anelo á contemplar el sol por todos los parages de donde pueden descubrirlo, no me dejarian ninguna duda en que celebran esta fiesta en loor del astro divino, si la conducta del Cacique fuese idéntica á la de los demas. Pero, lejos de participar del jubilo general, desde la falta que he cometido nada le interesa sino mi dolor, su zelo es mas respetuoso, sus esmeros mas asiduos,

y su atencion mas viva. Ha penetrado que la presencia continua de los salvages de su séquito aumentaba mi afliccion; me ha libertado de sus miradas importunas, y casi no sufro mas que las suyas.

¿Lo creeras amado Aza? hay momentos que hallo un cierto placer en su sociedad muda; el fuego de sus ojos, me recuerda la imagen del que he visto en los tuyos; encuentro en ellos un no sé qué, que llega al corazon. ¡Ah! Cuan pasagera es esta ilusion y cuan duraderos los recuerdos que la siguen! Solo acabrán con mi vida, pues no vivo sino por ti.

CARTA VIII^a.

Zilia al descubrir la tierra reanima su esperanza.

Cuando un objeto único reune todos nuestros pensamientos, los acontecimientos solo nos interesan por las relaciones que con él hallamos. Si tu no fueras el único movil de mi alma ¿como hubiera podido pasar desde el horror de la desesperacion á la esperanza mas lisongera? Varias veces el Cacique habia inutilmente tanteado el hacerme acercar de la ventana, que no puedo

mirar sin estremecerme. Enfin obcecada con sus nuevas instancias, me dejé conducir á ella. ¡Ah caro Aza! mi complacencia ha sido bien recompensada.

Por uno de aquellos prodigios incomprehensibles, haciéndome mirar por una especie de baston horadado, he visto la tierra, tan lejos, que sin el auxilio de esta maravillosa maquina mis ojos no la podian distinguir. Al mismo tiempo, me ha dado á entender con señas que ya comienzan á serme familiares, que vamos á llegar á esa tierra, y que su vista era el único objeto del regocijo que yo habia tomado por un sacrificio al Sol.

Desde luego he conocido toda la ventaja de este descubrimiento; como un rayo de luz, la esperanza, ha relucido hasta el fondo de mi corazon. Es constante que me conducen á esa tierra que me han hecho ver; es evidente que es una porcion de tu imperio, pues el Sol la vivifica con sus benéficos rayos. *, Ya no soy esclava de los crueles Españoles. ¿Quien podrá pues impedirme de volver á entrar bajo el imperio de tus leyes?

* Los Indios no conocian nuestro hemisferio, y creian que el Sol no alumbraba sino la tierra de sus hijos.

Si, dulce dueño, voy á reunirme á lo que adoro. Mi amor, mi razon, mis deseos, todo me lo asegura. Vuelo á tus brazos, un torrente de jubilo se derrama en mi alma, lo pasado desaparece; se acabaron mis infortunios; los he olvidado; solo me ocupa lo venidero, y es mi único bien. Aza, cara esperanza de mi vida, no te he perdido, veré tu cara, tus vestidos, tu sombra; te amaré y te lo diré á ti mismo ¿puede acaso haber tormentos que no borré un solo momento de esta felicidad?

CARTA IX^a.

Zilia reconocida á las atenciones de Deterville.

Que largos son los dias cuando se cuentan, mi querido Aza. Solo los límites nos dan á conocer el tiempo y el espacio. Nuestras ideas y nuestra vista se confunden con la constante uniformidad de uno y otro. Si los objetos señalan los límites del espacio, me parece que nuestras esperanzas señalan los del tiempo, y que si estas nos abandonan, ó no estan señaladas de una manera sensible, no tenemos mayor conoci-

miento de la duracion del tiempo, que del aire que llena el espacio.

Desde el fatal instante de nuestra separacion, mi alma y mi corazon marchitos por el infortunio, permanecian sepultados en un total abandono, horror de la naturaleza, imagen de la nada. Los dias ivan pasando sin pensar, ningun rayo de esperanza fixaba mi atencion sobre su duracion: ahora que la esperanza señala todos los instantes, su duracion me parece infinita, y al paso que voy recobrando la tranquilidad de mi espíritu, gozo el suave placer de recobrar la facilidad de pensar.

Desde que mi imaginacion ha concebido la esperanza de un porvenir lisongero, una multitud de ideas que se presentan la fatigan. Los proyectos de placer y felicidad de suceden alternativamente; otras ideas nuevas renacen con la misma facilidad, y aun aquellas que nunca habian llamado mi atencion se presentan sin pensar.

De dos dias á esta parte he aprendido sin ningun esfuerzo varias palabras de la lengua del Cacique que crei ignorar; pero como no son mas que los nombres de los objetos, no exprimen lo que quiero, y por consiguiente no bastan para que los otros me entiendan: con todo ya me

proporcionan algunas aclaraciones de que tanto necesitaba. Sé que el Cacique se llama Deterville, nuestra casa flotante navio, y la tierra á donde vamos Francia.

Esta última palabra por de pronto me ha causado alguna zozobra : no tengo presente haber oido nombrar así ninguna comarca de tu reino, pero reflexionando á su grande extension y al crecido número de provincias que contiene, cuyos nombres se me han olvidado, pronto se ha disipado este movimiento de temor. ¿Podia acaso ser duradero con la sólida confianza que me dá la vista continua del Sol? No, querido mio, este astro divino no alumbra mas que à sus hijos, y solo el dudarlo seria un crimen. Ya vuelvo á entrar bajo tu imperio, estoy tocando el momento de verte, y corro en pos de mi felicidad.

En medio de los transportes de mi jubilo, el reconocimiento me prepara un delicioso placer : colmarás de honores y riquezas al benéfico Cacique * que nos restituirá á nuestro mutuo amor : llevará á su provincia la memoria de

* Los Caciques eran gobernadores de provincias, tributarios de los Incas,

Zilia; la recompensa de su virtud todavía le hará mas virtuoso, y su felicidad realzará tu gloria.

Nada puede compararse, caro Aza, á las atenciones que tiene por mi; lejos de tratarme como una esclava, parece serlo mio; experimento ahora tantas complacencias de su parte, como contradicciones durante mi enfermedad: atento á mis menores inquietudes, á mis diversiones, parece que no tiene otra ocupacion. Yo accepto sus servicios con menos rubor desde que el hábito y la reflexion me han hecho ver el error en qué vivia sobre la idolatría que le sospechaba. No diré que haya dejado de repetir amenudo casi las mismas demonstraciones que yo creí buenamente una adoracion, pero el tono, el aire y la forma de practicarlas, me persuaden que esto no es mas que un juego que acostumbra su nacion.

Empieza haciéndome pronunciar distinctamente algunas palabras en su lengua. Cuando pronuncio bien « Si, le quiero á Vm. »: ó bien» prometo á Vm. ser suya», su cara se pone risueña, me besa las manos con transporte y con un aire de alegria, enteramente opuesto á la gravedad que acompaña el culto divino.

Satisfecha en cuanto á su religion, no le

estoy tanto sobre su pais. Su lengua y vestidos son tan distintos de los nuestros que muchas veces hacen titubear mi confianza. Varias veces se me ocurren reflexiones melancólicas que ofuzcan mi mas cara esperanza, y paso sucesivamente del temor al placer, y del placer á la inquietud. Fatigada de la confusion de mis ideas, despechada con las incertidumbres que me devoran, habia decidido no pensar mas; pero ¿como es posible detener el movimiento de una alma privada de toda comunicacion, concentrada en sí misma, cuya continua reflexion se halla excitada por unos intereses de tanta consideracion? No lo puedo, querido Aza; busco los medios de ilustrarme con una agitacion que me devora, y siempre permanezco en la mayor obscuridad. No ignoraba que la falta de un sentido puede engañarnos, y ahora veo con sorpresa que el uso de los mios me arrastra de un error á otro. La inteligencia de las lenguas ¿seria tal vez la del alma? ¡Ah! mis desgracias me hacen traslucir funestas verdades; pero aléjense de mis estos tristes pensamientos; ya tocamos la tierra. La luz de mis ojos disipará en un momento las tinieblas que me rodean.

CARTA Xª.

Desembarco de Zilia en Francia. — Su error al verse en un espejo. — Su admiracion con motivo de este fenómeno cuya causa no puede comprender.

Al fin piso la tierra, objeto de mis deseos, pero todavía nada veo en ella que me anuncie la felicidad que esperaba. Cuanto se ofrece á mis ojos me llama la atencion, me sorprende, me admira, y solo me deja una impresion vaga, una perplexidad estúpida de que ni aun quiero libertarme. Mis errores suspenden mis fallos, vivo en la incertidumbre, y casi dudo de lo que veo.

Apenas habiamos salido de la casa flotante que entramos en una ciudad edificada en la orilla del mar. El numeroso pueblo que nos seguia, me pareció de la misma nacion que el Cacique; pero las casas en nada se parecen á las de las ciudades del Sol: si estas últimas exceden en belleza por la riqueza de sus adornos, aquellas merecen la preferencia por las cosas prodigiosas que hay en ellas.

Al entrar en el cuarto que Deterville me ha

destinado, mi corazon se ha conmovido: he visto al fondo una jóven vestida como una virgen del Sol: corriendo he querido precipitarme en sus brazos. ¡Que sorpresa, caro Aza! ¡que extraordinaria sorpresa de encontrar una resistencia impenetrable, en donde veia una figura humana moverse en un espacio muy extendido!

Me quedé inmovil de admiracion, los ojos elavados sobre aquella sombra, cuando Deterville me hizo observar su propio cuerpo al lado de la que ocupaba toda mi atencion: le tocaba, le hablaba y le veia á un mismo tiempo, cerca y lejos de mi.

Estos prodigios perturban la razon y ofuscan el juicio: ¿que debo pensar de los habitantes de este pais? No me atrevo á decidir nada sobre este particular.

El Cacique me ha dado á entender que la sombra que veia es la de mi propio cuerpo; pero ¿tengo por esto mas conocimiento? ¿Acaso disminuye el prodigio? ¿Sufro menos mortificacion no hallando en mi espíritu otra cosa mas que errores ó ignorancias? Lo veo con dolor querido mio, los menos hábiles de esta comarca, son mas sabios que todos nuestros Amautas.

Deterville me ha proporcionado una china *, jóven y vivísima; me sirve de mucho alivio, el volver á ver mugeres, y recibir su asistencia. Otras se esmeran en servirme, que á la verdad prefiriera no verlas tan de cerca; su presencia renueva mis recelos, y del modo con qué me examinan conozco que no han estado en Cuzco **. Sin embargo todavía no puedo juzgar de nada; mi espíritu vacila siempre en un mar de incertidumbres; solo mi firme corazon no desea, no espera ni aguarda mas que una felicidad; sin esta todo son penas.

CARTA XIª.

FALLO de Zilia sobre los Franceses, y sus modales.

POR mas que he procurado adquirir algunas luces sobre mi suerte no estoy mas instruida de lo que estaba tres dias antes. Todo lo que he podido observar se reduce á que los salvages de

* Criada, ó Doncella.

** Capital del Perú.

esta comarca, parecen tan buenos y humanos como el Cacique; cantan y bailan como si todos los dias debiesen ocuparse de las labores del campo *. Si yo juzgara por la contradicion que observo entre sus costumbres y las nuestras, no me quedara el menor rayo de esperanza; pero como me acuerdo que tu augusto padre ha sometido provincias muy lejanas, cuyos habitantes no tenian mas relaciones con los de las nuestras, pienso que quizas esta será una de ellas. Parece que el Sol se place á hermosearla con sus benéficos rayos, digolo porque nunca le he visto tan claro y hermoso, y encuentro un sumo placer en dejarme llevar de la confianza que me inspira: solo me queda la inquietud de la tardanza en poderme convencer enteramente de la verdad, por lo que respeta á nuestros reciprocos intereses; pues bien veo, querido mio, que solo el conocimiento de la lengua del pais podrá descubrirme la verdad desnuda, y dar fin á mis inquietudes.

Aprovecho de cuantas ocasiones se me ofrecen para instruirme, y de todos los momentos en que Deterville me deja libremente con mi

* En el Perú, las tierras se cultivaban en comun y los dias que se destinaban á este trabajo, eran festividades.

china, para no perder las lecciones de esta; es un debil recurso, porque como no puedo hacerla comprender mis ideas, es imposible entablar ninguna conversacion con ella. Las señas con qué me habla el Cacique me son mas útiles: el hábito nos ha creado una especie de idioma, que al menos nos sirve para manifestar nuestra voluntad. Ayer me condujó á una casa en donde sin esta inteligencia, cierto que no hubiera yo hecho un papel muy brillante.

Entramos en un aposento mas grande y mejor adornado que el mio, en donde habia una gran reunion de gente. Disgustóme la admiracion que todos manifestaron al verme: la risa inmoderada que algunas jóvenes querian reprimir, nuevamente excitada cada vez que me miraban, me causó un sentimiento tan desagradable, que si hubiese sentido algun remordimiento interior, lo hubiera tomado por un efecto de la verguenza. Pero como no sentí sino una cierta repugnancia invencible á permanecer en su compañia, iva á volverme, cuando una seña de Deterville me retuvo.

Conocí que retirándome sería descortés, y por lo mismo puse todo mi esmero en no hacer nada que pudiera dar lugar al disguto que injustamente me causaban. Me estuve quieta, y

examinando aquellas mugeres con toda atencion, creí notar que la singularidad de mi vestido era la única causa de la sorpresa de las unas y de la injuriosa risa de las otras, compadecí su debilidad, y procuré persuadirlas con mi entereza, que mi alma no era tan distinta de la suya, como mis vestidos y adornos.

Un hombre, que si no hubiese estado vestido de negro lo hubiera tomado por un Curacas * me tomó la mano con un semblante afable y me condujo cerca de una señora que por su aire altivo juzgé ser la Palas ** del pais. Dijola varias palabras que no me son desconocidas por haberlas oido repetir mil veces á Deterville. « ¡Que bella es! ¡que hermosos ojos!... Otro caballero le respondió « y mucha gracia, un aire de ninfa!.... » Excepto de las mugeres, que no abrieron la boca, estas mismas expresiones fueron generalmente repetidas : aunque todavía no conozco lo que quieren decir con estas palabras, me persuado que exprimen algo de lisongero, porque siempre las pronuncian con el rostro risueño.

* Los Curacas eran reyezuelos de una comarca, y gozaban del privilegio de vestirse como los Incas.

** Nombre genérico de las princesas.

El Cacique parecia tener mucha satisfaccion con lo que se decia de mí: siempre se estuvo á mi lado, y si se alejaba un momento para hablar con alguien, sus ojos no me perdian de vista, y me decia con señas todo lo que debia hacer: en cuanto á mi, le observaba con mucha atencion, para no faltar á los usos de un pueblo tan poco instruido de los nuestros.

Yo no sé, caro Aza, como poderte explicar cuan extraordinarios me han parecido los modales de estos salvages. Tienen una viveza tan impetuosa que no se puede explicar con palabras. Tanto hablan con el movimiento del cuerpo como con el sonido de la voz. Lo que yo misma he observado de su continua agitacion, me ha convencido plenamente de la poca importancia que merecen las demonstraciones del Cacique, que tanta zozobra me causaron y me hicieron hacer tantas conjecturas.

Ayer besó las manos de la Palas y de todas las otras mugeres; tambien las besó la cara, cosa que nunca habia visto. Los hombres le abrazaban, unos le tomaban la mano, otros le tiraban la casaca, y todo esto se hacia con una prontitud inexplicable.

Si se juza de su espíritu por la viveza de sus gestos, estoy persuadida que nuestras expresio-

nes medidas, las súblimes comparaciones que tan naturalmente exprimen nuestros tiernos sentimientos y nuestros pensamientos afectuosos, les parecerian insipidas; nuestro aire grave y modesto lo tomarian por estupidéz, y nuestro porte grave por un embrutecimiento. ¿Lo creeras, dulce dueño? á pesar de sus imperfecciones, si tu estuvieses aqui, no me disgustaria su sociedad. Todo cuanto hacen lo acompañan con un cierto aire de afabilidad, que les hace amables; y si mi alma fuese dichosa, disfrutaria con sumo placer de la diversidad de objetos que sucesivamente se ofrecen á mis ojos; pero la poca ó ninguna relacion que tienen contigo, borra la diversion que podria causarme su novedad: tu solo eres mi único bien y mi placer.

CARTA XII[a].

Exaltacion de Deterville, moderada repentinamente por el respeto. — Reflexiones de Zilia sobre la situacion de Deterville cuya causa no conoce. — Su nueva sorpresa al verse dentro de un coche. — Su admiracion al ver las bellezas de la naturaleza.

Mucho tiempo se ha pasado, amado Aza, sin poder consagrar un solo momento á mi mas

cara ocupacion : sin embargo aprovecho de un instante de libertad para instruirte de muchas cosas extraordinarias que deseo sepas. El dia siguiente á mi visita á la Palas, Deterville me hizo traer un vestido muy hermoso hecho á la moda del pais. Cuando mi china me lo hubo puerto á su gusto, me condujo delante de aquella maquina ingeniosa que duplica los objetos : aunque la experiencia ya debia haberme acostumbrado á sus efectos, todavía no pude libertarme de un movimiento de sorpresa mirándome como si yo estuviese en frente de mi misma.

Mi nuevo trage no me disgustó ; tal vez hubiera dejado el mio con mas sentimiento, sino hubiese dado continuamente motivo á que me examinasen con una atencion demasiado afectada.

El Cacique entró en mi aposento, cuando la doncella ponia la última mano á mi nuevo trage ; paróse al lindar de la puerta, y nos obiervó largo rato sin desplegar los labios : estaba tan pensativo que se hizo de lado para deja salir la china, y volvio á tomar su postura sin sentirlo. Sus ojos fijos me examinaban de pies á cabeza con una atencion que me avergonzaba sin saber porque.

Sin embargo, para manifestarle mi recono-

cimiento á sus nuevos beneficios le di la mano: y no pudiendo exprimir mis sentimientos, crei que nada podria decirle mas alagüeño que algunas de aquellas palabras que tanto se complace en hacerme pronunciar, y aun procuré darlas la misma expresion con que él me las repite.

Yo no sé que efecto produjeron en su físico, solo podré decirte que sus ojos se animaron, su cara se inflamó, se avanzó ácia mí con la mayor agitacion, como que iva á precipitarse en mis brazos, pero luego se paró repentinamente, y me apretó la mano, diciendo con una voz conmovida « No..... el respeto..... su virtud..... » y varias palabras que no entiendo; despues se arrojó sobre una silla al extremo del aposento, en donde permaneció largo rato, la cabeza apoyada con ambas manos y con las señales del mas acerbo dolor.

Me sobresaltó su estado, creyendo haber dado motivo á algun disgusto, me acerqué á él para manifestarle mi sincéro arrepentimiento; pero me desechó suavemente de sin mirarme, por cuyo motivo no me atrevi á hablarle. Mi situacion era realmente muy confusa, cuando los criados entraron para poner la mesa; se levantó, comimos como era de costumbre sin que manifestase otra consecuencia de su aflic-

cion, sino un poco de tristeza; pero siempre con la misma afabilidad y dulzura: todo esto me parecia incomprehensible.

No me atrevia à mirarle, ni servirme de las señas que ordinariamente suplian nuestra conversacion: sin embargo como comiamos á una hora tan distinta de la acostumbrada, no pude menos de manifestarle mi sorpresa. Cuanto pude entender de su respuesta fué que ivamos á mudar de domicilio. Efectivamente, salió y entró varias veces, y luego me tomó la mano; yo me dejé llevar, pensando siempre en la escena que te he descrito, y discurriendo si tal vez seria una consecuencia de ella la subita mudanza de domicilio.

Apenas salimos la última puerta de la casa que me ayudó á subir un escalon bastante alto y me encontré en un cuartito en donde no podiamos estar en pie sin mucha incomodidad, ni hay bastante espacio para poder andar, pero nos sentamos muy comodamente el Cacique, la china y yo. Este pequeño reducto esta amueblado con mucha elegancia, y una ventana en cada lado le comunica toda la luz necesaria.

Mientras que le consideraba con sorpresa, y discurria porque motivo Deterville nos encerraba en un lugar tan estrecho (¡o caro Aza!

¡Cuan multiplicados son los prodigios en este pais !), sentí que esta maquina ó choza, yo no sé como llamarla, se movia y mudaba de lugar. Este movimiento me recordó la casa flotante: el miedo se apoderó de mí, y el Cacique siempre atento á cuanto pudiese causarme la menor inquietud, me tranquilizó haciéndome ver por una de las ventanas, que esta maquina, suspendida no muy lejos del suelo, se movia por medio de un secreto que me era desconocido. Deterville tambien me hizo ver que varios *Hamas* * de una especie que no conocemos corrian delante de nosotros, y nos arrastraban trás sí.

Es preciso tener un ingenio mas que humano para inventar cosas tan útiles y singulares; pero tambien es menester que algunos defectos capitales neutralizen su poder, pues no ha llegado á dominar el mundo entero. Hace cuatro dias que encerrados en esta maravillosa maquina, no salimos hasta la noche para descansar en la primera habitacion que se presenta, y nunca salgo sin sentimiento. Te lo confieso, querido Aza, á pesar de mis tiernas inquietudes, durante este viage he gozado placeres que no conocia. Encerrada en el templo

* Nombre genérico de los animales.

desde mis mas tiernos años, no tenia la menor idea de las bellezas del universo ¡cuanto hubiera perdido!

Sin duda, amigo mio, la naturaleza ha puesto un esmero desconocido en todas sus obras que el mas diestro artífice no puede imitar. Cuanto he visto de los prodigios que los hombres han inventado, no me ha causado tanta sorpresa como experimento admirando el universo. Las inmensas campiñas que continuamente se ofrecen á mis ojos, arrebatan mi alma con tanta rapidéz como las atravesamos.

Los ojos recorren, abrazan y descansan á un mismo tiempo sobre una infinita variedad de objetos agradables; y se puede decir que la vista no halla otros límites que los del mundo entero. Este error nos lisongea; nos dá una idea satisfactoria de nuestra propia grandeza, y parece aproximarnos del criador de tantas maravillas.

Al terminar el sol su carrera un dia claro y sereno, el cielo presenta imágenes, cuya pompa y magnificencia aventajan en mucho á cuanto ofrece la tierra. De un lado las nubes transparentes, amontonadas al rededor del sol presentan á nuestra vista montañas de luminosas sombras, cuyo magestuoso desorden exalta

nuestra admiracion hasta el extremo : de otro lado se levanta un astro menos brillante, el cual recibe y despide una luz menos viva sobre los objetos, y perdiendo su actividad con la ausencia del sol, nos afecta suavemente formando una melancólica harmonia con el silencio que reina en toda la tierra. Entonces la reflexion domina en nuestro espíritu, una deliciosa serenidad penetra en nuestra alma; gozamos del universo entero cual si fuese nues privativa propiedad, y nada vemos en él que nos pertenezca; una dulce tranquilidad nos deleita con reflexiones lisongeras, y si algun pesar viene á perturbarlas, solo nace de la necesidad de abandonar aquella suave ilusion para sumergirnos en las necias prisiones que los hombres voluntariamente se han creado, sin que toda su industria sea capaz de disminuir el desprecio que se merecen, comparándolas con las bellas obras de la naturaleza.

El Cacique ha tenido diariamente la complacencia de sacarme de la cabaña rodadera, para dejarme contemplar á mi placer lo que con tanta satisfaccion de continuo admiraba.

Si las bellezas del cielo y de la tierra tienen un poderosísimo atractivo para las almas sensibles, las que he visto en los montes, mas sen-

cillas y mas tiernas, no han excitado en mi menos placer y admiracion. ¡ Que deliciosos son los bosques, caro Aza! Al entrar en ellos, un encanto universal embelesa nuestros sentidos, y los confunde. La sola vista de un bosquecillo sombrío nos comunica una suave frescura aun antes de sentirla; las gradaciones en el color de las ojas suavizan la luz que las penetra, y parecen hacerse sensibles al corazon al mismo tiempo que á los ojos. Un odor suave, pero indeterminado, apenas da lugar para diferenciar el gusto del olfato; el aire mismo sin ser visto, comunica en todo nuestro ser un placer puro que parece acrecentar nuestros sentidos sin poder designar el organo de donde dimana.

¡ O querido Aza! con que gusto disfrûtaria de placeres tan puros, si estos lugares estuviesen hermoseados con tu presencia! ¡ Cuanto he deseado poderlos disfrutar con tu amable compañía! Testigo entonces de mis mas tiernos pensamientos, te hubiera hecho encontrar en los sentimientos de mi corazon, delicias todavía mas tiernas que las que nos ofrecen las bellezas del universo.

CARTA XIII[a].

Llegada de Zilia á Paris. — Diverso modo con que la reciben la madre y hermana de Deterville.

En fin, querido mio, he llegado á una ciudad llamada Paris : creo que es el término de nuestro viage, pero, segun las apariencias, dudo que sea el de mis penas.

Como desde que he llegado pongo mas atencion que nunca á todo lo que se pasa al rededor mio, mis descubrimientos solo me producen tormentos y me presagian desdichas. En el mas minimo deseo curioso hallo tu retrato, pero no en ninguno de cuantos objetos se me presentan á la vista.

Por el muchísimo tiempo que hemos tardado en atravesar esta ciudad, y por el numerosísimo concurso de habitantes que inundan las calles, juzgo que tiene mas gente que la que podrian reunir tres ó cuatro de nuestras provincias. Cuando me acuerdo de las maravillas que me han contado de Quito, mi imaginacion se complace en buscar aquí algunos rasgos del cuadro que en otro tiempo me han hecho de aquella

gran ciudad. Pero ¡ que diferencia ! Esta tiene puentes, rios, árboles, campos; me parece un mundo entero, mas bien que un domicilio particular. Vanamente intentara hacerte un fiel bosquejo de la elevacion de las casas; son tan prodigiosamente altas, que aun mas facilmente se puede creer que la naturaleza las ha producido cual estan, que figurarse haya habido hombres capaces de construirlas.

La familia del Cacique tiene su domicilio en esta inmensa ciudad. La casa que habita es casi tan magnifica como la del Sol, los muebles y parte de las paredes son de oro, y todo lo demas esta adornado con un tegido matizado de los mas hermosos colores que representan con mucha regularidad las bellezas de la naturaleza.

Cuando llegamos, Deterville me dió á entender que me conducia al aposento de su madre. La hallamos recostada en una cama hecha á poca diferencia como la de los Incas, y del mismo metal *. Presentó la mano al Cacique, que la besó con la mas profunda reverencia, y luego le abrazó; pero con tanta frialdad, con una alegria tan violenta, que sino me lo hubiera

* Las camas, sillas y mesas de los Incas eran de oro mazizo.

prevenido de antemano, cierto que no hubiera conocido los sentimientos de la naturaleza en las caricias de aquella madre.

Despues de algunos minutos de conversacion, el Cacique me hizo acercar; la señora me miró con desden, y sin contestar á lo que su hijo la decia, siguió entrelazando gravemente entre sus dedos un cordon del cual colgaba un pedacillo de oro.

Deterville nos dejó para ir al encuentro de un hombre alto, de buena figura, que se dirigia ácia él: le abrazó así como á otra muger que tenia la misma ocupacion que la Palas.

En el momento mismo que el Cacique entró en la sala, apareció una jóven de mi edad poco mas ó menos, que le seguia con mucho conato y con cierta timidéz que se hacia notar. Sus megillas sonrosadas respiraban una suave alegria sin que por ello desapareciese un cierto fondo de tristeza que interesaba á su favor. Deterville la abrazó la última, pero con una ternura tan natural que me conmovió el corazon. ¡Ah caro Aza! Que jubilo seria el nuestro si el hado nos reuniese despues de tantos infortunos.

Durante esta scena muda, el respeto * me

* Las solteras aun cuando fuesen de sangre real trataban con mucho respeto á las mugeres casadas.

habia retenido cerca de la Palas, y no me atrevia á separarme de su lado ni á lebantar los ojos del suelo. Algunas miradas poco afables que de cuando en cuando me dirigia, acabaron de intimidarme, y comunicaron á toda mi persona un encogimiento que paralizó todas mis facultades.

Yo no se si la jóven conoció mi incómoda situacion, lo cierto es que luego que dejó á Deterville, me tomó la mano y me llevó cerca de una ventana en donde nos sentamos. Aunque yo no entendia ni una palabra de cuanto me decia, sus ojos bondadosos me hablaban el idioma universal de los corazones sensibles, y me inspiraron una entera confianza y tierna amistad : yo hubiera querido poderla manifestar mis sentimientos ; pero no pudiendo explicarme á medida de mi deseo, pronuncié cuantas palabras sabía en su lengua.

Varias veces la sonrisa se asomó á sus labios mirando á Deterville con un aire delicado y suave. Yo me complacia en esta especie de conversacion muda, cuando las Palas pronunció algunas palabras con un tono bastante altivo mirando la jóven, que inmediatamente soltó mi mano que tenia entre las suyas y bajó los ojos sin volverlos á levantar para mirarme. Poco

rato despues llegó una señora anciana de muy mala cara, se acercó á las Palas, luego me tomó la mano, y casi á pesar mio me condujo en un cuarto en lo mas alto de la casa y me dejó sola.

Aunque este momento no debo contarlo entre los mas desgraciados de mi vida no te ocultaré, querido mio, que me fue muy desagradable. Yo debia prometerme que concluido nuestro viage mis desazones tendrian algun alivio, ó por lo menos hallaria en la familia del Cacique las mismas atenciones que este siempre me habia manifestado. Pero la fria acogida de las Palas, la subita mudanza en los modales de la jóven, la brutalidad de aquella muger que me habia arrancado de un lugar en donde mi interes me llamaba, la distraccion de Deterville que no se opuso á la especie de violencia con que se me habia tratado, enfin todas las circunstancias capaces de aumentar las penas de un corazon sensible, se me presentaron á un mismo tiempó bajo los mas tristes aspectos. Ya me creí abandonada de todo el universo y lloraba amargamente mi triste suerte, cuando entró mi china.

En la situacion en que me hallaba, el ver junto á mi esta muchacha, me pareció el colmo de la felicidad; me precipité en sus brazos der-

ramando un torrente de lágrimas : se conmovió, y su ternura me penetró hasta el corazon Las señales de afecto que esta jóven me manifestó, dulcificaron mis penas : le contaba todos mis disgustos como si hubiera podido entenderme, le hacia mil preguntas como si hubiese podido responderme : sus lágrimas hablaban á mi corazon, las mias no habian cesado, pero con menos amargura.

Todavía me quedaba la esperanza de ver á Deterville en la mesa; pero fué en vano porque me trageron á mi cuarto la comida, y él no pareció. Desde el momento que te perdi, caro bien mio, este Cacique es el único humano que para mi ha sido bondadoso sin interrupcion ; y el hábito de verle se ha constituido una necesidad. Su ausencia, acrecentó mi tristeza ; y despues de haberle esperado inutilmente, me acosté ; pero todavia el sueño no habia suspendido el curso de mis lágrimas, cuando le ví entrar en el cuarto acompañado de la jovencita cuyo repentino desden tan sensible me habia sido.

Esta amable muchacha al instante se arrojó sobre mi cama, y con mil y mil caricias parecia querer borrar el mal proceder que habia observado conmigo. El Cacique se sentó allí cerca, y me pareció que tanto placer tenia de verme

como yo de que no me hubiese abandonado; hablaron largo rato sin apartar su vista de mi y con sus tiernas caricias me dieron las mayores pruebas de afecto.

Su conversacion tomó insensiblemente un carácter mas serio. Sin entender lo que decian, no era dificil concebir que reinaba entre ambos una mútua confianza y amistad; por ello no les interrumpi; pero en el momento que se ocuparon de mi, procuré satisfacer mis dudas pidiendo al Cacique una explicacion de todo lo que me habia parecido tan extraordinario desde que habiamos llegado.

Cuanto pude entender de sus respuestas solo fué que la jovencita que estaba junto á mi, se llamaba Celina, y era su hermana, el hombre alto que habia visto en el salon, su hermano mayor, y la otra señora jóven, la esposa de este.

En el instante que supe ser Celina hermana del Cacique, se perfeccionó el afecto que su primera vista me habia inspirado, y tanto placer hallaba en la compañia de ambos, que ni siquiera noté que ya habia amanecido cuando se retiraron.

Cuando estuve sola, todo el tiempo que debí dedicar al descanso lo consagré á pensar en ti;

este es mi único bien, mi única gloria. Tu solo caro bien mio, tu solo eres y seras el único depositario de mis secretos, de mi ternura, y de mis sentimientos.

CARTA XIVª.

ZILIA abochornada en una tertulía.

Si no continuára robando al sueño el tiempo que te dedico, caro Aza, ya no gozaria de estos deliciosos momentos en que únicamente existo por ti. Me han hecho tomar de nuevo mis vestidos de vírgen del Sol, y me tienen todo el dia en un salon lleno de gente, que se cambia y se renueva á cada instante sin discontinuar. Esta disipacion involuntaria, muchas veces me distrae á pesar mio de mis mas tiernos pensamientos; pero si algunos momentos olvido esta atencion acalorada que sin cesar une mi alma á la tuya, pronto la hallo de nuevo en las comparaciones que hago entre ti y cuanto me rodea.

En cuantos paises he andado, no he visto salvages tan soberanamente familiares como estos; las mugeres en particular me parece que

tienen una afabilidad tan despreciable, que choca la humanidad, y quizás me inspirarian tanto desprecio como ellas manifiestan por los otros, si las conociese mejor. Ayer una de ellas dió motivo á que tuviese un bochorno que todavía me aflige. Cuando la reunion era mas numerosa y despues de haber hablado con varias personas sin pensar á mi, ya fuese casualidad ó que alguien me hubiese señalado, dió una gran carcajada así que me vió, levantóse precipitadamente, vino ácia mi, me hizo lebantar y despues de haberme hecho dar cuantas bueltas le sugerió su atolondramiento, despues de haber tocado mi venido por todos lados con una escrupulosa atencion, hizo una seña á un jóven que se unió á ella y empezaron de nuevo el examen de toda mi persona.

Aunque me repugnaban las libertades que uno y otro se tomaban, la magnificencia del vestido de ella, que le daba el aire de una Palas, y la riqueza de los del jóven, todo cubierto de chapas de plata, que parecia un *Anqui* *, no me permitieron oponerme á su capricho; pero

* Príncipe de la familia real: para llevar oro en los vestidos, se necesitaba un permiso del Inca, que tan solo concedia á los príncipes de la familia real.

este temerario salvage, alentado con la familiaridad de la Palas y quizás con mi cortedad, tuvo la osadia de llevar su atrevida mano á mi pecho: le aparté de mi con tanta sorpresa é indignacion, que le hice conocer bien claramente, que conocia aun mejor que él las leyes de la honestidad.

Deterville ligero como el águila acudió á mis voces, y no bien hubo dicho algunas palabras al jóven salvage, que este apoyando una mano sobre su hombro, se hechó á reir tan descompasadamente como si hubiera perdido el juicio. El Cacique se libertó de él, y le dijo, medio abochornado, algunas palabras con un tono tan frio, que la inmoderada alegria del jóven, en el mismo instante desapareció, y como seguramente no tenia respuesta que dar, se fué sin replicar, y no le ví mas.

O caro Aza, ¡Cuan respetables me parecen las costumbres de los hijos del Sol, cuando observo las de este pais! La insolencia del jóven Anqui ¡con cuanto placer me recuerda tu tierno respeto, tu prudente recato y las gracias de la honestidad que reinaban en nuestras conversaciones! Así lo senti desde el primer instante que te ví, cara delicia de mi alma, y este sentimiento no cambiará mientras me quede un

soplo de vida; tu solo reunes todas la perfecciones que la naturaleza ha distribuido separadamente á los humanos, así como ha reunido en mi corazon todos los sentimientos de ternura y admiracion que me unen á ti hasta la muerte.

CARTA XVª.

Admiracion de Zilia con motivo de los regalos que la hace Deterville.

Cuanto mas voi conociendo al Cacique y su hermana, viviendo en su casa, tanto mas dificilmente puedo persuadirme que sean de esta nacion. Solo ellos conocen y respetan la virtud. Los modales sencillos, la cándida bondad, y modesta alegria de Celina, casi harian pensar que se ha criado entre nuestras vírgenes. La atenta amabilidad, y suave seriedad de su hermano, dan lugar á creer que la real sangre de los Incas corre por sus venas. Ambos me tratan con tanta humanidad, cual nosotros egerceriamos con ellos, si alguna desgracia les hubiera conducido á nuestro pais, y por lo mismo

no me queda la menor duda en que Deterville será alguno de tus tributarios *.

Nunca entra en mi aposento sin ofrecerme un regalo de alguna cosa maravillosa de que tanto abunda este pais. Unas veces me trae pezazos de aquella maravillosa maquina que duplica los objetos encerrados en unos cofrecitos hechos de una materia admirable. Otras veces me ofrece piedrecitas ligeras que tienen un brillo extraordinario, con las cuales las mugeres se adornan casi todo el cuerpo; se las ponen á las orejas, al pecho, á la garganta, en el calzado, y todo esto es de muy bella vista.

Pero lo mas gracioso son unos trebejos singularmente comodos, hechos de un metal durísimo. Los unos sirven para hacer varias labores que Celina tiene la suma complacencia de enseñarme; y los otros de una forma cortante, para dividir toda suerte de telas, con los cuales se hacen tantos pedazos como se quiere, con la mayor facilidad, y de una manera muy divertida.

* Los Caciques y Curacas estaban obligados á submimistrar los vestidos para el uso del Inca y de la Reina; y nunca se presentaban ante uno ú otro sin ofrecerles un tributo de las curiosidades que producian las provincias que gobernaban.

Tengo muchísimas otras rarezas todavía mas extraordinarias; pero como en nuestro pais no las usamos, no sé como poder explicartelas en nuestra lengua para darte una idea de ellas.

Todos estos objetos, querido Aza, los reservo cuídadosamente para tí; porque ademas del placer que me causará tu sorpresa cuando los veras, sin duda alguna te pertenecen. Si el Cacique no estubiese sometido á tu obediencia ¿me pagaria acaso un tributo que sabe ser únicamente debido á tu supremo rango? Por el respeto con que siempre me ha tratado presumo que mi origen no le es desconocido. Los presentes con que me honra no dejan lugar á la duda; no ignora que debo ser tu esposa pues que de antemano me trata de *Mama-Oella**.

Esta conviccion me tranquiliza y calma en parte mi inquietud; comprendo que no me falta mas que la libertad de explicarme para saber del Cacique cuales son los motivos que le inducen á retenerme en su casa, y determinarle á conducirme en poder tuyo, pero hasta que esto suceda todavía me queda mucho que sufrir.

Madama (que así se llama la madre de De-

* Es el nombre que las reinas tomaban.

terville) tiene un carácter enteramente opuesto al de sus hijos. Lejos de tratarme con la misma amabilidad que ellos, siempre me manifiesta no sé porque causa, una frialdad, un desdeño que me dá mucha pesadumbre; y por una oposicion de sentimientos que comprendo todavía menos, exige que esté continuamente junto á ella. Esta sociedad me es insoportable; la sugecion reina en donde ella está, y solo á escondidas Celina y su hermano me hacen algunas señas amistosas, pues ellos mismo ni aun se atraven á hablarse con libertad delante de la madre. Por ello siguen pasando un parte de las noches en mi aposento: estos son los únicos momentos que disfrutamos en paz del dulce placer de vernos, y aunque no participo mucho de sus conversaciones, su presencia siempre me es muy agradable. Seguramente seria felíz si mi felicidad dependiera del sumo esmero con que me tratan. Ah! caro Aza, no saben que no puedo serlo lejos de ti y que solo cuento en el número de las horas de mi existencia aquellas en que tu memoria y tu ternura ocupan enteramente todo mi ser.

CARTA XVIª.

ZILIA aprende la lengua francesa. — Reflexiones que hace sobre el carácter de esta nacion.

TAN poco me resta de mis Quipos, querido Aza, que apenas me atrevo á hacer uso de ellos. Cuando quiero enlazarlos, el temor de acabar los cordones suspende mi trabajo, cual si pudiera prolongarlos, por medio de la economia. Voy á perder el placer de mi alma, el apoyo de mi vida : ya nada puede aliviar el insoportable peso de tu ausencia y subcumbiré á mi dolor.

Yo disfrutaba de un delicioso placer conservando un recuerdo de los movimientos mas ocultos de mi corazon para ofrecertelos como una prenda de mi cariño. Quisiera conservar la memoria de las principales costumbres de esta nacion singular, para en dias mas felices proporcionarte este pasatiempo. ¡Ah! poca esperanza me queda de poder realizar mis proyectos, si ahora hallo tantas dificultades á ordenar mis ideas ¿como podré hacerlo luego sin llamar á mi auxilio una mano estraña? Un medio á la

verdad se me presenta, pero la egecucion es tan dificil que la creo imposible.

El Cacique me ha presentado un salvage de este pais, que todos los dias viene á darme leccion de su lengua y del método que aquí se emplea para dar una especie de existencia á nuestros pensamientos. Esto se hace delineando con una pluma unas figuritas que llaman letras, sobre una materia blanca muy delgada que llaman papel. Cada una de estas figuritas tiene su nombre, y estos nombres unidos entre sí representan el sonido de las palabras : pero estos nombres y sonidos me parecen tan poco distintos los unos de los otros, que si un dia consigo entenderlos, estoy firmemente persuadida que solo será á costa de mucho trabajo. Es increible el que se toma este pobre salvage para instruirme, y yo aun mas para aprender; pero mis progresos son tan lentos, que renunciaria á la empresa si supiera otro medio para instruirme de tu suerte y la mia.

No hay otro, querido Aza, y por lo mismo cifro todo mi placer en este nuevo y singular estudio. Quisiera vivir sola para dedicarme á él sin intermision; y la dura necesidad que me imponen de estar continuamente en el aposento de Madama se me hace insoportable.

En el principio, me divertia excitando la curiosidad de los demas; pero cuando solo se hace uso de los ojos, estos muy pronto se sácian. Todas las mugeres se pintan la cara del mismo color: siempre tienen los mismos modales, y aun creo que siempre dicen lo mismo. Las apariencias son mas variadas en los hombres. Algunos de ellos se dan el aire de pensativos; pero hablando en general yo sospecho que esta nacion no es lo que aparenta, y creo que la afectacion es su caracter dominante.

Si fuesen sínceras las demostraciones de zelo y oficiosidad con que adornan los mas minimos deberes de la sociedad, seria menester, caro Aza, que estas gentes tuviesen el corazon mas bondadoso y mas humano que los nuestros ¿puede esto creerse? Si tuviesen tanta serenidad en el alma como en la cara, si fuese síncera la propension al recocijo, que noto en todas sus acciones ¿buscarian acaso su diversion en unos espectáculos como el que me hicieron ver?

Me llevaron à un parage en donde se representan los hechos de hombres que ya no existen poco mas ó menos como se hace en tu palacio*;

* Los Incas hacian representar una especie de comedias cuyos asuntos sacaban de las mas bellas acciones de sus predecesores.

con la diferencia que nosotros solo recordamos la memoria de los hombres mas sabios y virtuosos, y aqui creo que solo celebran los insensatos y perversos. Los representantes gritan y hacen contorsiones como unos furiosos; uno ví que llevó su rabia hasta matarse. Algunas mugeres que sin duda se ven perseguidas, lloran sin cesar, y hacen gestos de desesperacion, tales, qué podrian muy bien omitir las palabras que los acompañan para dar á conocer el exceso de su dolor.

¿Podria creerse, caro Aza, que todo un pueblo cuyos exteriores son tan humanos se complace en representar desgracias ó crímenes que en otro tiempo han envilecido ú oprimido á sus semejantes? Acaso aquí necesitan patentizar el horror del vicio para conducir á la virtud. Esta idea me ocurre sin cesar: si fuese justa, mucho compadeceria á esta nacion. La nuestra, mas favorecida de la naturaleza, ama el bien por sus solos atractivos, solo necesitamos modelos de virtud para ser virtuosos, así como para ser amable basta el amarte.

CARTA XVIIa.

ZILIA hace un cotejo entre nuestros teatros.

Yo no sé que pensar del numen tutelar de esta nacion, caro Aza. Abraza los extremos con tanta rapidéz que mi talento no alcanza para formar un juicio sobre su caracter.

Me han hecho ver un teatro enteramente opuesto al primero. Aquel, cruel y espantoso choca la razon y envilece la humanidad. Este divertido y agradable, imita la naturaleza y hace honor al buen sentido; en él aparecen un número de hombres y mugeres mucho mas crecido que en el primero. Tambien representan algunas acciones de la vida humana, pero todas las afecciones del alma, séase la pena ó el placer, el jubilo ó la tristeza, todo lo exprimen cantando y bailando.

Yo creo que la inteligencia de los sonidos debe ser universal, porque no he tenido mas dificultad á comprender y sentir las varias pasiones que se han representado, que si las hubiesen exprimido en nuestra lengua; esto me parece muy natural, porque la sana razon dicta

que los idiomas deben ser de invencion humana y lo prueba la enorme diferencia que hay entre el de una á otra nacion. La naturaleza mas poderosa y atenta á satisfacer las necesidades y los placeres de sus criaturas, le ha dado medios generales de exprimirlos, que estan perfectamente imitados con los cantos que he oido.

Si bien es verdad que unos sonidos agudos exprimen la necesidad de socorro en un temor violento ó en un vivo dolor, aun mejor que las palabras generalmente conocidas en una parte del mundo, cuando en otra nada significan, no es menos cierto que un tierno gemido conmueve nuestro corazon y le infunde una compasion mucho mas eficaz que ciertas palabras, cuyo extravagante composicion produce muchas veces un efecto enteramente contrario.

Los sonidos vivos y ligeros infunden necesariamente en nuestras almas un placer jovial, que la narracion de un cuento divertido ó una chanza discreta imprimen con mucha imperfeccion. ¿Hay en lengua alguna expresiones que puedan comunicar un placer sincero con tan buen éxito como los juegos sencillos de los animales? Parece que los bailes quieren imitarles, á lo menos con corta diferencia inspiran iguales sentimientos.

Enfin, querido Aza, en este espectáculo todo es conforme con la naturaleza y la humanidad; y ¿que bien puede hacerse á los hombres que se pueda comparar con el de disipar sus aflicciones é inspirarles el regocijo? Yo misma lo senti y á pesar mio, hubiera sido duradero, cuando lo emponzoñó un accidente acaecido á Celina.

Cuando salimos, estando algo separadas de la muchedumbre, ivamos asidas una con otra de miedo de caernos. Deterville estaba pocos pasos delante de nosotras con su cuñada, cuando un jóven, de bella presencia, saludó á Celina, le dijo algunas palabras al oido, la dejó un pedazo de papel que apenas tuvo valor para recibir, y se alejó.

Celina en un principio se habia asustado en, términos de comunicarme el temblor que la sobrecogió, y volvió languidamente la cabeza para mirarle cuando se retiró. Parecióme tan debil, que creyendo se sintiese incomodada de algun repentino mal, quise llamar á su hermano para que la socorriese, pero ella me detuvo y me hizo seña de que me callára poniéndose un dedo en la boca; preferi permanecer en mi inquietud por no desobedecerla.

La misma noche cuando vino á mi cuarto con su hermano, le enseñó el papel que habia

recibido: por lo poco que pude entender de su conversacion hubiera podido creer que el jóven que se lo habia dado era su amante, si fuese posible atemorizarse de la vista de un objeto amado.

Todavía podria instruirte de otras observaciones que tengo hechas: pero veo con dolor el fin de mis cordones; ya toco los últimos lazos, estos lazos que se me figuran una cadena de comunicacion desde mi corazon al tuyo, ya no son mas que tristes objetos de mis duelos: la ilusion se desvanece, y la cruel realidad se pone en su lugar; mis ideas vagas, descarriadas en el inmenso vacío de la ausencia, en adelante se anonadarán con la misma rapidéz que el tiempo. Querido Aza, me parece que nos separan nuevamente, que nuevamente me arrebatan tu amor. Te pierdo, te dejo, ya no te veré mas, Aza! Cara esperanza de mi corazon, que distancia tan cruel para dos amantes!

CARTA XVIII^a.

Zilia desengañada, é instruida de su desgracia con los conocimientos que adquiere.

¡Cuanto tiempo debe borrarse del periodo de mi existencia, mi querido Aza! El sol ha hecho la mitad de su carrera desde la última vez que he gozado de la efímera felicidad que yo misma me forjaba, creiendo comunicar contigo. ¡Cuan larga me ha parecido esta doble ausencia! Cuanto valor he necesitado para sobrellevarla! Como lo presente no me parecia digno de contarse en lo número de mis dias, solo vivia en lo futuro; todos mis pensamientos eran deseos, mis reflexiones proyectos, y mis sentimientos esperanzas.

Apenas soy capaz de formar estas figuritas, que ya me apresuro en hacerlas servir de fieles interpretes de mi cariño, y esta tierna ocupacion me parece que reanima mi espíritu abatido. ¡Cuanto te quiero, caro Aza! ¡Que jubilo es el mio de poder decirtelo, grabarlo con caractéres indelebles, dará este sentimiento cuan-

tas formas variadas pueden hacertelo conocer! Quisiera imprimirlo en el metal mas duro, en las paredes de mi aposento, en mis vestidos, en todo cuanto me rodea, y aun exprimirlo en todas las lenguas.

¡Ah, cuan funesto me ha sido el conocimiento de la que me sirve para escribirte! ¡Cuan engañosa la esperanza que me determinó á aprenderla! A proporcion que la he ido conociendo, mis ojos se han abierto y me presentan un nuevo universo; los objetos han cambiado de forma, y cada nueva ilustracion, me descubre una nueva desgracia.

Mi espíritu, mi corazon, mis ojos, todo me ha seducido; hasta el mismo Sol me há engañado, pues alumbra á todo el mundo, del cual tu imperio solo ocupa una pequeña parte, bien así como otros muchos reinos que componen la gran masa del globo. No creas, caro Aza, que me hayan engañado sobre estos hechos que parecen increibles; demasiado claramente me han probado su certeza.

Muy lejos de hallarme en un pueblo sometido á tu obediencia, estoy bajo una dominacion no solo estrangera, sino tan lejos de tu imperio, que tal vez ignorarian la existencia

de nuestra nacion, si la codicia de los Españoles no les hubiese hecho superar todos los peligros para penetrar hasta nuestro pais.

¿Acaso el amor sera menos emprendedor que la avaricia? Si me amas, si me deseas, si todavía te acuerdas de la desventurada Zilia, mucho debo esperar de tu cariño, ó de tu generosidad. Que me muestren el camino que podrá conducirme donde tu estés, y todos los peligros que tenga que vencer, seran placeres para mi amante corazon.

CARTA XIXª.

Zilia entra en un convento junto con Celina, hermana de Deterville. — Esta última la comunica el secreto de sus amores.

Mis progresos en el arte de escribir son tan lentos, caro Aza, que necesito muchísimo tiempo para formar poquísimas lineas. Amenudo me sucede que despues de haber escrito mucho, yo misma no lo puedo leer. Esta perplexidad confunde mis ideas, me hace olvidar lo que habia conservado en la memoria á costa de mucho trabajo; vuelvo de nuevo á empe-

zar sin hacerlo mejor, y con todo prosigo mi tarea.

Menos dificultades tendria si me limitára á pintarte las expresiones de mi cariño; la viveza de mis sentimientos allanaria todas las dificultades: pero tambien quisiera darte cuenta de todo lo que ha occurrido durante el intervalo de mi silencio; quisiera que no ignorases ni una sola accion mia á pesar de que de algun tiempo á esta parte presentan tan poco interes, y tanta uniformidad que casi me seria imposible distinguirlas entre sí.

El suceso mas memorable de mi vida ha sido la partida de Deterville. Al cabo de un intervalo de tiempo que llaman seis meses, se ha marchado al egercito á pelear por los intereses de su soberano. Cuando partió todavia yo no sabia hablar su lengua; con todo, por el acerbo dolor que manifestó al separarse de su hermana y de mi, conoci que le perdiamos por mucho tiempo.

Muchas lágrimas derramé, mil temores me sobrecogieron, sin que las atenciones de Celina pudiesen borrarlos de mi corazon. Con él perdia la mas sólida esperanza de volverte á ver? ?A quien hubiera podido acudir si me hubiesen sucedido nuevas desgracias? Nadie me entendia.

Poco tardé á sentir los efectos de su ausencia, Madama, cuyo desdeño ya habia demasiadamente conocido, y que solo me habia retenido en su aposento por no sé que especie de vanidad que sacaba de mi nacimiento, y del dominio que tiene en mi persona, me hizo encerrar con Celina en una casa de vírgenes en donde todavía permanecemos.

Este asilo me seria sumamente grato, si, ahora que me hallo en estado de entenderme con todos, no me privase de las instrucciones que necesito para verificar mi designio de ir en busca tuya. Las vírgenes que habitan este recinto, son tan ignorantes, que no pueden satisfacer mi mas minima curiosidad. El culto que tributan á la divinidad del pais, les impone la obligacion de renunciar á todos sus benéficios, á los conocimientos del espíritu, á los sentimientos del corazon, y aun creo á la sana razon, por los menos sus razonamientos dan motivo de pensarlo.

Encerradas como las nuestras, tienen una preeminencia que no disfrutan las vírgenes del Sol: aquí las paredes estan abiertas en algunos parages, y estas aberturas solo cerradas con unas varas de hierro cruzadas entre sí, bastante inmediatas las unas de las otras para impedir la sa-

lida, dejan la libertad de ver y de hablar con la gente de afuera, y á esto le llaman locutorios.

Esta facilidad me proporciona los medios de continuar mis lecciones de escribir; pero como no hablo sino con mi maestro, su crasa ignorancia en todo lo que no es su arte, no puede ilustrar la mia. Celina me parece poco mas instruida, y aun noto en sus respuestas cierta irresolucion, que solo puede dimanar de un disimulo muy poco diestro, ó de una ignorancia vergonzosa. Como quiera que sea, su conversacion siempre se limita á los intereses de su corazon, ó á los de su familia.

Aquel jóven que la habló un dia saliendo del teatro en donde cantan, es en efecto su amante, como yo me lo presumí: pero madama Deterville que no quiere que se casen, la ha prohibido el verle y para mayor seguridad no la permite hablar con nadie. No creas que su eleccion sea indecorosa, sino que esta madre vana é inhumana, aprovechándose de una costumbre bárbara que está en uso entre los grandes de este pais, quiere forzar á Celina á tomar el hábito de vírgen, con el objeto de aumentar la riqueza del primogénito, por cuyo motivo ya ha seducido á Deterville induciéndole á elegir cierta orden, de la cual no podrá separarse en cuanto

haya pronunciado algunas palabras que llaman votos.

Celina resiste vigorosamente la conclusion del sacrificio que de ella exigen, y las cartas de su amante que yo recibo por conducto de mi maestro fortalecen su valor; sin embargo la desazon ha cambiado tanto su caracter, que, lejos de tener conmigo las mismas atenciones con que me honraba antes que yo hablase su lengua, parece se complace en acibarar nuestro trato y acrecentar mis penas.

Confidente perpetua de las suyas, la escucho sin displicencia, la compadezca francamente, y la doi todos los consuelos que me sugiere mi fina amistad; y si algunas veces mi cariño atizado con la imagen del suyo, me impele á pronunciar tu nombre para aliviar la opresion que me sofoca, la impaciencia y el menosprecio le suben á la cara, no me lo disimula, me contesta tu talento, tus virtudes y hasta tu amor.

Aun mi china (nombre que le ha quedadado, no sé porque) que tantas pruebas me habia dado de su síncero afecto, mi china que obedece ciegamente cuanto la digo, tiene la osadia de exortarme á que te olvide; y si la mando que se calle, me deja sola. Entra Celina y me veo forzada á concentrar mi pena. Esta

sugecion tiránica completa el número de mis males. Solo me queda el triste y único consuelo de confiar á este papel todas las expresiones de mi cariño, pues es el único testigo complaciente de los sentimientos de mi corazon.

¡Ah! Acaso me tomo un trabajo inútil; acaso nunca sabras que solo he vivido por ti. Esta horrible idea desmaya mi valor, sin disminuir el deseo de escribirte continuamente. Conservo la ilusion para conservarte mi vida, y desecho la bárbara razon que se presente para desengañarme. Si yo abandonára la esperanza de volverte á ver, moriria, caro Aza, no lo dudes. Sin ti la vida es un continuo suplicio.

CARTA XXª.

Bosquejo que hace Zilia de nuestras costumbres en consecuencia de las nociones que adquiere con la lectura.

Hasta ahora, querido Aza, enteramente ocupada con las penas de mi corazon no te he hablado de las que ufre mi espíritu, á pesar de que son poco ménos crueles. Una me aflige particularmente de un género dèsconocido en

nuestro pais, nacida de las costumbres generales de esta nacion, tan diferentes de las nuestras, que si no te doy alguna idea de ellas, no podrias condolerte de mi inquietud.

El gobierno de este imperio, enteramente opuesto al del tuyo, no puede menos de ser defectuoso. Asi como el Capa-Inca está obligado á subministrar lo necesario para la subsistencia del pueblo, en Europa los soberanos sacan la suya del trabajo de sus vasallos; por lo mismo los crímenes y las desgracias comunmente dimanan de necesidades mal satisfechas.

La desgracia de los nobles, generalmente nace de las dificultades que encuentran á conciliar su aparente magnificencia con su miseria real. El comùn del pueblo solo existe de lo que llaman comercio ó industria; el menor de los crimenes que de aí resultan es la mala fé.

Una parte del pueblo, para conservar su existencia, se vé en la precision de atenerse á la humanidad de los demas, pero los efectos de esta son tan limitados, que aquellos infelices apenas tienen lo suficiente para no morir de necesidad.

Es imposible adquirir la mas minima porcion de esta tierra que la benéfica naturaleza

ha dado con tanta liberalidad á todos los hombres, si no se tiene oro: sin poseer lo que llaman hacienda es imposible tener oro, y por una consecuencia que ofende la luz natural y choca la sana razon, esta nacion orgullosa insiguiendo las leyes de un falso honor que se ha forjado, considera como vergonzoso el recibir de nadie, excepto del soberano, las cosas mas necesarias para una decente existencia. El rey distribuye sus liberalidades entre un número tan corto de individuos, en comparacion de la gran masa de infelices, que seria tan gran locura pretender participar de aquellas, como ignominioso, el darse la muerte para libertarse de la imposibilidad de vivir sin rubor.

El conocimiento de estas tristes verdades desde luego excitó en mi corazon una tierna compasion por los miserables, y me indignó contra las leyes. Pero ¡ah! que reflexiones tan crueles hice sobre mi misma, habiendo oido hablar de los que no son ricos en los términos mas despreciables! Yo no tengo oro, ni tierras, ni industria; necesariamente entro en el número de los habitantes de esta ciudad. O cielo! ¿En que clase debo colocarme?

Aunque desprecio todo sentimiento vergonzoso cuya culpa no es mia, aunque conozco

cuan insensato seria avergonzarse por causas independientes de mi poder y voluntad, me faltan las fuerzas suficientes para prescindir de la idea que los otros se formarán de mi. Esta pena me seria insoportable, si no la mitigase la esperanza de que algun dia tu generosidad me pondrá en estado de recompensar á los que á pesar mio me humillan con beneficios que yo crei honoríficos.

No debo omitir que Celina hace todos sus esfuerzos para calmar mi inquietud; pero cuanto veo, cuanto aprendo de la gente de este pais, me dá una entera desconfianza en sus palabras: sus virtudes, caro Aza, son tan aparentes como sus riquezas. Los muebles que crei eran de oro, no lo son sino en apariencia, su verdadera substancia es madera: lo propio sucede con lo que llaman cortesanía, que encubre ligeramente sus faltas bajo el engañoso velo de la virtud; pero con un poco de atencion, se descubre tan fácilmente el artificio de su moralidad como el de sus falsas riquezas.

Parte de estos conocimientos los debo á una especie de escritos que llaman libros. Aunque todavía encuentro muchas dificultades para comprender lo que contienen, no dejan de serme muy útiles, y me dan muchas nociones que

ignoraba. Celina me explica lo que sabe, y con sus luces compongo ideas qüe me parecen razonables.

Algunos de estos libros enseñan lo que los hombres han hecho, y otros lo que han pensado. No te puedo exprimir, caro Aza, el excesivo placer que tendria leyéndolos, si los entendiese mejor, ni tampoco el gran deseo que tengo de conocer algunos de estos hombres ilustres que los componen. Comprendo que egercen la misma influencia en el alma, que el sol sobre la tierra, y que en ellos hallaria yo todas las luces y auxilios que necesito; pero no veo la menor esperanza de tener jamas esta satisfaccion. Aunque Celina lee muy amenudo, no está bastante instruida para satisfacer mis dudas, pues apenas habia pensado que hombres hubiesen escrito tales libros, no sabe los nombres de los autores, y ni tan siguiera si existen.

Yo te llevaré, amigo caro, todo lo que podré reunir de estas obras maravillosas; te las explicaré en nuestra lengua, y disfrutaré la suprema felicidad de procurar un nuevo placer al objeto que adoro. Ah! ¿se realizara nunca este deseo?

CARTA XXIª.

Un religioso visita á Zilia para inducirla á abrazar el cristianismo. — La explica la causa de los acontecimientos que la han sucedido y hace todos sus esfuerzos para disuadirla del proyecto de ir en busca de Aza.

Ya no me faltará materia para alimentar nuestra correspondencia, caro Aza; me han presentado un cusipata que aquí se llama religioso muy instruido, que me ha prometido enseñarme todo lo que yo quiera aprender. Atento como un grande, sabio como un Amauta, está tan al corriente de las costumbres del mundo como de los dogmas de su religion. Su conversacion, aun mas útil que un libro, me ha causado un placer, que no lo he temido igual desde que mis degracias me separaron de ti.

El objeto de su visita fue para instruirme de la religion de Francia y exortarme á abrazarla. Por lo que me ha dicho de sus dogmas y de las virtudes que prescribe, veo que se fundan en la lei natural, á la verdad tan puras como las nuestras; pero confieso que no tengo bastante sutileza para descubrir la relacion que debieran

tener con las costumbres y los usos de la nacion; pues muy al contrario, veo una inconsecuencia tan notable, que mi entendimiento se resiste absolutamente á conformarse con ellas.

Por lo que respeta al origen y principios de esta religion, no me han parecido mas increibles que la historia de Mancocapac, y de la ciénaga Tisicaca *. La moral es tan bella que si el cusipata no hubiese hablado con desprecio del culto sagrado que tributamos al sol, le hubiera escuchado con mucha mayor complacencia, porque toda parcialidad destruye la confianza. Muy bien hubiera podido aplicar á sus raciocinios, las mismas objeciones que él oponia á los mios; pero si las leyes de la humanidad prohiben herir á su semejante, porque de ello le resultaria un mal, con mucha mayor razon no debemos ofender su alma despreciando sus opiniones; y por lo mismo me limité á manifestarle francamente mi modo de pensar sin chocar con el suyo.

Ademas, como un interés mas caro me estrechaba para mudar de conversacion, le interrumpi en cuanto tuve lugar, haciéndole algunas preguntas relativas á la distancia que hay

* Véase la Historia de los Incas.

desde Paris á Cuzco, y sobre los medios de emprender este viage. El cucipata me contestó con mucha amabilidad, y aunque me designó la distancia de estas dos ciudades de un modo muy poco lisongero, aunque me presentó como insuperable la dificultad de egecutar este viage, bastóme el saber que no es imposible para fortalecer mi ánimo, y darme la confianza de comunicar mi proyecto al buen religioso.

Quedóse atónito; hizo todos sus esfuerzos para disuadirme de mi empresa; sirvióse para convencerme de palabras tan suaves y cariñosas que me enterneció al hacerme la enumeracion de los peligros à que me expondria: sin embargo, estuve firme en mi resolucion. Supliqué al cucipata con las mas mismas viyas instancias que me enseñase los medios de volver á mi pátria, pero no quiso entrar en ninguna explicacion, y solo me dijo que Deterville gozando por su rango y mérito personal de mucha consideracion, podria conseguir todo lo que quisiera, añadiendo que un tio suyo, que tiene mucho valimiento en la corte de España, podria mejor que nadie proporcionarme noticias de nuestro desgraciado pais.

Para decidirme enteramente á esperar su

regreso, me aseguró que seria muy proximo, y añadió que los servicios que este generoso amigo me habia dispensado me imponian la obligacion de consultarle antes de disponer de mi: no pude menos de convenir á la justicia de sus observaciones, y escuché con sumo placer el elogio que me hizo de las raras prendas que distinguen á Deterville de las demas personas de su rango. El peso del reconocimiento, caro Aza, es muy ligero cuando se recibe por la mano de la virtud.

Este hombre docto tambien me ha dicho porque casualidad los Españoles descubrieron tu desgraciado imperio, y que la avaricia era el único movíl de su crueldad. Tambien me dijo que el derecho de la guerra me habia puesto en poder de Deterville, despues de un combate en el cual la victoria se declaró por este, y apresó varios navios españoles uno de los cuales era el que me conducía. Enfin, caro Aza, si ha confirmado mis desdichas, al menos ha rasgado el velo de la cruel obscuridad en que yo vivia sobre tantos y tan repetidos acontecimientos desagradables, que siempre es un alivio para mis penas. Todo lo demas espero saberlo á la llegada de Deterville; es humano, noble, vir-

tuoso, y por lo mismo debo contar con su generosidad. Si me restituye á tus brazos, ¡ que dicha! ¡que jubilo! ¡que felicidad!

CARTA XXIIa.

INDIGNACION de Zilia, con motivo de lo que la ha dicho el religioso sobre su amor á Aza.

Yo habia creido, caro Aza, haber adquirido un amigo en el docto cucipata; pero su segunda visita, ha destruido enteramente la buena opinion que de él habia concebido en la primera. Tan afable y síncero como me pareció en el principio, esta vez solo ha manifestado aspereza y falsedad en cuanto me ha dicho.

Como mi espíritu se hallaba tranquilo sobre la constancia de mi cariño, quise satisfacer mi curiosidad acerca de los hombres maravillosos que hacen libros. Principië informándome del rango que ocupan en la sociedad, de la veneracion con que se les trata, y enfin de los honores ó triunfos que les consagran por los inmensos beneficios que tributan al público.

No entiendo que especie de diversion hallaria el cucipata con mis preguntas, porque á cada

una de ellas se sonreia, respondiéndome con expresiones tan descompasadas, que facilmente conocí que me engañaba. Porque en efecto, si le creyera, estos hombres incomparablemente superiores á los demas, por la nobleza y útilidad de sus tareas, muchas veces vegetan sin recompensa, y para procurarse una misera existencia, se ven en la dura necesidad de vender sus ideas, del mismo modo que el pueblo vende los mas viles productos de la tierra. ¡Es esto posible!

El engaño, querido mio, es tan aborrecible bajo la mascara transparente de la chanza, como bajo el espeso velo de la seduccion: la del religioso me incomodó tanto, que no me digné contestarle, y como ví que no me satisfacía en este artículo, hice caer la conversacion sobre mi proyectado viage: pero en vez de disuadirme con la misma amabilidad que habia empleado anteriormente, me opuso razones tan sólidas y convincentes, que solo el cariño que te profeso podia combatirlas, y se lo confesé francamente. Desde luego tomó un aire risueño, pareciendo dudar de la realidad de mis palabras, y me respondió con chanzas, que aunque desabridas no dejaron de ofenderme. Quise convencerle de la verdad; pero á proporcion que mis expresiones emanadas del fondo del corazon

probaban la realidad de mis sentimientos, tomó un tono severo; osó decirme que mi amor era incompatible con la virtud, que debia renunciar á uno ú otro, enfin que no podia amarte sin ser criminal.

Al oir estas expresiones insensatas, mi alma se cubrió del mas acerbo dolor; olvidé la moderacion que me habia prescrito, le dije las mayores infamias, le hizé sentir mi modo de pensar sobre la falsedad de sus palabras, le protesté mil y mil veces que te amaría eternamente; y sin aguardar sus escusas, le dejé precipitadamente, y corrí á encerrarme en mi aposento, bien segura de que no podria seguirme.

¡Ah querido mio! cuan extravante es la equidad en este pais. Por regla general conviene en que la principal virtud consiste en ser benéficos y fieles en el cumplimiento con los empeños contraidos, y luego prohibe el cumplir los que el mas puro sentimiento ha formado. Manda el reconocimiento y parece prescribir la ingratitud. Seria laudable, si te restableciese en el trono de tus progenitores, y soy criminal conservándote un bien mas precioso que todos los imperios del mundo. Aprobarian mi conducta, si recompensase tus beneficios con los tesoros

del Perú, pero falta de todo, dependiente de todos, no poseo mas que mi cariño; quieren que te lo quite; que sea ingrata para ser virtuosa. ¡Ah querido Aza! faltaría á la virtud, si cesára un instante de amarte. Fiel á sus leyes, lo seré á tu amor, y no viviré sino por ti.

CARTA XXIII^a.

Regreso de Detervile. — Su conversacion con Zilia que le manifiesta el mas vivo reconocimiento, pero conservando siempre su amor á su querido Aza.—Sentimiento de Deterville. — Generosidad de su amor. — Quejas de Celina á Zilia.

Yo creo, querido Aza, que solo el placer de verte pudiera igualar al que me ha causado la llegada de Deterville; pero parece que ya no me es permitido disfrutarlo sin mezcla, porque pronto lo ha acibarado una tristeza que todavía no se ha disipado.

Ayer por la mañana estaba Celina en mi aposento, cuando vinieron á llamarla con mucho misterio, poco tiempo despues que salió, me llamaron al locutario; corro, pero cual fue mi sorpresa al verla con su hermano. No te di-

simularé que su vista me causó un placer infinito; sus bellas prendas le hacen acreedor á toda mi estimacion y fina amistad: estos dos sentimientos deben contarse en el número de las virtudes, y puedo decir con franqueza que se los manifesté tan verdaderamente como los sentia en mi interior. Veia mi libertador, el único apoyo de mis esperanzas; libre de toda sugecion iva á hablar de ti, de mi cariño, de mis proyectos; mi recocijo degeneraba en locura.

Cuando Deterville se marchó todavía yo no hablaba frances ¿cuantas cosas queria decirle? ¿Cuantas explicaciones le debian pedir? ¿Como podria manifestarle todo mi agradecimiento? Todo lo queria decir á un mismo tiempo, lo decia mal, y mi boca no se cerraba.

En este intermedio observé que la tristeza que al entrar habia notado en el rostro de Deterville se iva disipando por momentos, presentando un semblante mas risueño; celebré mi triumfo, y me animé á excitar aun mas su buen humor. ¡Ah! ¿acaso hubiera yo podido reprimir mis caricias con un hombre á quien debo mi honor y mi existencia, y en quien tengo cifradas todas mis esperanzas? Sin embargo mi sinceridad le precipitó en un error

que me ha costado lágrimas muy amargas. En el mismo momento que yo entré Celina habia salido, tal vez su presencia hubiera evitado una explicacion tan acerba.

Deterville me escuchaba con tanta atencion que no se acordarba de interrumpirme. Yo no sé que turbacion me sobrecogió, cuando quise pedirle algunas instrucciones sobre mi viage, y explicarle el motivo, pero las expresiones me faltaron, buscando en vano lo que queria decir; aprovechando mi amigo de un momento de silencio, se incó de rodillas junto á la reja que tenia fuertamente asida con ambas manos, y me dijo con la mayor conmocion: divina Zilîa ¿á que especie de sentimiento debo atribuir el regocijo que tan ingenuamente se apercibe en sus bellos ojos como en sus palabras? ¿Podré creerme el mas felíz de los mortales en el momento mismo en que mi hermana acaba de anunciarme desdichas? Yo no sé, le dije, lo que Celina puede haber dicho á Vm. que le cause tanto disgusto, pero estoy muy cierta que jamas tendra Vm. ninguno por mi causa. Sin embargo, replicó; me ha dicho que no debia tener la menor esperanza de que Vm. me amase. Yo me exclamé interrumpiéndole; yo no le amo á Vm. ¡Ah Deterville! ¿Es posible que

Celina haya podido acusarme de un crimen tan feo? La ingratitud me horroriza, y me aborreciera yo misma si me creyese capaz de dejar de amarle.

Mientras que yo pronunciaba estas últimas palabras, sus codiciosas miradas parecian querer leer en el fondo de mi corazon. ¡Vm. me ama Zilia, me dijo, Vm. me ama, y Vm. me lo dice! Daria toda mi sangre para oir esta lisongera declaracion; no, no lo puedo creer aunque lo oigo. Zilia, adorada Zilia ¿es cierto que Vm. me ama? ¿No se engaña Vm. á si misma? Las palabras, los ojos, el corazon, todo, todo me seduce, quizas para de nuevo sumergirme en la mas cruel desesperacion. Vm. me admira, repuse, ¿de donde nace esta desconfianza? Desde que conozco á Vm., si no he podido manifestarle mis sentimientos con palabras, todas mis acciones deben haberle probado que le amo. No, replicó, no puedo todavía lisongearme de tamaña felicidad: Vm. no habla bastante bien el frances para desvanecer mis justos temores; Vm. no quiere engañarme, lo sé; pero expliqueme Vm. cual es el sentido que Vm. atribuye á estas dulces palabras: *Yo amo á Vm.* Decidase mi suerte: muera á los pies de Vm. de dolor ó de placer.

Estas palabras, le dije con alguna timidéz causada por la viveza con que las pronunció, estas palabras me parece que deben convenecer á Vm. que le quiero, que me intereso en su felicidad, que la mas tierna amistad y el mas puro reconocimiento me unen á Vm. con unos lazos indisolubles: estos sentimientos deleitan mi corazon, y deben satisfacer el de Vm. ¡Ah Zilia, me respondió, ¿cuan debiles son estas expresiones? ¿Que frialdad en el modo de proferirlas? No, Celina no me ha engañado. ¿Siente Vm. por Aza todo lo que Vm. me dice? No, le dije, el sentimiento que siento por Aza enteramente distinto de los que tengo por Vm., es lo que Vm. llama amor..... Por grande que sea la pena que voy á causar á Vm. añadi, viéndole mudar el color, soltar la reja, y levantar los ojos al cielo con el mayor dolor, no puedo disimularle que amo á Aza, porque el me adora, y porque debemos unirnos. Esto nada tiene de comun con Vm. Lo mismo exclamó que Vm. halla entre él y Vm.; pues mi amor es mil veces mayor que él de Aza.

Como es posible? le repliqué, Vm. no es de mi nacion; muy lejos de haberme elegido por su esposa, solo la casualidad nos ha juntado, y solo hoy podemos comunicarnos libremente

nuestras ideas. ¿Porque motivo tendria Vm. los sentimientos que me manifiesta? No bastan los atractivos de Vm. y mi carácter, replicó, para que la adore hasta la muerte? Como naci tierno, desidioso y enemigo del artificio, los sinsabores que hubiera sufrido para conocer el corazon de las mugeres, y el temor de no encontrar la franqueza que hubiera deseado, solo me han inspirado un gusto vago ó pasagero por el bello sexo; he vivido sin pasiones hasta el momento que ví á Vm.: desde luego su belleza me llamó la atencion; pero esta primera impresion quizas se hubiera desvanecido como otras muchas, si su carácter cándido y sencillo no me hubiesen presentado el objeto ideal que mi imaginacion repetidas veces se habia formado. Vm. sabe, amada Zilia, si he sabido respetar este tierno objeto de mi adoracion: ¡cuanto me ha costado resistir á las ocasiones seductoras que me ofrecia la familiaridad de una larga navegacion! ¡Cuantas veces la misma inocencia se hubiera entregado á mi pasion enagenada si la hubiese prestado oidos! Pero lejos de ofender á Vm. he llevado la discrecion hasta condenarme á un perpetuo silencio; aun mas, he exigido de mi hermana que no hablase á Vm. de mi amor, todo lo he querido deber á Vm. misma. ¡Ah Zilia! si Vm.

no se enternece de un respeto tan tierno, me iré; pero, siento que mi muerte será el precio de tamaño sacrificio.

¡La muerte! exclamé penetrada del síncero dolor que le sofocaba. ¡Ah! que sacrificio! No sé si él de mi vida seria menos acerbo.

Pues bien, Zilia, me dijo, si Vm. aprecia mi vida, mandeme que viva. ¿Que debo hacer? le dije: su respuesta fue: amarme como Vm. amaba á Aza. Siempre le amo, le repliqué, y le amaré mientras viva; yo no sé, añadí, si vuestras leyes permiten amar igualmente dos objetos; pero nuestras costumbres y mi corazon me lo proiben. Conténtese Vm. de los sentimientos que le prometo, y no exija de mi otros que no puedo concederle: aborrezco la mentira, y por lo mismo hablo con toda la franqueza de mi corazon.

¿Con que frialdad me está Vm. asesinando? exclamó, ¡Ah Zilia! permitame Vm. que la ame, pues adoro hasta su cruel franqueza. Al cabo de un momento de silencio prosiguió diciendo: si, mi amor superará la crueldad de Vm. aprecio su felicidad aun mas que la mia. Hable Vm. con esta sinceridad que me rompe el corazon. ¿Que esperanza tiene Vm. en su amor con este dichoso Aza? ¡Ah! le dije, todas las tengo cifra-

das unicamente en Vm. Seguidamente le expliqué como habia sabido la posibilidad de comunicacion con América, y que por lo mismo me lisongeaba que él me procuraría los medios de regresar á mi pátria, ó al menos se encargaría de hacer llegar à tus manos los lazos que te instruirian de mi suerte, para que sabedora de tu destino, con tu respuesta pudiera yo caminar con algun acierto en lo venidero.

Desde luego, me dijo con una fria conmocion, voy á tomar las medidas necesarias para averiguar el paradero de Aza; Vm. quedará satisfecha en este particular; sin embargo no se lisongee Vm. de volver à ver este venturoso Aza; hay obstáculos invencibles que lo separan de Vm.

Estas últimas palabras hirieron moltalmente mi corazon; mis abundantes lágrimas en largo rato no me dieron lugar para contestar à Deterville, que durante este tiempo guardó un profundo silencio. Y bien, le dije, no le veré mas, ¡pero esto no impedirà que le consagre exclusivamente toda mi existencia: si la amistad que Vm. me profesa, es bastante generosa para proporcionarnos alguna correspondencia, esta ligera satisfaccion bastarà para hacerme la vida menos insoportable, y moriria contenta si Vm.

me prometiese hacerle saber que he muerto sin dejar de amarle.

¡Ah! esto es ya demasiado, se exclamó levantándose precipitadamente; si, lo juro, si es posible yo seré el único infeliz. Vm. conocerá este corazon que desprecia; Vm. verá de que es capaz un amor como el mio, y se verá Vm. precisada á condolerse de mi. Diciendo estas palabras, se salió y yo me quedé en un estado que todavía no puedo concebir. Permanecí en pie, los ojos clavados á la puerta por donde Deterville acababa de salir, abismada en una confusion de ideas que ni aun fuerza tenia para distinguirlas, y mucho tiempo hubiera durado este anonadamiento, si Celina no hubiese entrado en el locutorio.

Me preguntó con viveza porque motivo su hermano habia salido tan pronto. No le oculté la scena que acaba de pasarse entre los dos. Afligióse desde luego de lo que llamaba la desgracia de su hermano; y despues cambiando en cólera su dolor, me abrumó con las mas duras quejas, sin que yo me atreviese á contestarle una sola palabra. ¿Que hubiera podido decirla? Mi confusion apenas me dejaba la libertad de pensar; salí, y ella no me siguió. Retirada en mi aposento, un dia entero he permanecido sola sin atraverme

á salir, sin haber sabido nada de nadie, y con tanto desorden en mis sentidos que ni aun he podido escribirte.

La cólera de Celina, la desesperacion de su hermano, sus últimas palabras, que por mas que quiera, no me atrevo á interpretar favorablemente, todo se reune para submergirme en la mas cruel inquietud. Al fin he pensado que el único medio de suavizarla era el de comunicartela, y buscar en tu cariño los consejos que necesito; esta ilusion ha confortado mi animo mientras he estado escribiendo; pero ¡que poco ha durado! Mi carta se acabó y los caracteres solo existen en mi corazon.

Tu ignoras lo que sufro; ni aun sabes si vivo, si te amo, Aza, querido Aza, ¿lo sabrás nunca?

CARTA XXIV^a.

Enfermedad de Zilia. — Tibieza de Celina con ella. — Muerte de madama Deterville. — Remordimientos de Zilia y porque causa.

Desde la última carta que te tengo escrita todavía podria llamar una ausencia el tiempo que se ha pasado.

Algunos dias despues de la conversacion que tuve con Deterville, me puse mala de una enfermedad que llaman calentura. Si, como tengo motivo de creerlo la motivaron las crueles pasiones que entonces me alteraron, no dudo que habrán contribuido á prolongarla las tristes reflexiones que me ocupan, y el sentimiento de haber perdido la amistad de Celina.

Aunque ha manifestado tomar bastante interes durante mi enfermedad, aunque me ha procurado todos los auxilios que estaban á sus alcances, siempre lo ha hecho con tanta frialdad, ha tenido tan poco miramiento para no afligirme que no puedo dudar de la mudanza de sus sentimientos. La grande amistad que profesa

á su hermano, la indispone conmigo, y continuamente me hecha en cara que yo soy la causa de su infelicidad; el rubor de aparecer ingrata me intimida; las finezas afectadas de Celina me atan; mi turbacion la sujeta, y la suavidad y el agrado han abandonado nuestro trato.

Apesar de los disgustos y contrariedades que he pasado á causa de los dos hermanos, no dejo de tomar un vivo interes á los acontecimientos que pueden influir en su suerte futura. Madama Deterville ha fallecido. Esta madre inhumana hasta en la hora de su muerte no ha desmentido su carácter; ha dejado todos sus bienes al primogénito. Sin embargo hay esperanzas que los tribunales impedirán el efecto de esta injusticia. Deterville, que naturalmente es desidioso por lo que concierne á su interes personal, no descansa un instante para libertar á Celina de la opresion. Parece que su desgracia aumenta el cariño que la profesa; no solo viene á verla todos los dias, sino que la escribe mañana y tarde. Sus cartas estan llenas de quejas tan tiernas contra mi, de inquietudes tan vivas sobre el estado de mi salud, que apesar de que cuando Celina me las lee aparenta que solo quiere instruirme del progreso de sus negocios, no me es dificil descubrir el verdadero motivo.

No dudo que Deterville las escribe, para que su hermana me las lea; pero tambien estoy persuadida que omitiria hablar en ellas de mi, si conociese las reprehensiones que suceden á la lectura: estas se graban en mi corazon, y la tristeza me consume.

Hasta aquí habia disfrutado la debil satisfaccion de vivir en paz conmigo misma, en medio de tantas borrascas: ninguna falta manchaba la pureza de mi alma, ningun remordimiento la entristecia, pero ahora no puedo pensar sin un cierto desprecio de mi misma que causo la infelicidad de dos personas á quienes debo la vida, que perturbo la tranquilidad que disfrutarian si no me hubiesen conocido, que les causo cuanto mal de mi depende, y con todo no puedo ni quiero dejar de ser criminal. El cariño que te profeso, puede mas que todos mis remordimientos. Aza, ¡cuanto te amo!

CARTA XXVª.

Deterville instruye Zilia de la situation de Aza. — Quiere ir á España en busca suya. — Deterville, desesperado, consiente á ello.

Que fatal es algunas veces la prudencia, querido Aza! Mucho tiempo me he negado á las vivas instancias de Deterville para concederle algunos minutos de conversacion, y con esta negativa se ha ido retardando mi felicidad. En fin no tanto por complacencia como fastidiada de disputar con Celina, me he dejado conducir al locutorio. Atónita me he quedado al ver la terrible mudanza en el físico de Deterville pues está casi desconocido; ya me arrepentia de mi condescendencia, y aguardaba temblando las reprehensiones que justamente pudiera hacerme. ¿Como hubiera podido imaginarme que iva á anegar mi alma de placer?

Perdoneme Vm. Zilia, me dijo, si he violentado su voluntad; gustoso la hubiera evitado esta incomodidad si no fuese portador de un placer, únicamente comparable con el dolor que Vm. me está causando. ¿Es acaso exigir

mucho, gozar un solo momento de su amable presencia, en recompensa del sacrificio que he hecho? Y sin aguardar mi respuesta, prosiguió, hé aquí una carta de mi primo, de quien hablaron á Vm. Esta carta al paso que instruirá á Vm. de la situacion de Aza, le probará, aun mejor que todos mis juramentos, hasta donde llega el exceso de mi amor; y en el momento me leyó la carta. ¡Ah caro Aza! No sé como puede oirla sin morir de gozo. Por ella he sabido que han respetado tu existencia, que eres libre, y que vives sin riezgo en la corte de España ¡que felicidad inesperada!

Esta consoladora carta la ha escrito un hombre que te conoce, te vé y te habla; quizás tus ojos se han fijado algunos momentos en este precioso papel. ¡Con cuanto placer lo hubiera depositado sobre mi corazon! mucho me he violentado para contener mi regocijo, y un torente de amorosas lágrimas me inundó la cara.

Si me hubiese dejado llevar por el impulso de mi corazon, cien veces hubiera interrumpido à Deterville para decirle cuanto el reconocimiento me inspiraba; pero no olvidé que mi felicidad debia necesariamente aumentar sus penas; por lo mismo, le oculté mi alegria, y solo vió mis lágrimas. Y bien, Zilia, me dijo

cuando acabó de leer, he cumplido mi palabra, ya esta Vm. instruida de la suerte de Aza, si esto no es bastante ¿que es lo que debo hacer? Disponga Vm. sin ninguna sugecion; no hay sacrificio que Vm. no pueda exigir de mi amor, si contribuye á su felicidad.

Aunque tenia sobrados motivos para esperar este exceso de fineza, confieso que me sorprendió y conmovió mi corazon. Algunos momentos estuve sin saber que responderle; la sola idea de acrecentar el dolor de un hombre tan generoso, me amedrentaba, y vanamente buscaba expresiones que manifestasen la verdad de mi corazon, sin ofender la sensibilidad del suyo: mi boca estaba cerrada y era preciso hablar.

Mi felicidad, le dije, nunca sera cumplida, porque no puedo conciliar los deberes del amor con los de la amistad; yo quisiera recobrar la de Vm. y de la amable Celina, quisiera no separarme de Vms. admirar eternamente sus virtudes, pagar todos los dias de mi vida el tributo del reconocimiento que debo á sus finezas. Conozco que alejándome de dos personas tan queridas, llevaré conmigo un eterno sentimiento. Pero... ¡Que es esto, Zilia! se exclamó, ¿quiere Vm. abandonarnos? ¡Ah! no esperaba esta fu-

nesta resolucion, y me faltan las fuerzas para resirtirla. Yo me habia preparado para verla aquí en los brazos de mi rival : mi esforzado juicio, y mi amor delicado me habian fortalecido para soportar este golpe mortal; yo mismo lo hubiera facilitado ; pero no puedo separarme de Vm. ; no puedo renunciar al triste consuelo de verla. No, no, Vm. no se irá, continuó con la mayor agitacion, no le espere Vm.; Vm. abusa de mi cariño, Vm. rasga sin piedad un corazon perdido de amor. Zilia, cruel Zilia, vea Vm. mi desesperacion, deléitese Vm. en contemplar su obra. ¡Ah! con que crueldad recompensa Vm. el amor mas acrisolado!

Vm. es, le dije atemorizada de su resolucion, Vm. es el verdadero culpable. Vm. marchita mi alma obligándola á ser ingrata; Vm. atormenta mi corazon con una infructuosa sensibilidad. En nombre de la mas pura amistad, ruego á Vm. que no manche una generosidad que no tiene egemplo, con una desesperacion que acibararia toda mi vida sin que fuese Vm. mas felíz. No condene Vm. en mi, el mismo sentimiento que Vm. no puedo superar, y no me ponga en la dura precision de quejarme de su injusticia; permitame Vm. que ame su nom-

bre; que lo lleve al cabó del mundo, para hacerlo venerar de los pueblos adoradores de la virtud.

Yo no sé como pronuncié estas últimas palabras; pero Deterville, sus ojos fixos sobre mi, parecia que no me miraba; permaneció largo rato concentrado en si mismo y en una profunda meditacion; yo no me atrevia á interrumpirle: nuestro silencio era reciproco cuando tomó la palabra y con cierta tranquilidad me dijo; si, Zilia, conozco, siento toda mi injusticia; pero ¿quien renuncia tranquilamente á tantas prendas reunidas? Vm. lo quiere, obedeceré. ¡Que sacrificio, ó cielo! mis tristes dias se pasarán sin ver á Vm. Si por lo menos la muerte.... No, no hablemos mas de ello, añadió interrumpiéndose, mi debilidad me venderia: concedame Vm. dos dias para asegurarme de mi mismo, y luego volveré á ver à Vm.; es preciso que los dos justos tomemos todas las medidas necesarias para el viage. Adios Zilia, ¡Quiera el cielo que este dichoso Aza conozca todo el precio de su felicidad!

Te confieso, caro Aza, que á pesar de lo mucho que aprecio á Deterville, á pesar del sentimiento que me causaba su dolor, tenia

demasiada impaciencia de gozar en sosiego de mi felicidad para no congratularme de su salida.

¡Cuan dulce es abandonarse al regocijo al cabo de tantas angustias! El resto del dia lo pasé en un continuo enagenamiento. No te escribi, porque una carta no satisfacia mi corazon y me hubiera recordado tu ausencia. Te veia, te hablaba, querido Aza; mi felicidad hubiera sido completa, si á la preciosa carta que he recibido hubieses unido alguna prenda de tu cariño. ¿Porque no lo has hecho? Te han hablado de mi, te han instruido de mi suerte, y nada me habla de tu amor. Pero ¿acaso puedo dudar de tu corazon? El mio me lo asegura. Tu me amas, tu júbilo es igual á el mio, ardes del mismo fuego, la misma impaciencia te devora; aléjese de mi alma todo temor, y solo domine en el un puro gozo. Sin embargo tu has abrazado la religion de ese pueblo feróz; dime cual es; ¿acaso exige que renuncies á mi cariño como la de Francia quisiera que yo renunciase al tuyo? No lo creo, tu la hubieras desechado.

Como quiera que sea, mi corazon esta bajo tu dominio; sugeta á tus luces, adoptaré ciegamente todo lo que pueda hacernos insepara-

bles. ¿Que puedo temer? Muy pronto reunida á mi bien, á mi ser, á mi todo, no pensaré mas que en ti, solo viviré para amarte.

CARTA XXVI[a].

ZILIA convencida con las razones de Deterville se resuelve á esperar á Aza.

AQUI, caro Aza, aquí te aguardo, aquí te volveré á ver; mi felicidad diaramente aumenta por las circunstancias que se suceden. En este momento salgo de la conferencia que Deterville me habia señalado; apesar del grandísmo placer que me habia formado de superar las dificultades del viage, de adelantarte, ir en busca tuya, todo, todo lo sacrifico gustosa á la suprema felicidad de verte antes.

Deterville me ha probado hasta la evidencia que tu puedes llegar aqui en mucho menos tiempo que yo necesitaria para ir á España, de modo que aunque me ha dejado la libre eleccion con la mayor generosidad, no he titubeado en aguadarte: el tiempo es demasiado precioso para prodigarlo inútilmente.

Tal vez antes de decidirme hubiera examinado esta ventaja con mayor atencion si no

hubiese hecho algunas indagaciones sobre mi viage que secretamente me han decidido á adoptar el partido que he tomado; este secreto solo puedo confiartelo á ti.

Me he acordado que durante el largo viage que hicimos cuando vine á Paris, Deterville daba monedas de plata y á veces de oro en todos los parages en donde nos parábamos. He querido averiguar si esto era obligatorio ó una mera liberalidad; y he sabido que en Francia los viageros no solo pagan el alimento, sino tambien el descanso *. ¡Ah! yo no poseo ni aun la mas minima parte de lo que necesitaria para satisfacer la codicia de este pueblo avaro; y por consiguiente tendria que recibirlo de Deterville. Pero ¿podria yo contraer voluntariamente una obligacion cuya verguenza llega á ser ignominiosa? No lo puedo, caro Aza, y esta única razon me hubiera decidido á esperarte aquí; el placer de verte mas pronto, no ha hecho mas que confirmar mi resolucion.

Deterville ha escrito en mi presencia al ministro de España: le insta que accelére tu mar-

* Los Incas habian establecido en los caminos casas muy grandes en donde hospedaban de balde á todos los viageros.

chia, con una generosidad que me penetra de reconocimiento y admiracion. ¿ Que deliciosos momentos he pasado mientras que Deterville escrivia; ¡que placer tan alagüeño el de ocuparse de los preparativos de tu viage, ver los aprestos de mi felicidad, no quedarme ya duda alguna.

Si en un principio me ha sido sensible renunciar al proyecto que habia formado de ir en busca tuya, confieso, querido Aza, que ahora encuentro en ello un manantial inagotable de placeres que desde luego no habia cocido.

Varias circunstancias, que me parecian de poca entidad para adelantar ó retardar mi viage, se me hacen interesantes y agradables. Yo seguia ciegamente la inclinacion que me dictaba el corazon sin acordarme que iva á buscarte entre esos bárbaros Españoles, cuya sola idea me amedrenta; hallo una satisfaccion infinita en la certidumbre de que no los volveré á ver jamas: la voz del amor ahogaba la de la amistad, y ahora gozo sin remordimientos el suave placer de conciliar ambos afectos. Ademas, Deterville me ha asegurado que es imposible que volvamos á ver la ciudad del Sol. Ya que no podemos vivir en nuestra pátria ¿ en donde po-

dremos fijarnos con mas placer que en Francia? Te gustará, caro Aza; aunque la sinceridad ha abandonado este pais, con todo se disfrutan en él tantos placeres que hacen olvidar los inconvenientes de la sociedad.

Por lo que te tengo dicho del oro, es inútil mentarte que traigas contigo; teniendo este metal, no necesitas otro mérito; la mas mínima parte de tus tesoros bastaria para hacerte admirar, y confundir el orgullo insensato de los magníficos indigentes de este reino; tus virtudes y nobles sentimientos nadie los apreciará sino Deterville y yo; este me ha prometido que te haria entregar mis lazos y cartas; tambien me ha asegurado que hallarás interpretes que te traduciran estas últimas. Vienen á pedirme el pliego, preciso es suspender: adios, cara esperanza de mi vida: seguiré escribiéndote: si no puedo dirigirte mis cartas, aquí las encontrarás cuando llegues.

Como pudiera sobrellevar la larga duracion de tu viage, si me privaba del único medio que tengo de conservar mi gozo, mi enagenamiento y mi felicidad.

CARTA XXVII[a].

ZILIA recobra toda la amitad de Celina y con que motivo. — Grandeza de ánimo de Zilia que no accepta los regalos que Celina quiere hacerla. — Zilia recibe unos cofres llenos de ornamentos del templo del Sol. — Billete de Deterville. — Liberalidad de Zilia.

DESDE que mis cartas estan en camino, querido Aza, gozo de una tranquilidad que ya no conocia. Continuamente estoy pensando en el placer que tendrás cuando las récibas, veo tu delirio, me deleito en él, mi alma no recibe de todas partes sino ideas lisongeras, y para colmo de mi contento, se ha restablecido la paz en nuestra pequeña sociedad.

Los jueces han adjudicado á Celina los bienes que su madre la habia quitado. Vé todos los dias á su amante, y su boda se verificará en cuanto se concluyan los preparativos necesarios.

Como todos sus deseos van á satisfacerse, ya no se acuerda de reñirme, y yo se lo agradezco tanto como si todas las finezas que de nuevo me manifiesta las debiera á sola su amistad. Cualesquiera que sea la causa siempre somos deudores

á quien nos proporciona un sentimiento placentero. Esta mañana me ha hecho sentir todo el precio de esta verdad, con una complacencia, que una turbacion desagradable la convirtió en una deliciosa tranquilidad.

La han traido una prodigiosa cantidad de telas, vestidos y joyas de todas clases; al instante he venido corriendo á mi cuarto, me ha conducido al suyo, y despues de haber consultado conmigo sobre la belleza de tantos adornos, ella misma ha hecho un monton de lo que mas habia llamado mi atencion, y con un aire solícito mandaba á nuestras chinas que lo llevasen á mi cuarto; pero yo me opuse fuertemente. Mis repetidas instancias no producian otro resultado que excitar su risa; pero viendo que mi denegacion aumentaba su empeño, no he podido disimular mas mi resentimiento.

Porque, la he dicho los ojos bañados en lágrimas, ¿porque quiere Vm. humillarme aun mas de lo que lo estoy? debo á Vms. la vida, y cuanto tengo; me parece suficiente para no olvidar mis desgracias. No ignoro que segun las leyes de este pais, cuando los beneficios son inútiles al que los recibe, no son vergonzosos. Aguarde Vm. el término de mis necesidades,

para egercer su generosidad. Crea Vm. que con mucha repugnancia me conformo á unos sentimientos tan poco naturales, añadi con un tono moderado. Nuestras costumbres son mas humanas; el que recibe se honra tanto como el que dá : si Vms. me han enseñado á pensar diferentamente ¿ha sido acaso para ultrajarme?

Esta amable amiga mas conmovida de mis lágrimas que irritada de mis quejas me ha respondido con un tono amical : mi hermano y yo estamos muy distantes, querida Zilia, de querer ofender su delicadeza ; no nos hallamos en el caso de usar de magnificencias con Vm. y muy luego Vm. misma se convencerá de esta ingenua verdad : solo he querido que Vm. partiese conmigo los regalos de un hermano generoso, porque era el mejor medio de manifestarle mi agradecimiento : en el caso en que me hallo, el uso me autoriza á ofrecercelos á Vm.; pero ya que Vm. se ofende no lo volveré á mentar. ¿Vm. me lo promete? la dije ; si, me respondió, pero permitame Vm. que escriba cuatro palabras á Deterville.

La he dejado hacer, y el buen humor se ha restablecido entre las dos : luego empesamos á hacer un menudo examen de sus aderezos, hasta que la llamaron al locutorio : quiso lle-

varme consigo; pero ¿hay para mi diversion alguna que pueda compararse con el placer que siento cuando te escribo? Muy lejos de buscarlas ya estoy temiendo las que nos prepara la boda de Celina. Esta quiere que yo salga de la casa religiosa que habito, y que me vaya á vivir con ella luego que se case, pero si creo.....

Aza, querido Aza, ¡que sorpresa tan agradable interrumpió ayer esta carta! Crei haber perdido para siempre estos preciosos monumentos de nuestro antiguo esplendor, ni aun siguiera me acordaba de ellos, y los tengo en mi poder, los veo, los toco, y apenas puedo creer que no sea una ilusion.

Cuando estaba escribiendo, entró repentinamente Celina con cuatro hombres agoviados con el peso de cuatro enormes baules; los descargaron y se fueron. Desde luego crei que esto seria alguna nueva liberalidad de Deterville. Ya murmuraba en mi interior cuando Celina me presentó las llaves, y me dijo: abra Vm., Zilia, abra Vm. sin recelo; esto lo envia Aza. La crei: en cuanto oigo tu nombre, ninguna consideracion me detiene. Abro precipitadamente los cofres, y mi sorpresa confirma mi error, al ver que todo cuanto se me ofrece á la vista son los ornamentos del templo del Sol.

Un sentimiento confuso entre tristeza y alegria, entre pena y placer se apodoró de mi corazon. Me arrodillé ante estos sagrados restos de nuestro culto; los besé con el mas profundo respeto, los regué con mis lágrimas; y creo que hubiera permanecido mucho tiempo en esta situacion, si Celina no me hubiese sacado de este létargo dándome una carta.

Alucinada siempre con el mismo error, la crei tuya, y aumentó mi enagenamiento; pero aunque la descifraba con mucha dificultad al momento conoci que era de Deterville. Mas facil me será copiarla que explicarte su contenido.

BILLETE DE DETERVILLE.

« Estos tesoros son de Vm., bella Zilia, pues » los encontré en el navio que á Vm. conducia. Algunas dificultades que ha habido entre » la tripulacion, hasta ahora no me han permitido disponer de ellos con libertad. Yo » queria presentarselos personalmente á Vm.; » pero la desazon que esta mañana manifiestó » Vm. á mi hermana, no me dan lugar para » diferirlo. Nunca es demasiado temprano cuando se trata de disipar los temores de Vm., » cuya satisfaccion preferiré siempre á la mia.»

Confiezo con rubor, caro Aza, que en aquel instante, me hizo menos sensacion la generosidad de Deterville que el placer de darle una prueba de la mia. Tomé precipitadamente un vaso de que los Españoles se habian apoderado mas bien por casualidad que por codicia. Por cierto es el mismo que humedeció tus labios el dia que te dignaste probar el aca * que yo misma habia preparado; mi corazon no lo ha desconocido. Mas ufana con este tesoro que con todos los que me restituía, llamé á los mozos que los habian traido: queria que cargasen de nuevo con los cofres, y que los devolviesen á Deterville; pero Celina se opuso á ello.

¡Que injusta es Vm. Zilia, me dijo! Que, ¿Vm. se ofende cuando la ofrecen una friolera, y quiere que mi hermano accepte un tesoro inmenso? No olvide Vm. su equidad si quiere inspirarla á los demas.

Estas palabras me llamaron la atencion. Conoci que mi accion tenia mas visos de orgullo y venganza que de generosidad. ¡Ay amigo! De la virtud al vicio no hay mas que un paso. Confiesé mi falta, pedí perdon á Celina; pero la sugécion que esta amiga queria imponerme,

* Bebida de los Indios.

era demasiado violenta; y no pude resistir al deseo de buscar algun modo de suavizarla. No me castigue Vm. en proporcion de mi delito, la dije con la mayor timidéz; no rehuse Vm. algun modelo de las labores de nuestro malhado pais, Vm. no lo necesita, y por lo mismo, mi súplica no debe ofenderla.

Mientras que yo hablaba, noté que Celina miraba con mucha atencion dos arbustos de oro llenos de pájaros é insectos esquisitamente trabajados: se los presenté al instante junto con un canastillo de plata que llené de mariscos, pescados y flores perfectamente imitados, y los aceptó con una gracia que me encantó. Tambien escogi varios ídolos de las naciones vencidas * por tus progenitores, y una pequeña estatua ** que representa una vírgen del Sol; añadi un tigre, un leon, y otros animales briosos, y la supliqué que lo mandará á Deterville. Escrivale Vm. pues, me dijo ella sonriéndose,

* Cuando los Incas sometian algun pueblo, le hacian adoptar el culto del Sol en cuyo templo depositaban los ídolos de los vencidos. Tambien los tuvieron ellos mismos, pues que el Inca de Huyana consulta el ídolo de Rimace. *Véase* la Historia de los Incas, tomo I°. p. 350.

** Los Incas adornaban sus casas con estatuas de oro de todos tamaños algunas de ellas colosales.

porque sin una carta de Vm. estos regalos no serian muy bien recibidos.

Tan grande era mi satisfaccion que no pude negarme. Escribí todo cuanto me dictó el mas puro reconocimiento, y cuando Celina se fue, repartí algunos regalillos á su china y á la mia, tambien separé para mi maestro, en fin disfruté el delicioso placer de dar. Sin embargo no me olvidé en la eleccion, querido Aza; todo lo que te ha pertenecido, todo lo que tiene alguna intima relacion con tu persona, no ha salido de mis manos.

La silla de oro * que se conservaba en el templo para el dia de la visita del Capa-Inca, tu augusto padre, colocada á un lado de mi cuarto, me representa tu grandeza, y la magestad de tu rango. La grande imagen del Sol, que yo misma vi cuando los pérfidos Españoles la arrancaron del templo, colgada encima de la silla, excita mi veneracion : me postro ante ella, mi espíritu la adora, y mi corazon es enteramente tuyo. Las dos palmeras que ofreciste al Sol, como prenda de la fe que me habias jurado, colocadas á los costados del trono, me recuerdan sin cesar tus tiernos juramentos.

* Los Incas no se sentaban sino en sillas de oro maziso.

Varias flores * y pájaros colocados simétricamente en todas las paredes del cuarto, forman una copia diminuta de aquellos magníficos járdines donde tan amenudo me he paseado pensando en ti. Mis ojos satisfechos no fijan ningun objeto que no me recuerde tu amor, mi gloria, mi felicidad, en fin todo lo que hará eternamente el deleite de mi vida.

CARTA XXVIII[a].

ZILIA manifiesta á Aza su admiracion en vista de nuestros járdines surtidores etc.

No he podido resistir á las repetidas instancias de Celina: forzoso ha sido seguirla, y hace dos dias que estamos en su casa de campo, en donde se celebró la boda á nuestra llegada.

¡Con cuanta violencia y sentimiento he abandonado mi retiro! Apenas tuve proporcion para recrear mi vista con los preciosos ornamentos

* Ya hemos dicho que los járdines del templo del Sol y los de las casas reales estaban llenos de toda suerte de imitaciones en oro y plata. Los Peruanos copiaban hasta el maiz.

que me lo hacian tan caro, cuando me he visto precisada à separme de ellos; ¿ y por cuanto tiempo? No lo sé.

En esta casa todo respira jubilo y alegria, y este regocijo general me recuerda con mas sentimiento los dias tranquilos que he dedicado á escribirte ó al menos á ocuparme de tí: Sin embargo nunca he visto objetos tan nuevos y tan maravillosos, que debieran llamar toda mi atencion, y con el mediano conocimiento que tengo de la lengua del pais, podria sacar nociones muy útiles y agradables, sobre todo lo que tengo á la vista, si el ruido y continuo tropel dejarán á alguien un poco de serenidad para responder á mis preguntas: pero hasta ahora no he hallado nadie que tenga esta complacencia, y me encuentro poco menos confusa que el primer dia que llegué á Francia.

El vestido de los hombres y mugeres es tan brillante, tan cargado de adórnos inútiles, unos y otros hablan con tanta rapidéz, que la misma atencion con que les escucho, no me da lugar de verlos, y la que pongo en mirarles no me deja entender lo que dicen: de manera que me encuentro sumergida en una especie de estupidéz que seguramente daria pábulo á sus chanzas, si se detuviesen á notarla; pero estan tan

ocupados de sí mismos, que no hacen caso de mi asombro. Es demasiado bien fundado, querido Aza; aquí veo proyectos cuyos resortes no caben en la imaginacion.

No te hablaré de la belleza de esta casa; casi es tan grande como una ciudad, está adornada como un templo, y llena de inumerables frioleras agradables, cuyo uso es tan frivolo, que no puedo menos de pensar que la superfluidad es el principal objeto del culto de esta nacion. A este idolo consagran las artes que aquí son tan superiores à la misma naturaleza: aparentando imitarla, la aventajan; y del modo con que se sirven amenudo de sus productos, adquieren estos mayor grado de perfeccion. En los járdines y casí en un solo punto de vista, reunen cuantas bellezas aquella benéfica madre ha distribuido económicamente en toda la superficie del globo, y los elementos parece que solo les presentan obstáculos, para dar mayor lustre al arte de vencerlos. Asombra el ver la tierra que alimenta y cria en su seno las plantas de los climas mas lejanos, sin otra necesidad aparente que la de obedecer al arte y adornar el ídolo de la superfluidad.

El agua, tan facil de dividirse, que parece no tener consistencia sino por medio de los vasos

que la encierran, cuya direccion natural es la de seguir todos los declives, aquí se vé precisada á saltar rapidamente en el aire, sin guia ni apoyo, con sus propias fuerzas, y sin mas útilidad que el deleite de la vista.

El fuego, querido Aza, el fuego, este terrible elemento, lo he visto renunciando á su poder destructor, dirigido por una potencia superior, tomar todas las formas que le prescriben con la mayor docilidad; ya delineando un vasto cuadro de luz sobre un cielo obscurecido con la ausencia del sol, ya manifestándonos este astro divino cual si estuviera en la tierra con sus rayos, su actividad, su luz resplandeciente, en fin en tal manera bien imitado que engaña los ojos y el juicio. ¡Que arte! caro Aza, ¡que hombres! ¡que genio! Cuanto he visto, cuanto he oido de su pequeñez, todo, todo lo olvido, y á pesar mio vuelvo á caer en mi primera admiracion.

CARTA XXIX[a].

ZILIA moraliza sobre la vanidad, frivolidad y cortesanía de los Franceses.

CON muchísimo sentimiento, caro Aza, te anuncio que la admiracion que me causaba el ingenio de los Franceses, ha degenerado en menosprecio por el uso que de él hacen. Me complacía francamente á estimar esta encantadora nacion; pero no puedo resistir á la evidencia de sus defectos.

Al fin ha cesado el desorden y he podido hacer algunas preguntas, me han contestado; aquí no se necesita mas, para instruirse aun mas de lo que se desea. Los Franceses descubren los secretos de la perversidad de sus costumbres con una veleidad y franqueza increibles. Por poco que se les pregunte, no se necesita sustileza ni penetracion para descubrir que su gusto desenfrenado por todo lo superfluo ha corrompido su juicio, su corazon y su espíritu: que ha establecido riquezas ideales sobre las ruinas de lo necesario; que á las buenas costumbres ha substituido una urbanidad superficial y al buen

juicio y la sana razon, el falso lustre de la agudeza.

Aparentar opulencia es la vanidad dominante de los Franceses. El ingenio, las artes y tal vez las ciencias todo tiene relacion con el fausto; todo coopera á la ruina de las haciendas, y como si la fecundidad de su ingenio no fuese suficiente para multiplicar los objetos, sé por ellos mismos que menospreciando los bienes sólidos y agradables que la Francia produce abundantemente, sacan de todas las partes del mundo, á precios exorbitantes, los muebles frágiles y de ningun uso con que adornan sus casas; los aderezos brillantes con que estan cubiertos, y hasta los manjares y licores que sirven en sus mesas.

Quizas, querido Aza, nada hallaria de reprehensible en el exceso de estas snperfluidades si tuviesen riquezas para satisfacerlas ó no empleasen para contentar su gusto sino lo que les sobraría despues de haber arreglado sus casas con una honrada comodidad.

Nuestras leyes, acaso las mas sabias que los hombres han recibido, permiten en cada estado ciertas decoraciones que caracterizan el nacimiento ó la riqueza, que al rigor podria llamarse superfluo; por ello solo encuentro crimi-

nal la superfluidad que nace del desorden de la imaginacion, que no se puede sostener sin faltar á la humanidad ó á la justicia, en una palabra, la que los Franceses idolatran y á la cual sacrifican su honor y tranquilidad.

Solo hay entre ellos una clase de ciudadanos que se hallan en estado de llevar el culto del ídolo al mas alto grado de magnificencia sin faltar al deber de lo necesario. Los grandes han querido imitarlos, pero solo han conseguido ser mártires de esta religion. ¡Cuantas penas! ¡Cuantos trastornos! ¡Cuanto trabajo para sostener un gasto que excede en mucho al producto de sus rentas! Pocos señores hay que no pongan en movimiento mas industria, mas sutileza, mas fraude para distinguirse con frivolas suntuosidades, que emplearon sus progenitores en prudencia, valor y talentos útiles al estado par ilustrar su propio nombre. No creas, querido Aza, que esto sea una ponderacion: todos los dias oigo con indignacion que algunos jóvenes estan disputando entre sí la gloria de haber puesto mas sutileza, mas maña en las maniobras que emplean para arrancar las superfluidades con que se adornan de las manos de los infelices que solo trabajan por no perecer de hambre.

Estos hombres me harian despreciar toda la

nacion, si de otra parte no supiese que los Franceses mas comunmente pecan por no formarse una justa idea de las cosas que por falta de rectitud : su veleidad casi siempre excluye el raciocinio. Entre ellos ningun negocio es grave ; tal vez no hay uno que haya pensado jamas à las consecuencias bochornosas de su conducta. Es necesario aparentar riqueza ; es una moda, un hábito : la siguen : se presenta un inconveniente, lo vencen con una injusticia ; se persuaden triunfar de una dificultad, pero la ilusion vá mas lejos.

En la mayor parte de las casas, solo un tabique separa la indigencia de la superfluidad. Las ocupaciones del dia se dividen entre ambas, pero de un modo muy distinto : por la mañana en el interior del gabinete, la voz de la pobreza resuena en la boca de un hombre pagado para hallar medios de conciliarla con la falsa opulencia. El disgusto y el mal humor acompañan estas conversaciones, que regularmente acaban con el sacrificio de lo necesario para satisfacer lo superfluo. El resto del dia se muda el vestido, el aposento y casi podria decirse la persona. Y deslumbrado de su propia magnificencia el hombre está contento, se llama felíz, y hasta se cree rico.

Sin embargo he notado que algunos de los que ostentan su fausto con mas afectacion no siempre se atreven á creer que engañan á los demas. Entonces se chancean unos á otros sobre su reciproca indigencia, insultan alegremente á la memoria de sus abuelos cuya sabia economia se contentaba con vestidos comodos, adornos y muebles mas proporcionados á sus rentas que á su nacimiento. Su familia, decian, y sus criados gozaban de una abundancia frugal y honesta: dotaban sus hijas y establecian sobre bases sólidas la hacienda del succesor de su nombre, y aun reservaban los medios de socorer la desgracia de un amigo ó de otro infeliz.

Que te diré, caro Aza, á pesar del ridículo aspecto con que me presentan las costumbres de aquellos tiempos remotos, me gustan en tal manera, hallo tanta conexion con la sencilléz de las nuestras, que dejándome llevar de la ilusion, mi corazon se conmueve á cada circunstancia como si al cabo de la narracion hubiese debido encontrarme entre nuestros caros conciudadanos. Pero en cuanto he aprobado estas costumbres tan sabias, la risa immoderada que mi sencilléz ha excitado ha disipado mi error; y no he hallado al rededor mio sino Franceses insensatos de

estos tiempos que ostentan el desareglo de su imaginacion.

La misma depravacion que ha transformado en frioleras inútiles los bienes sólidos de los Franceses, ha hecho no menos superficiales los vínculos de la sociedad. Los mas sensatos que se lamentan de esta corrupcion me han asegurado que en otro tiempo, como sucede entre nosotros, la honestidad residia en el alma, y la humanidad en el corazon: esto puede muy bien ser; pero hoy en dia han substituido al sentimiento lo que ellos llaman urbanidad, que consiste en una infinidad de palabras insignificantes, atenciones sin aprecio y esmeros sin afecto.

En las casas grandes un criado está encargado de cumplir con los deberes de la sociedad. Todos los dias anda considerablemente para decir á uno, que sus amos estan cuidadosos por su salud, á otro que sienten infinito su desazon ó que celebran su regocijo; y cuando está de vuelta, ni tampoco escuchan las respuestas que trahe. Hay una convencion reciproca de atenerse á la forma sin tomar ningun interés, y estas atenciones se usan en vez de amistad.

Los miramientos son personales, y se llevan

hasta la pucrilidad; verguenza me daría explicarte ninguno sino fuese necesario no ignorar nada de una nacion tan singular. Se faltaria á la atencion que se debe á sus superiores y aun á sus iguales si despues de una comida familiar con ellos se satisfacia á las necesidades de una sed abrasadora, sin pedir mil escusas y permisos. Tampoco debe tocarse, ni aun con una falda del vestido á una persona de consideracion; seria impolítico mirarla con atencion, y aun mas si no se la mirára. Seria necesaria mayor inteligencia y mas memoria que la mia para referirte todas las frivolidades que se dan y reciben como distintivos de consideracion, que casi quieren decir de aprecio.

Por lo que respeta la abundancia de palabras, algun dia oirás que la exageracion tan pronto desconocida como pronunciada, es el fondo inagotable de la conversacion de los Franceses. Raramente olvidan de añadir un cumplimiento superfluo al que ya lo era por sí solo, con la intencion de persuadir que no hay superfluidad. Con adulaciones desmedidas quieren acreditar la sinceridad de las alabanzas que prodigan, y apoyan sus protestaciones de amor y de amistad con tantos términos inútiles que no se conoce en ellas el sentimiento.

¡Ah querido Aza! ¿Cuan insipida les parecerá la sencillez de mis expresiones y mis pocas palabras? No creo que mi espíritu les inspire mayor aprecio. Para merecer alguna reputacion en cuanto á este particular, es menester haber dado pruebas de una gran sagacidad para aprender las diferentes significaciones de las palabras, y usarlas con variedad. Es menester excitar la atencion de los oientes con ideas sutiles, á veces impenetrables ó bien encubrir la obscuridad con abundantes expresiones frivolas. En uno de sus mejores libros he leido: « Que el » espíritu de la gente fina consiste en decir » nonadas agradablemente; en no permitirse » la menor expresion sensata sino se encubre » con el donayre de la conversacion; enfin á » cubrir la razon con un velo, cuando es nece- » sario producirla *. »

¿Que podria decirte que te probára hasta la evidencia que el sano juicio y la razon natural que se consideran como necesidades del espíritu, aquí se desprecian bien así como todo lo que es útil? Enfin, querido Aza, persuadete que lo superfluo domina tan soberanamente en Francia, como que, el que no tiene mas que

* Considérations sur les mœurs du siècle, par Mr. Duclos.

una mediana hacienda es pobre, el que no tiene mas que virtud es un cobarde, y el que no tiene mas que juicio es un tonto.

CARTA XXXª.

Zilia manifiesta su sentimiento porque Deterville evita su presencia. — Motivos de esta desazon.

Los Franceses, querido Aza, son naturalmente tan propensos á llevar las cosas al extremo, que Deterville bien que exento de la mayor parte de los defectos de su nacion, con todo participa de esta. No contento con cumplir su promesa de no hablarme nunca de sus sentimientos, evita con una atencion señalada el encontrarse cerca de mi. A pesar de que inevitablemente nos vemos á todas horas, todavía no se me ha presentado una ocasion para hablarle.

Aunque la compañ·a siempre es númerosa y jovial, su tristeza no se disipa, y no es dificil acertar que la sugecion que se ha impuesto es muy violenta. Quizas yo deberia agradecercela; pero como deseo que me dé tantas aclaraciones

sobre los intereses de mi corazon, no puedo perdonarle su alejamiento.

Quisiera hablarle de la carta que ha escrito á España; quisiera saber si habrá ya llegado á su desino; quisiera saber de fijo el dia que te pondrás en camino, y cuantos emplearás en tu viage, para poder calcular cual será el de mi completa felicidad. Una esperanza fundada es un bien real; pero todavía es mas cara, cuando se conoce el término.

No tomo el menor interes en ninguna diversion de las muchas que disfruta la sociedad; son demasiado estrepitosas para mi alma, y hasta me veo privada de la amable conversacion de Celina. Enteramente ocupada de su esposo, apenas halla un momento para cumplir con los deberes de la amistad. Todo el resto de la compañia solo me interesa en cuanto puedo adquirir alguna ilustracion sobre los muchos objetos que excitan mi curiosidad; y raras veces se me presenta la ocasion. Así, casi siempre, sola en medio de un númeroso concurso, me deleito con mis pensamientos: todos son tuyos, dulce bien mio, tu seras eternamente el único confidente de mi alma, de mis placeres y de mis penas.

CARTA XXXIª.

Inopinado encuento de Zilia y Deterville. — Su conversacion. — Temores y sospechas de Zilia sobre la fidelidad de Aza cuando ha sabido que este ha abandonado su religion.

Con cuan poca razon, querido Aza, deseaba tan vivamente tener un rato du conversacion con Deterville. ¡Ah! demasiado me ha hablado; aunque desconozco la turbacion que ha excitado en mi alma, todavía no se ha borrado.

Yo no sé que especie de impaciencia se unió ayer al fastidio que experimento bastante amenudo. La gente y el ruido me incomodaban mas de lo acostumbrado; hasta la tierna satisfaccion de Celina y su esposo, todo cuanto veia me inspiraba una indignacion parecida al desprecio. Avergonzada de abrigar en mi corazon unos sentimientos tan injustos, me retiré en el rincon mas escondido del jardin para ocultar la zozabra que me causaban.

Apenas me senté al pie de un árbol mis ojos derramaron abundantes lágrimas: la cabeza apoyada con ambas manos, estaba sumergida

en un delirio tan profundo que Deterville se arrojó á mis pies antes que yo le hubiese visto.

No se ofenda Vm., Zilia, me dijo, la casualidad me ha traido á los pies de Vm. sin que yo la buscára. Disgustado con tanto bullicio, venia á gozar en paz de mi profundo dolor. He visto á Vm. y he combatido conmigo mismo para alejarme de su presencia; pero mi infortuuio es demasio grande para tener algun descanso : apiadado de mí mismo, me he acercado, he visto á Vm. anegada en lágrimas, y no he podido señorear mi corazon : sin embargo si Vm. quiere que me retire, obedeceré : ¿Tendrá Vm. valor para ello? ¿Mi presencia es á Vm. odiosa? No, le dije ; al contrario, sientese Vm.; celebro que la casualidad haya proporcionado esta ocasion de hablarle. Desde los últimos beneficios...... No hablemos de ello, interrumpió con viveza. Aguarde Vm., repliqué, para ser generoso es menester tolerar el agradecimiento ; desde que Vm. me devolvió los preciosos ornamentos del templo de donde me arrebataron, no he hablado con Vm. ni una sola vez. Quizás cuando le escriví, no exprimí bien los sentimientos que me inspiraba tan excesiva bondad ; yo quiero... ¡Ah! interrumpió de nuevo, ¡que poco lisongero es el agradecimiento para un corazon infelíz! Com-

pañero de la indiferencia demasiadas veces degenera en ódio.

¿Que dice Vm. Deterville? exclame. Cuanto me quejára si Vm. no fuera tan desdichado! Muy lejos de aborrecerle desde el primer momento que le ví, tuve menos repugnancia á depender de Vm. que de los Españoles. La bondadosa afabilidad y dulzura que en Vm. advertí, desde luego me inclinaron á captar su amistad. A proporcion que he ido conociendo su bello carácter me he confirmado mas y mas en la idea de que Vm. merecía toda la mia, y dejando á un lado las grandes obligaciones que à Vm. debo, ya que mi agradecimiento le incomoda, ¿como pudiera yo prescindir de los sentimientos á que Vm. es acreedor?

Solo sus virtudes son comparables con la sencilléz de las nuestras; un hijo del sol se gloriaría de tales sentimientos, y el buen juicio de Vm. está fundado en la naturaleza. ¡Cuantos motivos de aprecio! Hasta el noble porte de Vm. me agrada; la amistad no es menos delicada que el amor. En otro tiempo cuando veia á Vm. despues de un corto rato de ausencia, mi corazon se ensachaba. ¿Porque ha cambiado Vm. estos inocentes placeres en penas y pesares?

Un juicio sano y recto cual es el de Vm. debe dominar la violencia de sus pasiones cuyos funestos resultados de continuo estoy temiendo. Los sentimientos que Vm. me manifiesta, comprimen la expresion de los mios, y me privan del suave placer de manifestarle sin rodeos la satisfaccion que tendria en su amistad, si Vm. no la emponzoñase. Vm. me quita hasta el deleite inocente de mirar á mi bienechor; sus miradas perturban las mias, pues no veo en ellas aquella placentera tranquilidad, que á veces me penetraba el alma; al contrario solo noto un dolor taciturno que me echa en cara ser yo quien lo causa. ¡Ah Deterville! ¡Cuan injusto es Vm. si cree sufrir solo!

Adorada Zilia, me dijo besándome la mano con ardor, la bondad y franqueza de Vm. redobla mis pesares. ¡Felíz el mortal que poseerá un corazon tan bello! Pero con que desesperacion me hace Vm. sentir su perdida. Zilia, Zilia ¡que poder es él de Vm.! ¿No era bastante haberme hecho pasar desde la profunda indiferencia al amor excesivo, de la indolencia al furor, que todavía es forzoso que venza los mismos sentimientos que Vm. me inspiró? ¿Acaso le podré? Si, le respondí, este esfuerzo es digno de Vm. y de su corazon: esta accion

justa le ensalzará sobre los mortales. ¿ Pero podré sobrevir ? me dijo dolorozamente ; no espere Vm. que yo sirva de víctima al triunfo de su amante ; iré lejos de Vm. á adorar su memoria ; ella será el alimento amargo de mi corazon ; la amaré, y no la veré jamas. ¡Ah ! al menos no olvide Vm.....

Los sollozos le sofocaban ; se apresuró á ocultar las lágrimas que regaban su cara ; yo tambien las derramaba. Tan conmovida de su generosidad como de su dolor le tomé la mano que apreté fuertamente, diciéndole : no, Vm. no se marchará. Conténtese Vm. con los sentimientos amistosos que le conservaré mientras tenga un soplo de vida ; le quiero á Vm. casi tanto como á Aza : pero nunca puedo amarle como á él.

¡ Cruel Zilia ! exclamó fuera de sí, ¿ es posible que á sus finezas siempre añada Vm. los golpes mas sensibles ? ¿ Siempre un mortal veneno destruirá el encanto de sus dulces palabras ? ¡ Que insensato soy de dejarme alucinar por vanas esperanzas ! ¡ En que abismo tan vergonzoso me veo sumergido ! Mi resolucion está tomada ; recobro mi sentido, añadió con un tono firme ; á dios ; pronto verá Vm. á Aza. Quiera el cielo que Vm. no experimente nunca

los tormentos que me devoran; ojala que este dichoso mortal sea cual Vm. lo desea, y digno de su corazon.

Que inquietud infundió en mi alma, el tono con que pronunció estas últimas palabras! No me fue posible echar de mi las sospechas que se presentaron tumultuosamente á mi espíritu. Crei que Deterville estaba mejor instruido de lo que aparentaba, que acaso me habria ocultado algunas cartas de España, en una palabra, temí que me fueses infiel.

Le supliqué con las mayores instancias que no me ocultase la verdad; todo lo que puede obtener de él no fueron mas que conjeturas vagas, mas aproposito para confirmar mis temores que para desvanecerlos. Sin embargo las reflexiones que me hizo sobre la inconstancia de los hombres, los peligros de la ausencia y la ligereza con que tu has cambiado de religion perturbaron mi alma.

Esta es la primera vez que mi cariño ha sufrido alguna alteracion, y tambien la primera que he temido perder tu corazon. Aza, si fuese cierto; si ya no me amas.....; ¡Ah! lejos de mi tan baja sospecha que amancilla la pureza de mi corazon. No, seria criminal si abrigase un solo momento esta idea indigna de mi candidéz, de

tu virtud y tu constancia. No, no, solo la desesperacion ha sugerido á Deterville este terrible pensamiento. Su confusion y extravío bastan para tranquilizarme; el interés que le movia debió serme sospechoso. En efecto lo fué, caro Aza; toda mi desazon se volvió contra él, le hablé con mucha dureza y se retiró desesperado. Aza, ¡te amo con tanta ternura! No, nunca podrás olvidarme.

CARTA XXXII^a.

IMPACIENCIA de Zilia por la llegada de Aza. — Vive con Celina y su marido que la presentan en sociedades de primer orden. — Sus reflexiones sobre el cáracter de los Franceses.

¡CUAN largo es tu viage, querido Aza! ¡Con que ardor deseo que llegues! Este felíz momento me parece mas incierto de lo que yo me habia figurado, y evito preguntar nada á Deterville sobre el particular. No puedo perdonarle la mala opinion que tiene de tu corazon, y la que yo he concebido del suyo, disminuye mucho la compasion que sus penas me

causaban, y el sentimiento de estar en cierto modo emancipada de su proteccion.

Hace quince dias que estamos en Paris; vivo con Celina y su marido, bastante separada de su hermano, para no tener la precision de verle á cada instante: come amenudo con nosotros, pero Celina y yo llevamos una vida tan agitada que nunca tiene proporcion para hablarme à solas.

Desde que llegamos, la mayor parte del dia se nos vá con el fastidioso trabajo de arreglar nuestros adornos, y lo restante en cumplir con lo que llaman deberes. Estas dos ocupaciones me parecerian tan infructuosas como importunas, si la última no me proporcionase los medios de instruirme con mas menudencia de las costumbres del pais. Cuando llegue á Francia, como no conocia la lengua, todo lo juzgaba por las apariencias; luego que empezé á entenderla estaba en el convento; ya sabes los pocos auxilios que me proporcionaba para instruirme, y en el campo, solo he frecuentado una determinada sociedad. Ahora que me trato entre la gente que llaman distinguida, veo la nacion entera, y puedo examinarla sin obstáculos.

Los deberes que tributamos consisten á entrar en un solo dia en cuantas casas es posible par

dar y recibir un tributo de alabanzas recíprocas sobre la belleza y buen tálle, la perfeccion del gusto en la eleccion de los adornos, y nunca sobre las prendas del alma.

Poco tardé en conocer el motivo porque se toman tanto trabajo en tributarse estos frívolos obsequios; la etiqueta quiere que se reciban personalmente, y aun son muy momentáneos. En el instante que la visita vuelve la espalda, todas las muestras de afecto toman un carácter enteramente opuesto, cuantas gracias poco antes adornaban á la que salió, solo sirven de comparacion despreciable para ensalzar las perfecciones de la que entra.

La crítica es el gusto dominante de los Franceses, así como la inconsecuencia forma el carácter nacional; sus libros hacen la crítica general de las costumbres, y su conversacion la de cada particular, que no esté presente; entonces se dice libremente todo el mal que se piensa; y algunas veces él que no se piensa. La gente mas honrada siguen la costumbre, y solo se distinguen con una especie de formula apológica de su franqueza y amor á la verdad, mediante la cual no se hacen ningun escrúpulo en censurar las faltas, las ridiculeces y aun los vicios de sus amigos.

La sinceridad que los Franceses usan entre sí, así como su reciproca confianza, no tiene límites : no se necesita elocuencia para hacerse escuchar, ni probidad para hacerse creer : todo se dice y recibe con igual ligereza. No creas por eso, que los Franceses sean en general de mala indole; seria aun mas injusta que ellos si te dejará en el error. Naturalmente sensibles, la virtud les conmueve, y no he visto ninguno de ellos que oiera sin enteneçerse la narracion que amenudo me hacen repetir de la rectitud de nuestros corazones, la candidéz de nuestros sentimientos y la sencilléz de nuestras costumbres; si vivieran entre nosotros, serian virtuosos : el egemplo y la costumbre son los tiranos de su conducta. Tal piensa bien de un ausente que dice mal de él para no acarrearse el desprecio de los que le escuchan : otro seria bueno y humano sin orgullo, sino temiera ridiculizarse, y otro es ridículo por estado, que seria un dechado de perfeccion, si osase manifestar su mérito.

Enfin, querido Aza, en la mayor parte de estas gentes, tan artificiales son los vicios como las virtudes, y la veleidad de su carácter no les permite ser sino muy imperfectamente lo que realmente son. Cual algunos juguetes de los

niños, comparacion informe de los seres animados, tienen un peso en los ojos, ligereza en el tacto, colorido superficial, interior informe, un valor aparente y ninguno real. Por ello las demas naciones no los aprecian mas que las bonitas nonadas en la sociedad. El buen juicio se rie de sus donaires sin darles mas estimacion que la que verdaderamente se merecen.

Felíz la nacion que no tiene otra guia que la naturaleza, otro principio que la verdad, ni otro mobil que la virtud!

CARTA XXXIII[a].

CONTINUACION de las reflexiones de Zilia sobre el cáracter de los Franceses, particularmente las mugeres.

No es estraño, querido Aza, que la inconsecuencia sea una continuacion del cáracter ligero de los Franceses, pero lo que no puedo bastantemente admirar es que con tanta ilustracion, ó tal vez mas que otra nacion alguna, parece que no se aperciben de las contradicciones picantes que todo estrangero nota en ellos á primera vista.

Entre el gran número de las que diariamente

me llaman la atencion, ninguna veo que haga menos honor à su buen juicio, que su modo de pensar de las mugeres. Las respetan, y al mismo tiempo las desprecian con un exceso igual.

La primera ley de su cortesanía, ó si quieres de su virtud (pues hasta aquí pocas mas les he descubierto) es con respeto á las mugeres. El hombre de mas alto rango debe ser atento con la muger mas infirma, y se cubriria de verguenza y de lo que llaman ridiculéz, si la hiciese algun insulto personal; y eso no obstante el hombre de menos consideracion, el menos estimado, puede engañar, vender á una muger de mérito, manchar su reputacion por medio de la calumnia, sin temor de reprehension ni castigo.

Si no estubiera cierta que muy luego podrás juzgarlo por ti mismo, me atreviera á pintarte contrastes que la sencilléz de nuestro espíritu apenas puede concebir; dócil á las nociones que la naturaleza nos imprime, nuestro ingenio no vá mas adelante. Hemos visto que la fuerza y el valor en el un sexo indicaban que debia ser el apoyo y el defensor del otro, y nuestras leyes se han conformado á ello *. Aquí, muy lejos

* Las leyes dispensaban á las mugeres de todo trabajo penoso.

de condolerse de la debilidad de las mugeres; las del comun del pueblo, abrumadas de trabajo no reciben ningun alivio ni de las leyes, ni de sus maridos; las de una clase mas elevada, juguetes de la seduccion ó malicia de los hombres, para desquitarse de su perfidia solo tienen las exterioridades de un respeto puramente imaginario seguido siempre de la sátira mas mordáz.

Bien noté cuando empecé á frecuentar las sociedades, que la crítica habitual de la nacion recaia principalmente sobre las mugeres y que los hombres cuando se desprecian entre si es siempre con mucho miramiento; crei hallar la causa de ello entre sus buenas calidades cuando un accidente me la hizo descubrir en sus defectos.

En todas las casas que hemos visitado de dos dias á esta parte, se ha hablado del funesto accidente de un jóven que le mató uno de sus amigos, y aprobaban esta accion bárbara solo porque el muerto había hablado mal del vivo; esta noticia extravagante me pareció bastante séria para averiguarla á fondo. Me informé y supe que un hombre debe exponer su vida para quitarsela á otro, si sabe que este otro ha hablado mal de él; ó bien desterarse de la sociedad si se niega á tomar una venganza tan cruel. Esto bastó para

satisfacer mi curiosidad : claro es que los hombres naturalmente cobardes, sin verguenza ni remordimientos, solo temen los castigos personales, y que si las mugeres tuviesen la autoridad de castigar los ultrajes que las hacen, del mismo modo con que ellos deben vengarse del mas minimo insulto, algunos de los que estan muy bien recibidos en la sociedad, ya no existirian; ó retirados en un desierto ocultarian en la soledad su venguenza y mala fe. El descaro y la insolencia es el carácter dominante de los jóvenes, sobre todo cuando nada aventuran. La causa de su conducta con las mugeres no necesita otra explicacion : pero todavía no veo en que se funda el desprecio interior de ellas que noto casi en todos los ánimos; procuraré descubrirlo, pues mi propio interes me empeña á ello. ¡Ah, querido Aza! cual seria mi dolor si á tu llegada te hablasen de mi como oigo hablar de las otras.

CARTA XXXIVª.

Zilia prosigue sus reflexiones sobre las costumbres de la nacion francesa.

Mucho trabajo y tiempo me ha costado, caro Aza, para profundizar la causa del desprecio casi general que aquí se tiene por las mugeres. Por último creo haberlo descubierto en la poca relacion que hay entre lo que ellas son y lo que se imagina que deberian ser. Quisieran, como en todas partes, que tuviesen mérito y virtud. Pero sería menester que la naturaleza las crease así, porque la educacion que las dan es tan opuesta al fin que se proponen que me parece el prototipo de la inconsecuencia francesa.

Es sabido en el Perú que para preparar los hombres á la práctica de las virtudes es menester inspirarles desde la infancia un valor, una cierta firmeza de ánimo que les formen un carácter decidido: en Francia se ignora. En la primera edad parece que los niños solo sirven para la diversion de sus padres y preceptores: parece que quieren sacar una vergonzosa ventaja de su incapacidad de descubrir la verdad: les engañan

sobre lo que no ven: les dan ideas falsas de lo que se presenta á sus sentidos y rien inhumanamente de sus errores: aumentan su sensibilidad y debilidad natural con una pueril compasion por los pequeños accidentes que les suceden y olvidan que deben ser hombres.

Ignoro cuales son las consecuencias de la educacion que un padre da á su hijo; no me he informado de ello: pero si sé que desde el momento que las niñas empiezan á ser capaces de recibir alguna instruccion, se las encierra en una casa religiosa para enseñarlas á vivir en el mundo: se confia el cuidado de ilustrar su espíritu á personas que la ilustracion tal vez se las reputaria como un crimen; y que son incapaces de formarlas el corazon que no conocen.

Los principios de la religion tan á propósito para servir de gérmen á todas las virtudes, solo se aprenden superficialmente. Los deberes con respeto á la divinidad no se inspiran con mas méthodo: estos consisten en ceremonias de un culto exterior que como se exigen con tanta severidad y se practican con tanto fastidio es el primer yugo que se sacude al entrar en el mundo, y si aun se conservan algunos usos, de la manera como se cumple con ellos, facilmente se creeria que no es mas que una espe-

cie de urbanidad que por hábito se tributa á la divinidad.

Ademas nada suple los primeros fundamentos de una educacion mal dirigida. En Francia casi no se conoce el respeto debido á si mismo, que con tanto esmero se procura infundir en el corazon de nuestras vírgenes. Este sentimiento generoso que nos constituye en jueces severos de nuestras acciones y de nuestros sentimientos, que es un principio seguro cuando es bien conocido, aquí de nada sirve para las mugeres. Al ver la poca atencion que se pone en formar su alma, podria creerse que los Franceses estan en el mismo error de algunos pueblos bárbaros que quieren asemejarlas á los brutos.

Las maximas esenciales de la educacion consisten en dar un cierto compas á los movimientos del cuerpo, medir los de la cara y componer el exterior; y los padres cifran toda la gloria de haber dado una buena educacion á sus hijas, en las actitudes mas ó menos incomodas del cuerpo. Se las recomienda muy particularmente que se cubran de rubór si cometen una falta que choque el donaire; pero no las dicen que un aire honesto no es mas que una refinada hipocresia, sino es efecto de la honestidad del alma. Continuamente atizan este despreciable amor pro-

pio, que solo consiste en las prendas exteriores; y no las enseñan el que forma el verdadero mérito, que solo se satisface con la estimacion. La única idea que las dan del honor se limita á que no tengan amantes, presentándoles continuamente la certeza de agradar en recompensa de la incomodidad y sugecion que se las impone, y el tiempo mas precioso para formar su espíritu se consume en adquirir conocimientos imperfectos, que de muy poco sirven en la juventud, y son ridiculos en una edad mas avanzada.

Aun mas, querido Aza, la inconsecuencia de los Franceses no tiene límites. Con estos principios quieren que sus mugeres practiquen la virtud que no se les ha dado á conocer; y ni tan siguiera les dan una idea cabal de los términos que la designan. Diariamente adquiero nuevas noticias que confirman mas esta certeza, en las conversaciones que tengo con jóvencitas, cuya ignorancia no me admira menos que todo cuanto he visto hasta aquí.

Si les hablo de sentimientos, no quieren tenerlos porque no conocen otro que el amor. Por la palabra bondad, no entienden mas que la compasion natural que nos causa la vista de un ser que sufre, y aun he notado que este

sentimiento mas las afecta por los animales que por los seres humanos; pero esta tierna bondad, fruto de la reflexion, que nos mueve á hacer bien con nobleza y discernimiento, que nos conduce á ser indulgentes y humanos, ni tampoco la conocen. Creen haber cumplido còn todos los deberes de la discrecion, no divulgando sino á un cierto número de amigas los secretos frivolos que han descubierto ó que las han confiado. Pero no tienen la menor idea de aquella discrecion circunspecta, delicada y necesaria para no ser molestos, no ofender á nadie, y mantener la paz en la sociedad.

Cuando intento manifestarlas lo que entiendo por moderacion, sin la cual la virtud misma es casi un vicio : cuando las hablo de pureza de costumbres, de equidad, con respeto de los inferiores, tan poco usada en Francia y de la firmeza en despreciar y huir los vicios capitales, noto en su confusion, que sospechan que las hablo en lengua peruana, y que solo la urbanidad las obliga á fingir que me entienden.

No son mayores sus conocimientos de las cosas mundanas, los hombres y la sociedad. Ignoran hasta el uso de su lengua natural : raras veces hablan correctamente, y no deja de sorprenderme el ver que yo sé mas que ellas.

Con esta crasa ignorancia se casan las muchachas apenas salen de la niñéz: y desde entonces, si se observa el poco cuidado que los padres tienen de su conducta, parece que ya no pertenecen á la familia. La mayor parte de los maridos las miran con la misma indiferencia, y aunque todavía se podrian corregir los defectos de la primera educacion, no se quieren tomar esta molestia.

Una muger jóven recibe en su aposento sin ninguna sugecion las compañías que mas le acomodan. Sus ocupaciones ordinarias son pueriles, siempre inútiles y á veces peores que la ociosidad. Alimenta su espíritu con frivolidades malignas é insípidas, mas apropósito para hacer de ella un ente despreciable, que la misma estupidéz. Como el marido no tiene ninguna confianza en ella, no se toma el trabajo de formarla para que cuide de los negocios de su casa y familia; por consiguiente esta muger, en este pequeño universo, solo participa de la representacion personal: es una figura de adorno, para divertir á los curiosos; por lo mismo si á esta disipacion se agrega un poco de humor dominante, este la precipita de error en error, pasa rápidamente de la independencia al desorden y muy en breve se grangea el menosprecio é indigna-

cion de los hombres, á pesar de su propension é interés en tolerar los vicios de la juventud en obsequio de sus gracias.

Aunque te digo la verdad con toda la sinceridad de mi corazon, no creas, querido Aza, que no hay aquí mugeres de mérito. Algunas han tenido la felicidad de suplir con su buen juicio lo que les falta de educacion. El apego á sus deberes, sus costumbres decentes, y las gracias honestas de su espíritu las grangean la estimacion general. Pero el número de estas últimas es tan limitado en comparacion de la muchedumbre, que solo su nombre las hace conocer y respetar. No creas tampoco que la conducta desordenada de las otras dimana de su mala condicion. Me parece que aquí, aun mejor que en nuestro pais, las mugeres en general nacen con todas las disposiciones necesarias para igualar á los hombres en mérito y virtud. Pero yo no sé si estos lo conocen en el fondo de su corazon y su orgullo no les permite tolerár esta igualdad, lo cierto es que ellos mismos contribuyen cuanto pueden á hacerlas despreciables, ya teniendo poca consideracion por las propias, ya seduciendo las agenas.

Cuando sepas que aquí los hombres tienen toda la autoridad, no te quedará duda, querido

Aza, en que solo ellos deben ser responsables de todos los desórdenes de la sociedad. Los que por una debil indiferencia permiten à sus mugeres que sigan la inclinacion que las conduce á su perdicion, sin ser culpables, no son menos dignos de desprecio; pero no se para bastante la atencion en los que arrastran á sus mugeres en el desarreglo, ya con el mal egemplo de una conducta depravada, ya por el despecho ó la venganza.

En efecto, ¿como podrian ellas no exaltarse contra la injusticia de las leyes que toleran la impunidad de los hombres, con tanto exceso como su autoridad? Un marido puede tener los modales mas chocantes con su muger, sin temer ningun castigo, puede disipar en prodigalidades tan criminales como excesivas, no solo su caudal y el de sus hijos, sino tambien el de la víctima que hace gemir casi en la indigencia, con su sórdida avaricia por los gastos decentes, que comunmente es la compañera inseparable de la prodigalidad. Está autorizado á castigar severamente la apariencia de una leve infidelidad, entregándose sin el menor rubor á cuantas puede sugerirle la mayor relajacion. Enfin, querido Aza, me parece que en Francia los vínculos del matrimonio no son recíprocos.

sino en el momento de la celebracion, y luego solo sugetan á las mugeres.

Yo pienso y siento que seria hacerlas muchísimo honor el creerlas susceptibles de conservar amor á sus maridos, apesar de la indiferencia y desazones de que se ven abrumadas: porque ¿quien puede resistir al desprecio?

El primer sentimiento que la naturaleza nos ha infundido, es el placer de existir, y este lo sentimos mas vivamente con una graduacion progresiva á proporcion que notamos el caso que se hace de nosotros.

La felicidad maquinal de la infancia consiste en ser amados de nuestros padres, y bien recibidos de los estraños. La del resto de nuestra vida, es la de sentir la importancia de nuestro ser á proporcion que se hace necesario para la felicidad de otro. Tu, querido mio, tu excesivo amor, la franqueza de nuestros corazones y la sinceridad de nuestros sentimientos, me han descubierto los arcanos de la naturaleza y del amor. La amistad, este discreto y placentero vínculo, debiera acaso satisfacer todos nuestros deseos; porque divide su afecto entre varios objetos sin el menor escrúpulo ni crimen; el amor que da y exige una preferencia exclusiva, nos presenta una idea tan elevada y satisfac-

toria de nosotros mismos, que ella sola puede satisfacer la ávida ambicion de primacia que nace con nosotros, que se manifiesta en todas las edades, en todos tiempos y en todos los estados, y el gusto natural ácia la propiedad acaba de determinar nuestra inclinacion al amor.

Si la posesion de un mueble, una alhaja ó una hacienda es uno de los sentimientos mas agradables que experimentamos. ¿Cual será él que nos asegura la posesion de un corazon, una alma, un ser libre, independiente, que se dá voluntariamente en cambio del placer de poseer en nosotros la misma preeminencia?

Si es constante que el deseo dominante de nuestros corazones es el de ser generalmente honrados y queridos, particularmente por algun sugeto determinado ¿concibes por cual inconsecuencia pueden los Franceses esperar que una muger jóven aburrida de la odiosa indiferencia de su marido, no busque los medios de substraerse de esta especie de anonadamiento que la presentan bajo toda suerte de formas? ¿Imaginas que se la puede proponer un total abandono de sí misma en la edad en que las pretensiones siempre son superiores al mérito? ¿Puedes comprender sobre que fundamento exigen de una muger la práctica de virtudes que los hombres

menospréecian, negándola las luces y los principios necesarios para practicarlas? Pero lo mas dificil de concebir, es que los padres y los maridos se lamentan reciprocamente de la poca consideracion que se tiene por sus mugeres é hijas, cuando ellos mismos perpetuan la causa de generacion en generacion, con la ignorancia, incapacidad y mala educacion.

¡Ah querido Aza! Ojala que los brillantes vicios de una nacion, por otro lado tan seductora, no nos disgusten de la franca sencilléz de nuestras costumbres. No olvidemos jamas, tu la obligacion que has contraido de ser mi modelo, mi guia y mi apoyo en la senda de la virtud; y yo la de conservar tu estimacion y tu amor, imitando tu egemplo.

CARTA XXXV^a^.

Deterville emplea una parte de los tesoros de Zilia en la adquisicion de una hacienda para ella, sin prevenirla de antemano.

Nuestras visitas y nuestro cansancio, querido Aza, no podian acabar de un modo mas placentero. ¡Que delicioso dia he pasado ayer!

¡ Que lisongeras son las nuevas obligaciones que debo á Deterville y su hermana! Pero aun me seran mas caras cuando podré disfrutarlas contigo.

Al cabo de dos dias de descanso, salimos de Paris ayer por la mañana, Celina, su hermano, su marido y yo, para ir, decia ella, á hacer una visita á su mejor amiga. El viage no fue largo; llegamos muy temprano á una casa de campo, cuya situacion y cercanías me parecieron admirables; pero lo que mas me sorprendió, fue que cuando entramos, todas las puertas estaban abiertas y no habia nadie dentro.

Esta casa demasiado hermosa para estar abandonada, y pequeña para ocultar á sus habitantes, me parecia un encanto. Esta idea me divertia, y pregunté á Celina si aquella casa pertenecia á alguna hada cuyas historias me habia hecho leer, ó si tanto la dueña de la casa como los criados eran invisibles.

Vm. la verá, me respondio; pero como algunos negocios importantes la tienen ocupada en otra parte todo el dia, me ha encargado suplique á Vm. que supla sus veces durante su ausencia. Pero ante todo es menester que Vm. firmé su consentimiento á esta proposicion. De

muy buena gana, la dije, siguiendo la chanza. Apenas acabé de pronunciar estas últimas palabras, entró un hombre vestido de negro, que tenia un tintero y un papel escrito: me lo presentó y firmé como quisieron.

En el instante entró otro hombre, de muy buen porte, que nos suplicó, como es costumbre, entrasemos en el comedor. Hallamos una mesa servida con tanta limpieza como magnificencia, y apenas nos sentamos, oimos una melodiosa música que estaba en la pieza inmediata; nada faltaba de cuanto puede contribuir al deleite de una comida. Hasta el mismo Deterville parecia haber olvidado sus penas para excitarnos al regocijo: me manifestaba los sentimientos que me profesa de mil maneras variadas, pero siempre con un aire lisongero, sin queja ni reprehension.

Como el dia era hermoso, de comun acuerdo resolvimos dar un paseo al levantarnos de la mesa. Hallamos que los jardines eran mucho mas grandes de lo que aununciaba la casa. No se admiraba en ellos el arte y la simetria sino para dar mas realce á las bellezas de la sencilla naturaleza.

Limitamos nuestro paseo en un bosquecillo que está al extremo de este hermoso jardin; y

estando los cuatro sentados en un delicioso cesped, vimos venir de un lado una cuadrilla de aldeanos vestidos á su modo con mucha limpieza, precedidos de algunos instrumentos rústicos, y de otro lado una cuadrilla de muchachas vestidas de blanco y las cabezas adornadas con flores campestres, que cantaban algunas coplas en un estilo campecino, pero melodioso, en las cuales con no poca sorpresa oí repetir varias veces mi nombre.

Mi admiracion fue completa, cuando las dos cuadrillas llegaron donde nosotros estabamos, al ver que un hombre que parecía el gefe de la comitiva, se avanzó, hinco una rodilla y me presentó varias llaves que traia en una bandeja, haciéndome un cumplído que mi conmocion no me permitió oir bien; si solo entendí que como gefe de los lugareños de la comarca, venia á rendirme homenage como su soberana, y me presentó las llaves de la casa diciéndome que yo era su dueña.

En cuanto acabó su arenga, se levantó para cedèr su puesto á la mas hermosa de las muchachas, que me presentó un ramo de flores adornado con varias cintas; tambien acompañó su presente con un discurso haciendo mi elogio con mucha donaire.

Estaba demasiada confusa, querido Aza, para responder á alabanzas tan poco merecidas. Ademas, todo lo que me estaba pasando se asemejaba tanto de la realidad, que en varios momentos no podia menos de creer lo que de otra parte me parecia increible. Esta idea produjo otras, y mi espíritu estaba de tal manera preocupado, que no pude responder ni una sola palabra: cuanto mas mi confusion divertia á los otros, tanto mas esta situacion era incómoda para mí; pero Deterville que lo notó hizo una seña á su hermana, que se levantó, distribuyó algunas monedas á los aldeanos y aldeanas diciéndoles que esto eran las primícias de mi buen afecto; y luego me propuso que diesemos un paseo al bosquecillo: con mucho gusto la seguí, deseosa de manifestarle la confusion en que me habia metido: pero no tuve lugar para ello, pues apenas habiamos dado algunos pasos se paró y mirándome con un semblante risueño, me dijó: Confiese Vm. Zilia, que está Vm. muy enfadada con nosotros, y todavía lo estará mas si la digo que esta casa y hacienda es realmente de Vm.

Mia! exclamé: ¡ah Celina! ¿Es esto lo que Vm. me habia prometido? Esta chanza ó por mejor decir este ultraje es ya demasiado. Atienda,

Vm., me dijo con seriedad: si mi hermano hubiese dispuesto de una porcion del caudal de Vm. para hacer esta adquisicion, y que en vez de las fastidiosas formalidas que ha hecho por sí, solo hubiera reservado para Vm. el placer de la sorpresa ¿nos aborreceria Vm. mucho? ¿No podria Vm. perdonarnos que le hubiesemos procurado para cualquier evento, una vivienda cual Vm. ha manifestado desearla, y haberla asegurado una vida independiente? Esta mañana Vm. misma ha firmado el contrato auténtico que la pone en posesion de uno y otro. Ahora, añadio riéndose, ríñanos Vm. cuanto quiera si nada de esto le place.

¡Ah mi apreciable amiga! la dije arrojándome á sus brazos, conozco demasiado este generoso esmero para manifestar á Vms. todo mi reconocimiento. No pude decir mas; desde luego conocí toda la importancia de este servicio. Conmovida, enternecida y enagenada de júbilo pensando en el placer que tendria en consagrarte esta deliciosa vivienda, la multitud de sentimientos que sentia me ahogaban la expresion. Abrumaba á Celina con mil y mil caricias que ella me volvia con igual ternura; y en cuanto mi agitacion se calmó, fuimos al encuentro de su marido y hermano.

La presencia de Deterville excitó de nuevo mi confusion é infundió nueva perplexidad á mis expresiones. No sabiendo que decirle, le dí la mano; la besó tiernamente sin hablar una palabra, y volvió la cabeza para ocultar algunas lágrimas que no pudo contener, que claramente conocí eran señales de satisfaccion de verme contenta: tanto me enterneció que tambien mis ojos se humedecieron. El marido de Celina, que no tomaba un interés tan vivo en esta scena muda, pronto animó la conversacion con un tono de chanza, me dió el parabien de mi nueva dignidad, y nos excitó á volver á la casa para examinar detenidamente, decia, sus defectos, y hacer ver á Deterville que su gusto no era tan exquisito como se lisongeaba.

Debo confesarlo, querido Aza, cuanto se ofrecia á mi vista, me pareció que tomaba una nueva forma; las flores eran mas bellas, los árboles mas verdes, los járdines ordenados con mas simetría. Hallé la casa mas alegre, los muebles mas ricos, las mas mínimas frivoleras se me figuraban objetos de la mayor importancia.

Corrí todos los cuartos con un alborozo que no me permitia examinar nada: solo me detuve en una pieza grande rodeada de una rejilla de

oro ligeramente labrada, que custodiaba una infinidad de libros de todos colores, de todas formas, y con una limpieza admirable; estaba tan encantada que crei no salir de allí sin leerlos todos. Celina me llevó consigo haciéndome acordar de una llavecita de oro que Deterville me habia entregado. Servíme de ella para abrir precipitadamente una puerta que me enseñaron, y me quede inmovil cuando ví la magnificencia que allí reinaba.

Era un gabinete brillante de espejos y pinturas; los artesonados estaban pintados de verde, adornados con figuras perfectamente dibujadas, que imitaban una parte de los juegos y ceremonias de la ciudad del sol, tales poco mas ó menos cual yo las habia descrito á Deterville.

Allí se ven nuestras vírgenes representadas en mil parages, con el mismo vestido que yo llevaba, cuando llegué á Francia: hasta decian que se me parecen.

Los ornamentos del templo que habia dejado en el convento, sostenidos con unas pirámides doradas, adornaban las esquinas de este magnífico gabinete. La imagen del sol suspendida en medio de un cielo raso pintado de los mas bellos colores imitando el cielo, con su lustre acababa

de hermosear este delicioso retrete; y los muebles, muy cómodos, adecuados á las pinturas le hacian aun mas agradable.

Aprovechando Deterville del silencio que la admiracion me causaba, se acercó y me dijo: Vm. observará, bella Zilia, que la silla de oro no se encuentra en el nuevo templo del sol; un poder mágico la ha transformado en un casa, jardin y tierras. Si no he hecho uso de mi propia ciencia para esta metamórfosis, no ha sido sin sentimiento; pero he debido respetar la delicadeza de Vm. Hé aquí, me dijo abriendo un armario que está diestramente escondido en la pared, hé aqui los restos de la operacion mágica. Al mismo tiempo me hizo ver una cajita llena de monedas de oro como se usan en Francia. Esto, añadió, ya sabe Vm. que no es lo menos necesario en este pais, y por lo mismo he juzgado muy aproposito conservar una decente provision.

Cuando iva á manifestarle todo mi agradecimiento, y la admiracion que me causaba su esmero, Celina me interrumpió llevándome á otro cuarto junto al maravilloso gabinete. Tambien yo quiero, me dijo, que Vm. vea una prueba de mi habilidad, y me abrió unos armarios muy grandes llenos de ropas, lienzo, ves-

tidos, enfin todo lo necesario para el uso de las mugeres, y con tanta abundancia que no pude menos de reirme, preguntándola cuantos años queria que viviese para consumir una provision tan considerable. Tantos como mi hermano y yo me respondió; y yo, la contesté, deseo que Vms. vivan tanto como yo les amaré, y no moriran Vms. los primeros.

Despues de estas palabras volvimos al templo del sol, que así llamaron al maravilloso gabinete, en donde por fin tuve tiempo de hablar y desaogar los sentimientos de que estaba penetrada. ¡Que bondad! ¡Que virtud en los procederes de los dos hermanos!

El resto del dia lo pasamos en las delicias de la confianza y de la amistad; hice los obsequios de la cena aun mas alegremente que no habia hecho los de la comida. Mandé libremente á los criados y chancee sobre mi autoridad y opulencia; enfin hice cuanto dependió de mi para obsequiar á mis bienechores con sus propios beneficios.

Sin embargo crei notar que á medida que se iba haciendo tarde la tristeza se apoderaba de Deterville y aun ví que de cuando en cuando Celina derramaba algunas lágrimas; pero uno y otro se esmeraban tanto en ocultarlo y mani-

festar un semblante risueño, que no les fue difícil hacerme creer que me habia equivocado.

Hice cuanto pude para hacerles quedar algunos dias á disfrutar conmigo la felicidad que me procuraban: pero no pude conseguirlo. Hemos regresado esta noche con buen ánimo de volver incesantemente á mi palacio encantado.

¡O caro Aza! ¡que felicidad será la mia cuando podré habitarlo contigo!

CARTA XXXVIa.

ENAGENAMIENTO de Zilia con la noticia de la próxima llegada de Aza.

DESDE nuestro regreso del palacio encantado, la tristeza de Deterville y su hermana ha ido diariamente en aumento: les quiero demasiado para no tener el mas vivo deseo de preguntarles la causa; pero como se obstinan en ocultármela, no he dudado que alguna nueva desgracia habrá retardado tu viage, y desde luego mi inquietud ha superado su pena. No he podido disimular el motivo, y mis amigos no han tenido valor para dejarme en la incertidumbre.

Deterville me ha confesado que habia re-

suelto ocultarme el dia de tu llegada con el objeto de sorprenderme; pero que mi inquietud le hacia abandonar su designio. En efecto me ha enseñado una carta del conductor que te acompaña, y por el cálculo del lugar y fécha me ha dado á entender que puedes estar aquí hoy mismo, mañana, acaso en este momento; enfin no me pudo decir cual será la hora fija que colmará todos mis deseos.

Hecha esta primera confidencia, Deterville no ha dudado instruirme de todos sus preparativos. Me ha hecho ver el aposento que está destinado para ti: vivirás aquí hasta que únidos indisolublemente, la decencia nos permita habitar mi deliciosa casa de campo. No te perderé un instante de vista; nada podrá separarnos: Deterville lo ha previsto todo y me ha convencido mas que nunca de su excesiva generosidad.

Con esta explicacion es excusado buscar otra causa á la tristeza que le consume, que la proximidad de tu llegada. Compadezco su dolor; le deseo una felicidad que sin depender de mis sentimientos sea una digna recompensa de su virtud.

Todavía disimulo una gran parte del gozo que me enagena para no aumentar su dolor; es cuanto puedo hacer, porque demasiado ocu-

pada de mi felicidad no puedo concentrarla enteramente : por eso aunque te creo muy cerca de mi, aunque me estremezco al menor ruido, aunque interrumpo mi carta casi á cada palabra para asomarme á la ventana, no dejo de seguir escribiéndote, pues con ello alivio el enagenamiento de mi corazon : estás mas cerca de mi, es muy cierto; pero tu ausencia ¿es menos real que si todavía nos separase la inmensidad de los mares? No te veo, no puedes oirme; ¿porque cesaria de hablar contigo del único modo que me es permitido? Todavía un momento y te veré; pero este momento no existe. Y ¿puedo emplear mejor lo que resta de tu ausencia que pintándote la fuerza de mi cariño? ¡Ah! siempre lo has visto doliente. Olvidemos aquel tiempo. ¡Con que delirio se borrará de mi memoria! Aza, caro Aza! Que nombre tan dulce! Pronto no te llamaré en vano; me oirás, volarás á mis voces : las expresiones mas cariñosas de mi corazon serán la recompensa de tu presura.....

CARTA XXXVII[a].

AL CABALLERO DETERVILLE A MALTA.

Llegada de Aza. — Quejas de Zilia á Deterville, que se ha retirado á Malta. — Sus sospechas, fundadas en la frialdad de su amante.

¿Ha podido Vm. prever sin remordimiento el mortal disgusto que acompañaba á la felicidad que Vm. me preparaba? ¿Como ha tenido Vm. la crueldad de hacer preceder su marcha por tantos motives de reconocimiento, á menos que llevase la mira de hacerme mas sensible su desesperacion y su ausencia? Hace dos dias que me ví colmada del dulce placer de poseer toda su amistad y hoy experimento las penas mas amargas.

Celina á pesar de su afliccion, ha sido demasiado exacta en executar las órdenes de Vm.; con una mano me ha presentado á Aza, y con la otra la carta cruel que Vm. me ha escrito. Recobrando el objeto de mi cariño, he tocado el colmo de la felicidad, si no la hubiera emponzoñado la pérdida del que posee todos mis sentimientos. Ah Deterville! Su bondad de Vm.

esta vez ha sido muy inhumana! Pero no espere egecutar completamente su injusta resolucion. No, la vasta concha del mar no bastará para separarle enteramente de los objetos de sù tierno afecto; Vm. oirá pronunciar mi nombre, recibirá mis cartas, escuchará mis súplicas; la sangre y la dulce amistad recobraran su imperio en su corazon; Vm. se restituirá en el seno de su familia, de cuya afliccion soy responsable.

¡Que! en recompensa de tantos benéficios, ¿yo emponzañaria la vida de Vm. y la de su hermana? ¿Romperia una union tan tierna? ¿Rasgaria su corazon, al mismo tiempo que estaria disfrutando de los efectos de su bondad? No, no lo crea Vm.: yo misma me horrorizo de verme en una casa que cubro de luto; conozco el esmero de Vm. en las atenciones que Celina tiene conmigo, en el momento mismo que la perdonára si me aborreciéra; pero, cualesquiera que sean, renuncio voluntariamente á ellas, y me alejo para siempre de una casa que me es insoportable si Vm. no vuelve. Deterville, Vm. se alucina. ¿Que error le arrastra á egecutar un proyecto enteramente opuesto á lo mismo que anela? Vm. quizo hacerme felíz, y solo me hace criminal; Vm. quiso secar mis lágrimas, y las hace desramar con mas abundancia,

perdiendo con la ausencia el fruto del sacrificio.

¡Ah! esta entrevista que tanto Vm. ha temido tal vez hubiera suavizado sus penas. Este Aza, objeto de tanto amor, ya no es el mismo Aza que yo habia pintado tan tierno. Su frialdad, el elogio de los Españoles con que ha interrumpido mil veces los tiernos desaogos de mi alma, la odiosa indiferencia con que se propone permanecer muy poco tiempo en Francia, y la curiosidad que en este momento mismo le tiene lejos de mi, todos son motivos que me hacen sospechar males que me estremecen. ¡Ah Deterville! acaso muy luego seré mas infelíz que Vm.

Si Vm. no tiene piedad por sí mismo, los deberes de la amistad deben moverle á volver; ella es el único asilo del amor desgraciado. Si caen sobre mi los males que sospecho, Vm. mismo reprobaria su conducta. Si Vm. me abandona ¿donde hallaré un corazon sensible á mis penas? La generosidad que es la pasion dominante en Vm. ¿acaso podrá menos que el amor descontento? No, no lo puedo creer; esta debilidad seria indigna de Vm.; no es Vm. capaz de tamaña bajeza: venga Vm. para convencerme de ello, si ama la gloria y mi tranquilidad.

CARTA XXXVIII^a.

AL CABALLERO DETERVILLE A MALTA.

Aza infiel. — Como y por que motivo. — Desesperacion de Zilia.

Si Vm. no fuese el hombre mas noble, yo sería la muger mas humillada; si Vm. no tuviese el alma la mas humana, el corazon mas compasivo, seguramente no me dirigiria á Vm. para confesarle mi oprobio, y mi desesperacion. ¡Pero ah! ¿que debo temer cuando todo lo he perdido?

No siento la pérdida de mi libertad, mi rango, ni mi patria; ya no lloro los sinsabores de un cariño inocente: la buena fe violada, el amor despreciado me despedaza el alma. Aza es infiel.

¡Aza infiel! Que influencia egercen en mi alma estas funestas palabras...... Mi sangre se hiela....... Un mar de lágrimas.......

Los Españoles me dieron á conocer las desgracias; pero el último golpe es el mas sensible: ellos me roban el corazon de Aza; su cruel religion autoriza el crimen que comete; aprueba,

manda la infidelidad, la perfidia, la ingratitud, y prohibe el amor entre los parientes. Si yo fuese una estraña, desconocida, Aza podria amarme; pero como nos unen los vínculos de la sangre, debe abandonarme, quitarme la vida sin rubor, sin pesar, ni remordimiento.

A pesar de la extravagancia de esta religion, si acceptándola pudiese recobrar el bien que me usurpa, hubiera sometido mi espíritu á sus prestigios. En la amargura de mi alma, he querido instruirme, pero no han prestado oidos á mis gemidos. No puedo entrar en una sociedad tan pura, sin abandonar el motivo que me decide, sin renunciar á mi cariño, en una palabra sin cambiar mi existencia.

Esta extremada severidad, confieso que me sorprende tanto como me irrita: no puedo negar cierta veneracion á unas leyes que en todo lo demas me parecen tan puras y sabias; pero ¿depende de mi el poderlas adoptar? Y aun cuando las adoptase ¿que ventaja me resultaria de ello? Realmente ninguna: Aza ya no me ama: ¡Ah! desgraciada.....

El cruel Aza, del candor de nuestras costumbres solo ha conservado el respeto á la verdad, del cual hace un uso tan funesto. Seducido por los atractivos de una Española, proximo á unir-

se á ella, solo ha consentido á venir á Francia para separarse de la fé que me habia jurado; no dejarme dudar la realidad de sus sentimientos; darme una libertad que detesto, y quitarme la vida.

Si, en vano se aparta de mi; mi corazon es suyo, y lo será hasta la muerte. Mi vida le pertenece, quítemela, sin dejar de amarme.

Vm. sabía mi desgracia ¿á que fin habérmela ocultado? ¿Porque solo me dejó Vm. vislumbras sospechas que me hicieron cometer una injusticia con Vm.? Pero malamente le acuso de su silencio; tampoco lo hubiera creidò: ciega y preocupada, yo misma hubiera corrido en pós de mi funesto destino, yo misma hubiera conducido la víctima á mi rival; ahora estaría..... O dioses libertadme de esta terrible ímagen.....

Deterville, generoso amigo, ¿soy digna de que Vm. me oiga? Olvide Vm. mi injusticia, duelase de una desgraciada, cuya estimacion para Vm. todavía es mayor que su debilidad para un ingrato.

CARTA XXXIX[a].

AL CABALLERO DETERVILLE A MALTA.

Aza deja á Zilia para volver á España y casarse.

Vm. se queja de mi, porque ignora la causa de mi silencio, que hubiera sido eterno sin el cruel esmero de Celina. ¿Como hubiera podido escribirle? Ya no pensaba mas. Si me hubiese quedado algun sentimiento, no hay duda en que hubiera sido la confianza que tengo en Vm.; pero rodeada de las sombras de la muerte, la sangre helada en las venas, durante mucho tiempo he ignorado mi propia existencia; habia olvidado hasta mi desgracia. ¡O dioses! porque al volverme á la vida me habeis recordado esta funesta memoria.

¡Se ha marchado! ¡Ya no le veré mas! Huye de mi, ya no me quiere, me lo ha dicho: todo se acabó para mi. Toma otra esposa, me abandona, y su honor se lo ordena. Y bien, cruel Aza, ya que el fantástico honor de Europa te complace. ¿Porque no imitas tambien el arte que lo acompaña.

Dichosas Francesas, os venden; pero gozais mucho tiempo de un error que en este momento haria mi felicidad. La disimulacion os prepara un golpe mortal que me mata. La funesta sinceridad de mi nacion, puede dejar de ser una virtud, y el valor y la firmesa solo son crimenes cuando la ocasion lo quiere.

¡Bárbaro Aza! me has visto á tus pies; los he bañado con mis lágrimas, y tu huida... ¡Momento terrible! ¿Porque tu memoria no me arranca la vida?

Si mi cuerpo no hubiese subcumbido á la violencia del dolor, Aza no hubiera triunfado de mi flaqueza..... No te habrias ido solo. Te seguiré, ingrato, te seguiré; te veré, y moriré á tus pies.

Deterville, que debilidad tan fatal alejó á Vm. de mi! Vm. me hubiera socorrido; acaso hubiera obtenido con la persuacion lo que no pudo conseguir mi desesperacion: tal vez Aza estaria aun aquí. Pero ya ha llegado á España, ya se han colmado sus deseos..... Lamentos inútiles! vana desesperacion!... ¡Ojala que el dolor me acabe!

No se moleste Vm. á superar los obstáculos que le detienen en Malta para volver aquí. ¿Que haria Vm.? Huya de una desgraciada que

ya no puede apreciar el mérito de cuanto se haga por ella, que solo quiere morir.

CARTA XLª.

ZILIA busca un alivio á su dolor en la soledad.

TRANQUILICESE Vm., generoso amigo, no he querido escrivirle hasta que mi vida ha estado fuera de peligro, y que menos agitada pudiese calmar su inquietud. Vivo: mi destino así lo quiere, debo someterme á su imperiosa ley.

El diligente cuidado de la amable Celina me ha vuelto la salud, un poco de resolucion la ha sostenido, y la certeza de que mi desgracia no tiene remedio, ha hecho el resto. Sé que Aza ha llegado á España, y que ha consumado su crimen. Mi dolor no se ha curado, pero la causa ya no es digna de mis duelos. Si alguno queda en mi corazon, crea Vm. que solo dimana de los disgustos que á Vm. he causado, de mis errores y del enagenamiento de mi juicio.

¡ Ah! á proporcion que este me va ilustrando, descubro su impotencia: ¿ que puede en una alma desconsolada? El exceso del dolor nos vuelve la debilidad de la ninéz. Así como en la

infancia, solo los objetos tienen alguna influencia en nuestros órganos; parece que la vista es el único sentido que tiene una comunicacion íntima con el alma. Desgraciadamente tengo hartas pruebas de ello.

Cuando salí del largo y molesto letargo en que me sumergió la marcha de Aza, el primer deseo que la naturaleza me inspiró fue de retirarme en la soledad que debo á la bondadosa prevision de Vm.: con no poco trabajo pude conseguir de Celina que mandase conducirme. Aquí encuentro un auxilio contra la desesperacion, que el mundo y la amistad nunca me hubieran proporcionado. Los consuelos que su hermana de Vm. me daba en su casa, no podian prevalecer contra los objetos que me recuerdan sin cesar la perfidia de Aza.

La puerta de mi cuarto por donde entró con Celina el dia de su llegada que fue el mismo en que Vm. partió; la silla donde se sentó; el lugar en donde me anunció mi desgracia y me devolvió mis cartas, hasta su misma sombra estampada en la pared, todo, todo abria diariamente de nuevo las llagas de mi corazon.

Aquí, nada veo que no me recuerde las ideas lisongeras que concebí la primera vez que vine;

solo encuentro la ímagen de la amistad de Vm., y de su amable hermana.

Si la memoria de Aza se presenta á mi imaginacion, siempre es bajo el mismo aspecto que entonces le consideraba: creo aguardar su llegada; me presto á esta ilusion mientras lisongea mi corazon, y en cuanto me abandona, tomo un libro; leo con tezon, insensiblemente ideas nuevas envuelven la amarga verdad encerrada en el fondo de mi corazon, y al fin dan alguna tregua á mi tristeza.

Debo confesar que los atractivos de la libertad, algunas veces se presentan á mi imaginacion con algun placer; rodeada de objetos agradables, hallo en ella una dulzura que quisiera saborear: pero cuando examino mi corazon veo que yo misma me alucino. Doy un libre curso á mis flaquezas, y no resisto las de mi corazon sino cediendo á las de mi espíritu. Las dolencias del alma, no se alivian con remedios violentos.

Quizas la ostentosa decencia de vuestra nacion no permite á mi edad, la independencia y soledad en que me he constituido, por lo menos Celina me lo quiere persuadir siempre que viene á verme; pero todavía no me ha dado nin-

guna razon suficiente para convencerme: la verdadera decencia tiene su morada en mi corazon. Yo no adoro la sombra de la virtud sino la virtud misma, y siempre esta será el juez y guia de todas mis acciones. A ella consagro mi vida, y mi corazon á la amistad. ¡Ah! ¿cuando será el dia que reinará exclusivamente?

CARTA XLI[a]. Y ULTIMA.

AL CABALLERO DETERVILLE A PARIS.

Zilia manifiesta á Deterville su constante resolucion de no tener jamas otros sentimientos para él, que los de la mistad.

Casi á un mismo tiempo he recibido el aviso de la salida de Vm. de Malta y de su llegada á Paris. Por grande que sea el placer que me causa el verle, no puede compensar la pena que me dá el billete que Vm. me ha escrito á su llegada.

¿Es posible Deterville que despues de haber disimulado sus sentimientos en todas sus cartas, despues de haberme hecho concebir

esperanzas de que abandonaria una pasion que me aflige, se de deje Vm. arrastrar con la mayor violencia?

¿De que sirve el afectar una condescendencia para mi, que Vm. mismo luego desmiente? Vm. me pide permiso para verme, me asegura una ciega sumision á mi voluntad, y al mismo tiempo se afana para convencerme de unos sentimientos opuestos á ella que me ofenden, y que no aprobaré jamas.

Pero ya que una falsa esperanza le seduce; ya que abusa Vm. de mi confianza y de la situacion de mi alma, forzoso será decirle cual es mi resolucion, mas invariable que la suya.

En vano se lisongearia Vm. que mi corazon tomase nuevas cadenas. Mi candidéz vendida, no me liberta de mis juramentos; ¡plugiese al cielo que me hiciese olvidar el ingrato! Pero aun cuando le olvidára, fiel á mí misma, no seria perjura. El cruel Aza abandona un bien que amó, pero sus derechos sobre mi, no son menos sagrados: puedo olvidar mi funesta pasion, pero no alimentaré otra: todos los sentimientos que puede inspirar la mas pura amistad, son para Vm. sin ninguna rivalidad; se los debo se los prometo y lo cumpliré con la mas

exacta fidelidad : Vm. gozará en igual grado de mi confianza y de mi sinceridad, y ambas serán sin límites. Todos los finos sentimientos que el amor ha creado en mi corazon redundarán en obsequio de la amistad. Vm. verá que no seré avara en dejarle conocer francamente mi sentimiento de no haber nacido en Francia, y la inclinacion invencible que profeso á Aza ; el deseo que tendria de deber á Vm. la gran ventaja de raciocinar, y mi eterno agradecimiento al que me la ha proporcionado. Leeremos en el fondo de nuestros corazones ; la confianza mutua hace pasar el tiempo con tanta rapidéz como el amor ; hay mil medios de dar interés á la amistad y ahuyentar el fastidio.

Vm. me instruirá en algunos conocimientos de las ciencias y artes que se egercen en este pais, y saboreará el placer de la superioridad ; yo la tendré realzando las virtudes que sin que Vm. lo conozca residen en su corazon. Vm. adornará mi espíritu con lo que puede darle amenidad, y se complacerá en su obra ; y yo procuraré hacerle amar los sinceros atractivos de la cándida amistad, y me consideraré dichosa de conseguirlo.

Celina participando de nuestro cariño derra-

mará en nuestras conversaciones el bálsamo de la alegria, que tal vez podria faltar. ¡Que mas podremos desear!

Vanamente teme Vm. que la soledad alteré mi salud. Créame Vm. Deterville, nunca está en peligro sino en la ociosidad. Siempre ocupada, procuraré crearme placeres con aquellas mismas cosas que el hábito hace insípidas.

Sin profundizar los arcanos de la naturaleza ¿no basta el simple examen de sus maravillas para variar y renovar continuamente ocupaciones siempre agradables? ¿Nuestra vida es acaso suficiente para adquirir un ligero conocimiento del universo, de cuanto nos rodea, de nuestra propia existencia?

El placer de existir, este placer que tantos ciegos humanos olvidan ó por mejor decir ignoran; esta idea tan alagueña, esta dicha tan pura de decir *vivo*, *existo*, podria por si sola hacer nuestra felicidad, si nos acordásemos, si supiésemos gozar de ella, si conociésemos todo su valor. Venga Vm. Deterville, venga Vm. y aprenda de mi á economizar los recursos de nuestro corazon y los beneficios de la naturaleza. Renuncie Vm. á los sentimientos tumultuosos, destructores imperceptibles de nuestro

ser; venga Vm. y aprenda á conocer placeres inocentes y duraderos; venga Vm. á disfrutarlos conmigo, y hallará en mi corazon, en mi amistad, en mis sentimientos, cuanto puede indemnizarle del amor.

FIN DE LAS CARTAS DE UNA PERUANA.

CARTAS DE AZA

O

DE UN PERUANO.

CARTA PRIMERA.

A ZILIA.

AZA da cuenta á Zilia de la esperanza que tiene de verla pronto, y de los esfuerzos que ha opuesto á la violencia de los Españoles.

DISIPENSE tus lágrimas como el rocío con los rayos del sol; tus cadenas cambiadas en flores caygan á tus pies, y con sus colores matizados bosquéjente la violencia de mi amor, aun mas ardiente que el astro divino que le dió el ser. Zilia, cesen tus temores; todavía Aza respira: basta esto para asegurarte que siempre te ama.

Ya van á acabarse nuestros tormentos, y un momento afortunado vá á unirnos para siempre. ¡O suprema felicidad! ¿Quien puede todavía retardarte?

Los vaticinios de Viracocha * no se han cumplido. ¿Todavía ocupo el augusto trono de Mancocapac y Zilia no está á mi lado? ¿Reino y tu arrastras duras cadenas?

Tranquilízate tierno objeto de mi ardor; el sol ha experimentado demasiadamente nuestro amor, y vá á coronarle. Estos lazos, débiles intérpretes de nuestros sentimientos; estos lazos cuya suerte envidio, te verán libre. Desde el fondo de tu lóbrega careel, volarás á mis brazos. Cual la tímida paloma que escapada de las garras del gavilan viene á gozar de su felicidad junto á su fiel compañera, yo te veré depositar en mi corazon aun conmovido del temor, tus penas pasadas, tu cariño y mi felicidad. ¡Que jubilo, que enagenamiento, de poder hacerte olvidar tus desgracias! Verás á tus piés esos bárbaros dueños del trueno; y las mismas manos que han te puesto los grillos, te ayudarán á subir al trono.

¿Porque la memoria de mis desgracias ha de alterar una felicidad tan pura? ¿Porque he de pintarte males que ya no existen? ¿No es abusar de los favores de la divinidad el no sabo-

* Inca que habia vaticinado la destruccion del imperio peruano.

rearlos enteramente? El que no olvida sus infortunios, se pude decir que los merece. ¿Quieres, querida Zilia, que à mis males añada la verguenza de haberlos sufrido justamente? Te amo, puedo decírtelo, y voy á verte, ¿Que nuevas explicaciones te puedo dar sobre mi situacion? ¿Acaso podré bosquejarte una idea de lo pasado cuando apenas puedo exprimirte los sentimientos que me animan en este momento?.... Pero que digo: tu lo quieres Zilia.

Acuerdate, si puedes sin morir, de aquel terrible dia, aquel dia cuyo aurora anunciaba jubilo.

El sol, mas brillante, extendia en mi rostro los mismos rayos con que iluminaba el tuyo. El delirio del regocijo y las llamas del amor enagenaban mi corazon: mi alma se confudia con la misma divinidad de quien procede. Mis ojos centelleaban del fuego que los tuyos les habian comunicado y resplandecian de mis deseos. La decencia de las ceremonias me conducia al templo con pasos lentos pero mi corazon volaba. Ya te contemplaba mas bella que la aurora, mas colorada que la rosa matutinal, acusando la lentitud de nuestros cucipatas, y dándome quejas por el obstáculo que todavía nos separaba..... Cuando repentinamente. ¡Ah cruel memoria! Los truenos suenan en el aire.

A este ruido espantoso, todos caen al rededor mio: yo mismo me postro para adorar á Yalpor; le imploro por ti. Sus estallidos aumentan se amortiguan; al fin cesan: me lebanto temblando por tu vida. ¡Que horror! ¡Que espectáculo! Envuelto en una nube de azufre, rodeado de llamas y sangre, en una negra obscuridad mis ojos solo veian la muerte, solo oia gemidos, y mi corazon te llamaba: todo cuanto existe te retrata á este corazon desatinado. Todavía oigo el golpe que te ha herido: te veo pálida, desfigurada, el pecho cubierto de sangre y polvo, un fuego cruel te devora.

Las nubes se disipan; la obscuridad cesa. ¿Lo creeras Zilia? No era Yalpor; no, los dioses no son tan crueles: unos bárbaros, usurpadores de su poder, nos lo hacian sentir con toda su violencia. A su vista odiosa, me abalanzo en medio de ellos. El amor, los dioses que han ultrajado, me dan nuevas fuerzas: tu vista las aumenta. Vuelo ácia ti, derribo cuanto se opone á mi paso: estoy proximo á alcanzarte, pero atraviesas el sagrado mubral: te arrastran, desapareces; el dolor me devora, la desesperacion hace saltar mis lágrimas. Furioso me arrojo en medio de nuestros enemigos; y los golpes que dí, destruyeron hasta el uso de mis armas. De-

bilitado con mis excesivos esfuerzos, abrumado con el número, caigo sobre los restos ultrajados de mis abuelos *. Allí, mi sangre y mis lágrimas se mezclaban con su ignominia, con los cuerpos de tus compañeras exalando el último aliento, y con las guirnaldas tegidas por tus preciosas manos con que debias adornar mis sienes. Un frio mortal se apoderó de mi; mis ojos turbados, se debilitan, se ofuscan, en fin dejé de vivir sin cesar de amarte.

Sin duda cara Zilia, que el amor, y el anelo de vengarte me volvieron á la vida. Me he encontrado en mi palacio, rodeado de mis vasallos; mi debilidad se ha convertido en furor: he dado gritos terribles, y con las armas en la mano he excitado mi guardia á vengarme. Perezcan, decia, perezcan los impios, que han violado nuestros sagrados asilos! venid, armaos todos; acuchillemos, destruyamos esos crueles! Pero cuando el Capa-Inca, mi padre, noticioso de mi furor, me aseguró que te volveria á ver, que tus dias estaban libres de riesgo, y que seriamos unidos, ¡ que jubilo, que nuevo arrebatamiento se ha apoderado de mi

* Los Peruanos enterraban en el interior del templo los cadáveres embalsamados de algunos de sus reyes.

alma ! ¡ Oh cara Zilia ! ¿ basta un corazon para disfrutar de un placer tan grandioso ?

Solo la baja codicia de un vil metal ha conducido esos bárbaros á este pais , y mi padre que ha conocido su intento ha ido delante de sus deseos. Al fin se irán colmados de sus dádivas , luego que te habrán restituido á mis ardientes deseos. Esos pueblos que la sed del oro armó contra nosotros , y que este mismo metal ha hecho nuestros amigos , ya menos feroces , á cada instante manifiestan su agradecimiento y su respeto. Se inclinan delante de mi , lo mismo que nuestros cucipitas ante el sol. ¿ Es posible que un monton despreciable de materia, pueda cambiar así el corazon del hombre, transformando unos bárbaros, en instrumentos de mi felicidad ? ¿ Un vil metal , unos monstruos debian retardarla ?

¡ Adorada Zilia ! lumbrera de mi alma ! ¿ que agitacion tan cruel me han causado las expresiones de que te sirves para describirme la desgracia que nos ha separado ? Te he acompañado en el peligro. Mi furor se ha renovado ; pero la seguridad de tu constante cariño , cual un bálsamo saludable , ha dulcificado la llaga que abrias en mi corazon. No Zilia , no hay nada que pueda igualarse á la suprema felicidad de ser

amado de ti. Todos mis sentidos se conmueven solo en pensarlo. Mi impaciencia aumenta, y me devora, yo ardo de amor, muero de deseos.

Ven á darme la vida ¡Zilia! ¡Zilia! que Lluama * te preste sus alas, que el relámpago mas velóz te trayga á mis brazos; mientras que mi corazon, aun mas ligero vuela parà recibirte.

CARTA IIª.

A ZILIA.

DESPERACION de Aza engañado con las promesas de los Españoles. — Se lisongea de vengar á Zilia.

¡Que! Zilia **, ¡la tierra no se ha anonadado ¡Todavía el sol nos alumbra, y el engaño y la trahicion residen en su imperio! ¡O Zilia! todas las virtudes han abandonado mi corazon desatinado; y la desesperacion y el furor han tomado su lugar.

Esos bárbaros Españoles, bastante atrevidos para cargarte de cadenas, pero demasiado co-

* Grande águila del Perú.

** No recibió esta carta.

bardes é inhumanos para quitartelas, hán tenido la osadia de engañarme. A pesar de todas sus promesas, no te pondrán en libertad.

Yalpor, ¿quien te detiene? dispara tus rayos, vuelvelos contra esos pérfidos, y que una llama emponzoñada, los reduzga en polvo despues de mil tormentos. Monstruo cruel, cuyo crimen solo puede labarse con la sangre del último de tu raza *; nacion pérfida cuyas ciudades arrasadas debieran sembrarse con duras piedras, y regarse con sangre **, ¡que horrores añadis á la infamia del perjurio!

Dos veces el sol ha alumbrado á sus hijos con sus rayos sagrados, y Zilia no se me ha restituido: sus ojos que debieran ser el centro de mi felicidad, en este momento estan derramando abundantes lágrimas: quizas entre su amargo llanto disparan algunos rayos que en dias menos aciagos abrasaban mi corazon. Esos mismos brazos con que los dioses debian coronar el amor mas ardiente, tal vez estan aun ago-

* Los Peruanos perseguian el crimen, hasta en los descendientes del criminal.

** Los Peruanos arrasaban las ciudades que habian producido los grandes criminales, sembraban piedras en sus ruinas y las regaban con sangre en señal de maldicion.

viados con el pero de crueles cadenas. ¡ O funesto dolor ! ¡ O mortal inquietud !

¡ Temblad viles humanos! el sol me ha abandonado su venganza ; y mi amor ultrajado la hará mil veces mas cruel. Por ti lo juro , astro vivificante que nos das el alma y la vida * ; por tus llamas puras cuyo divino fuego me anima. ¡ O sol ! aléjense para siempre de mi tus benéficos rayos , que submergido en una noche perpetua , la consolante aurora no anuncie jamas tu llegada , si Aza no aniquila la raza criminal que se atreve á manchar estos sagrados lugares con la vil impostura. Y tu adorada Zilia , desventurado objeto de todo mi cariño , seca tu llanto : pronto veras tu amante , aterrando tus enemigos romper tus cadenas é imponerlas á quien te ultraja. Cada instante aumentará mi furor y su suplicio. Ya una cruel alegria se manifiesta en mi corazon : ya me parece que me estoy bañando en la sangre de esos pérfidos. La rabia iguala mi amor.

Voy á excederles en barbarie. Esta será mi guia ; la sigo. Zilia , adorada Zilia , estoy cierto de la victoria , porque corro á vengarte.

* Los Peruanos consideraban el alma como una emanacion del Sol.

CARTA IIIª.

DE MADRID A KANHUISCAP.

AZA describe á su amigo la cruel situacion de su corazon.

¿ QUE divinidad, generoso amigo, apiadada de mis males ha podido conservarte para alivio de mi dolor? Luego es cierto que en medio de las mas crueles desdichas, todavía podemos disfrutar algun placer, y que por muy desgraciados que seamos, podemos contribuir á la felicidad de los demas. Tu arrastras los grillos de la esclavitud, y alivias el peso de los mios: tu alma abatida por el dolor, disminuye mi tristeza.

Estrangero y cautivo en estos bárbaros climas, me haces encontrar en ellos mi pátria que el hado cruel me ha robado; muerto para todo el universo, solo quiero vivir por tí. Por ti solo hallará mi corazon angustiado algunas expresiones que mis débiles manos formarán en estos lazos, que nos reunen á pesar de nuestros crueles enemigos.

Escúsame si el amor mas tierno y mas ardiente, te habla mas amenudo que la amistad

y la venganza. La suavidad de la una es un consuelo, la violencia de la otra tiene un poderoso atractivo; pero todo cede al amor.

Aunque la suerte me tiene abatido, no creas que el infortunio ha disminuido mi valor; pero siendo rey, pensaba como rey, y esclavo, no tengo los sentimientos de mis semejantes: deseo la venganza sin esperarla; quisiera cambiar tu suerte y la mia, y solo puedo compadecerlas. Muramos: nos traen á un mundo nuevo, y á pesar de mis súplicas nos separan. Nuestra amistad amedrenta à nuestros vencedores: acostumbrados al crimen ¿pueden acaso dejar de temer la virtud?

¡Ah Kanhuiscap! no debió acabarse así aquel aciago dia en que tu valor y el mio, ó por mejor decir mi amor, debia concederme la victoria y hacerme digno de la mano que me armaba, del astro luminoso que me ha dado el ser y de tu admiracion; en que el sol enemigo del perjurio, debia vengar á sus hijos, saciarles con los miembros humeantes de esos monstruos * y embriagarles con su odiosa sangre.

* Los Peruanos comian la carne de sus enemigos, bebian la sangre, y las mugeres estregaban con ella los pezones de los pechos para hacerla chupar á sus hijos.

¿Así he vengado á los dioses de Zilia? Zilia! que consumida por el amor mas ascendrado, todavía arde, arrastrando las crueles cadenes que no he podido romper; Zilia que unos infames raptores..... ¡O dioses! alejad de mi tan funestas imágenes..... ¿Que digo? Kanhuiscap, los dioses mismos no pueden auientarlas. Yo no veo á Zilia, puesto que un cruel elemento nos separa. Acaso su dolor... nuestros enemigos... las olas... Una saeta mortal atraviesa mi corazon. Amigo, yo subcumbo al exceso de mis males: mis Quipos se me caen de las manos; ¡Zilia... Zilia!

CARTA IVª.

AL MISMO.

Temores de Aza por la suerte de Zilia.

Fiel Anqui, tus Quipos han dado treguas á mis temores; pero no los han desterrado. Tu amistad derrama sobre mi heridas un bálsamo saludable; pero mis crueles recuerdos lo emponzoñan. A cada instante veo á Zilia en la esclavitud, el sol ultrajado, sus templos profana-

dos; veo á mi padre encorbado bajo el peso de las cadenas y los años; mi pátria desolada. ¡Ah! solo existo en mi tristeza. Todo la aumenta; las sombras de la noche no me presentan mas que imágenes espantosas: en vano el sueño me ofrece algunos momentos de descanso, pues todavía acrecienta mi tormento. Esta noche Zilia se ha presentado á mi imaginacion; su cara representaba los horrores de la muerte; mi nombre parecia escaparse de sus labios moribundos; yo le veia señalado en sus Quipos que todavía tenia en la mano; unos bárbaros desconocidos, sus armas chorreando sangre, en medio de las llamas del tumulto y los clamores, la arrancaron de una de esas enormes máquinas flotantes con que nos han traido aqui, y parecia que la presentaban en triunfo á su odioso gefe, cuando de repente, remontando el mar hasta las nubes, solo ha ofrecido á mi vista, olas de sangre, cádaveres, y maderos medio consumidos del fuego y de las llamas devoradoras.

En vano quiero disipar estas tristes ideas, que sin cesar vienen á presentarse de nuevo á mi espíritu: no hallo ningun alivio á mi dolor, aborrezco hasta el aire que respiro; me lamento porque las olas no me han sumergido; y me quejo de los dioses que prolongan mi existen-

cia : si al menos su cruel bondad me permitiese ocultarme de la luz del dia ; si pudiese disponer un solo instante de esta porcion de la divinidad que me han dado ; si para un mortal no fuese un crimen horrorosísimo, el destruir la obra de la divinidad, aun cuando vituperasen mi debilidad, aun cuando mi alma divagase en los espacios, caro Kanhuiscap, mis males se acabarian.

Recibe en tu seno mis agudos dolores, ¡ó Kanhuiscap! instrúyete si es posible de la suerte de Zilia, mientras que mi corazon angustiado la pide á los dioses, á todo el universo, y á mi mismo.

CARTA Vª.

AL MISMO.

AZA concibe la esperanza de recibir noticias de Zilia por medio de Kanhuiscap.

Tu alimentas en mi corazon la mas lisongera esperanza, Kanhuiscap; ojala que en recompensa el sol te comunique el calor de los rayos divinos que nos dan la vida. Los progresos que haces en la lengua española ya te han instruido

que los primeros navios que estan esperando, vienen de la terra del sol. Tu sabrás la suerte del tierno objeto que me hace tolerar la existencia : juzga con cuanto impaciencia estaré aguardando que me instruyas de mi amada : ya de antemano me he formado un bosquejo de mi felicidad. Zilia, mi adorada Zilia, la he visto, la veo aun restituida custodiando el templo del sol, no teniendo mas tristeza que la que la causa el estar alejada de mi, y adornando los altares de este dios con su belleza y con las labores de sus delicadas manos. Cual una preciosa flor todavía agitada por la impetuosidad de los vientos despues de una tempestad, que recibe los primeros rayos del sol, y el agua que la cubre, aumenta su brillo; lo mismo Zilia me parece mas bella y mas cara á mi corazon. Ya la veo como el sol cuando despues de una larga obscuridad, hiere con sus benéficos rayos, nuestros ojos deslumbrados y nos anuncia un dia sereno. Ya me arrojo á sus pies; siento una dulce conmocion, placer, respeto, ternura, todos los sentimientos que me agitaban, cuando gozaba de su vista, los mismos que hacian mover mi corazon, Kanhuiscap, todos los experimento. ¡Cuan fuertes son las cadenas de la ilusion, pero cuan amables! Los placeres aparen-

tes, destruyen mis verdaderos males. Veo á Zilia feliz, mi dicha es cierta.

¡O caro Kanhuiscap! no alucines una esperanza que hace mi felicidad, y que sola la impaciencia puede destruirla. Ruégote genoroso amigo que no difieras mi dicha con el menor retardo. Ojala que mis Quipos enlazados por el júbilo me lleguen con la velocidad del viento, y que los perfumes mas exquisitos ondeen continuamente tu persona en recompensa de tu amistad.

CARTA VI^a^.

ÁL MISMO.

Aza calma su inquietud con las noticias que su amigo le dá de Zilia.

¿De que agua deliciosa te sirves caro amigo para apagar el fuego cruel que devora mi corazon? Haces suceder el júbilo y la tranquilidad, á la inquietud y al dolor que me consumian: volveré á ver á mi adorada Zilia. ¡O felicidad inesperada! Todavía no la veo; ¡ó cruel distancia! En vano mi corazon quiere adelantar

sus pasos; en vano mi alma vuela para confundirse con la suya; bastante me queda para sentir que estoy separado de Zilia.

Voy á volverla á ver, y esta idea consoladora, lejos de calmar mi inquietud acrecienta mi impaciencia. Separado del objeto de mi adoracion, juzga que tormentos estoy aguantando. A cada instante muero, y solo renazco para desear; semejante al cazador que aumenta la sed que le devora, corriendo en pós de la deseada fuente, mi espíritu aviva la llama que me consume; cuanto mas veo inmediata mi union con Zilia, tanto mas temo perderla. Si fiel amigo un momento aciago ¿cuanto tiempo hace que nos tiene separados? Y otro momento igual, todavía lo temiera aun cuando me hallase en el colmo de la felicidad. Un elemento tan bárbaro como inconstante es el depositario de mi dicha; tu me dices que Zilia abandona el imperio del sol, para venir á estos climas horrorosos. Errante durante mucho tiempo en la inmensidad de los mares para venir á encontrarme, ¿cuantos riegos correrá y cuantos mas yo temeré por ella? Pero ¿en que devarío me precipita mi amor? Temo males, cuanto todo me vaticina placeres, placeres cuya sola idea... ¡Ah Kanhuiscap! que júbilo, que sentimiento hasta en-

tonces desconocido!.... Todos mis sentidos se dividen para participar del mismo placer. Zilia se ofrece á mis ojos : oigo los tiernos acentos de su melodiosa voz ; la estrecho entre mis brazos, y muero.

CARTA VIIa.

AL MISMO.

AZA en casa de Alonso, que le instruye de las costumbres de los Españoles.

Si fuese susceptible de alteracion, si alguna cosa pudiera disminuir mi júbilo, caro Kanhuiscap, lo debilitaria el término á que fijas mi dicha. ! Para que yo sea felíz es preciso que el sol alumbre cien veces el mundo! ¡ Antes que se haya discurrido este inmenso espacio de tiempo no podré disfrutar de la amable presencia de Zilia! En vano la amistad pretende indemnizarme de los rigores de la suerte, es imposible calmar mi impaciencia.

Alonso, que el injusto Capa-Inca de los Españoles ha nombrado para ocupar el trono del sol junto con mi padre, y que está encargado

de mi persona, inutilmente procura aliviar mi dolor. La amistad que me manifiesta, las costumbres de sus compatriotas, que me hace observar, las diversiones que quiere procurarme y las reflexiones á que yo mismo me abandono, no hacen mas que entretenerlo.

El amargo pesar que me causó la separacion de Zilia, hasta aquí no me habia dado lugar para observar los objetos que me rodean, pues no veia ni esperaba sino males; en una palabra, me deleitaba en mi infortunio, y no vivia: ¿acaso residian en mi las facultades para pensar? Pero apenas mi amor ha concedido algunos momentos al contento, he abierto los ojos. ¡Cielos! ¡que espectáculo se ha ofrecido á mi vista? ¿Podré suficientemente bosquejarte mi sorpresa? Me hallo solo, en medio de un mundo que nunca hubiera imaginado: veo hombres, que son mis semejantes. Sorprendido á su aspecto, mis miradas ávidas se confunden con las suyas. Un inmenso pueblo que se agita, circula continuamente en un mismo espacio, en donde parece que la suerte le ha encerrado; otros que casi nunca se les vé, que solo la ociosidad distingue del pueblo laborioso; alborotos, gritos, disputas, combates, un ruido horrible,

una conmocion continua; hé aquí lo que desde luego he podido discernir.

En el principio mis ojos abrazaban tantas cosas, que no veian ninguna. No tardé en notarlo, y por lo mismo, me decidí á empezar, examinando lo que mas inmediato tenia; por ello la casa de don Alonso ha sido el centro de mis observaciones. Los Españoles que la frecuentan desde luego me han parecido un objeto de bastante consideracion para ocupar mis ideas durante algun tiempo, y en vista de sus inclinaciones formar juicio de las de sus compatriotas. Alonso que ha residido bastante tiempo en nuestro pais y que por consiguiente no ignora nuestros usos ni nuestra lengua, me asiste con sus luces para los descubrimientos que deseo. Este amigo síncero, libre de las preocupaciones de su nacion, varias veces me ha hecho sentir lo ridículo de ellas. El otro dia me decia, mire Vm. este hombre grave, con los ojos fieros, el bigote levantando, el gorro encasquetado y su númeroso séquito; ya la toma Vm. por un segundo Huayna-Capac *; pues no es mas que un cucipata, que ha prometido á nuestro Pachaca-

* Nombre del mas célebre conquistador del Perú.

mac ser humilde, benigno y pobre. Aquel otro, á quien el excesivo uso de los licores pronto no le dejará la menor sombra de razon, es un juez que quizas antes de una hora decidirá de la vida ó de la fortuna de una docena de ciudadanos. Ese otro que todavía está mas prendado de si mismo que de aquella señora que obsequia con tanto ahinco, que apenas puede resistir el calor del dia y el vestido perfumado que le cubre, que habla con tanto fuego de la menor frusleria, y á quien el excesivo desarreglo le ha ahuecado los ojos, comido el color de la cara y casi extinguido la voz, es un guerrero que vá á ponerse al frente de treinta ó cuarenta mil hombres.

De este modo, Kanhuiscap, con el auxilio de Alonso, voy disipando algunos momentos la inquietud que me consume. ¡Pero ah! muy luego recobra su imperio! Las diversiones del espíritu siempre ceden á las afecciones del corazon.

CARTA VIII^a.

AZA describe á su amigo el caracter de Alonso.

LAS observaciones que Alonso me ha hecho hacer del caracter de sus conciudadanos, no me impiden de echar alguna ojéada sobre el suyo. Aunque admiro las virtudes de este síncero amigo, no dejo de notar sus defectos : comedido, generoso y valiente, es debil y adolece de las mismas ridiculeces que condena. Ayer me decia: vea Vm. este guerrero respetable y valiente, este firme defensor de nuestra pátria, este hombre que con una sola ojeada se hace obedecer de muchos miles de hombres, esclavo en su propia casa, está sometido á los mas mínimos caprichos de su muger : así hablaba Alonso, cuando entró Zulmira. Por el aire altivo que esta afectaba, y las tiernas caricias de su padre, no me quedó la menor duda que Alonso con respeto á su hija se halla en el mismo caso del guerrero, cuya debilidad con su muger acababa de criticar. No creas que este Español sea el único de su nacion que no perdona las debilidades agenas. Paseándome hace pocos dias en

un jardin, ví entre la multitud un monstruo humano: no era mas alto que una vicuña*, sus piernas estaban encorbadas como un amaruc**, y tenia la cabeza tan encogida entre los hombros que apenas podia menearla: compadeciame la suerte de aquel infelíz, cuando una risa descompasada me hizo volver la cabeza, miré y me sorprendí extraordinariamente cuando ví que otro hombre casi tan diforme como el primero se burlaba de la estatura diminuta de este, haciendo observar la rareza á otras personas. ¿Es posible que seamos ciegos para ver nuestras faltas, cuando tenemos tanta perspicacia para notar las agenas? ¿Es posible que el exceso de una virtud degenere en debilidad? Alonso sometido á su hija seria inexcusable de no amarla. Viveza, espíritu, gracias, hermosura, todo, todo se lo ha concedido el criador con liberalidad; su aire, sus miradas lánguidas, apesar del fuego que las anima, y el vivo lustre de su téz, me inclinan á juzgar que tiene un corazon sensible, pero vano, apacible, pero ardiente en sus mas mínimos deseos.

¡Que diferencia, amigo mio, entre ella y

* Especie de cabra indiana.

** Culebra de Indias.

Zilia! Zilia, que ignorando hasta su misma belleza, quisiera ocultarla á todo el universo excepto su vencedor; Zilia modesta y cándida como una paloma, cuyo corazon únicamente ocupado por el amor mas puro y tierno no siente los movimientos del orgullo, y desprecia los subterfugios del arte; Zilia que para agradar, no sabe mas que amar; Zilia enfin........ ¡Que llama ardiente consume mi alma! Zilia, adorada Zilia, ¿cuando te volveré á ver? ¿Quien puede retardar nuestra felicidad? ¿Acaso los dioses envidiarian los placeres de un mortal? ¡Ah! querido amigo, si las dulzuras del amor no son sino para ellos ¿porque han creado la hermosura? ó siendo dueños de nuestros corazones, ¿porque nos dejan desear una dicha que les ofende?

CARTA IXª.

AL MISMO.

Costumbres y conducta de los Españoles, enteramente distintos en España que en Mégico.

Sin el auxilio de la lengua española todas las observaciones que Alonso me hace hacer serian muy limitadas, y no menos superficiales las que yo hago por mi mismo. Buscando un modo de suavizar mi impaciencia he pedido un maestro que me enseñe esta lengua; y los conocimientos que he adquirido ya me ponen en estado de sacar algun provecho de las conversaciones, y examinar mas de cerca el genio y gusto de una nacion que solo parece creada para la destruccion de la tierra, de la cual cree sin embargo ser el mejor adorno. Desde luego pensé que estos bárbaros ambiciosos, ocupados en hacer la desgracia de los pueblos que no los conocen, no apagaban su sed insaciable sino con sangre, ni veian el sol sino á través del humo, y las llamas, ocupándose únicamente de forjar instrumentos de muerte; pues tu sabes tan bien como yo que aquel trueno que tanto nos pasmó, ellos mismos

lo han creado. Crei que en sus ciudades no encontraria sino artistas fabricando rayos, soldados egercitándose á la carrera y al combate, príncipes teñidos con la sangre que han derramado, despreciando para renovar sus sangrientas hazañas, los calores del sol, el hielo de los años, el cansancio y la muerte.

Fígúrate cual ha sido mi sorpresa, cuando he visto el trono de la clemencia, en vez de ese sangriento teatro que mi imaginacion se habia forjado.

Estos pueblos que segun creo, no han sido crueles sino para nosotros, estan al parecer gobernados con suavidad, y por lo que se vé, una íntima amistad une todos los ciudadanos: nunca se encuentran sin hacerse las mas afectuosas señales de aprecio, amistad y respeto. Estos sentimientos brillan en sus ojos y dirigen todos los movimientos de su cuerpo. Se hacen muchas reverencias unos á otros, y al verles abrazándose continuamente, mas bien podrian tomarse por miembros de una familia estrechamente unida, que por individuos de un pueblo.

Estos guerreros que nos han parecido tan terribles, aquí no son sino unos ancianos, aun mas amables que los otros, ó jóvenes alegres, afables y oficiosos. La molicie que les domina,

él trabajo que les cuesta la menor friolera, los placeres que forman su único estudio y los sentimientos de humanidad que manifiestan, me darian motivos para creer que tienen dos cuerpos, uno para la sociedad, y otro para la guerra.

En efecto ¡que diferencia, amigo mio! Tu los has visto en nuestros muros desolados, sembrando el horror, el espanto y la muerte. Los gemidos de nuestras mugeres moribundas, la vejéz respetable de nuestros padres, los ayes adoloridos que apenas formaban los tiernos órganos de nuestros hijos, la magestad de los altares, el santo horror que infunden, todo, todo en vez de aplacarles aumentaba su barbarie; y ahora les veo adorar la belleza que hollaban, honrar la vejéz, proteger la infancia, y respetar los templos que profanaban. Kanhuiscap, ¿son estos los mismos hombres?

CARTA Xª.

AL MISMO.

Reflexiones de Aza sobre la diversidad de inclinaciones de los Españoles.

Cuanto mas reflexiono sobre la diversidad de inclinaciones de los Españoles, tanto menos descubro el principio. Esta nacion no parece tener sino una que sea general, cual es la de la ociosidad. Sin embargo hay otra divinidad que la llaman buen gusto, ó moda. Una escogida multitud de adoradores le sacrifica cuanto tiene sin exceptuar su misma tranquilidad; con todo aunque una parte (que es la mas síncera) ignora cual es este dios, la otra mas orgullosa, dá definiciones que no son mas inteligibles para ellos mismos que para los demas. Segun algunos, es un dios, que aun cuando es invisible no es menos real: cada cual debe sentir sus inspiraciones; y debemos confesar con el escultor, que se esconde bajo un velo muy diforme, que parece revolotear con dos alas de murciélago y que un niño encadena graciosamente con una

guirnalda de flores. Una casta de hombres que aquí llaman petimetres, te obligará á convenir en que este dios está mas bien en su armilla que en la de otro de sus semejantes; y lo probará, sin poderle replicar, con que las hendiduras de la suya son mas grande que las del otro.

Hace pocos dias que fui á ver un edificio del cual me habian hecho una relacion muy poco exacta. Apenas lo descubrí, ví cerca de la puerta dos corrillos de Españoles que parecian estar en palestra uno con otro. Pregunté á mi conductor cual era el motivo de su disputa, y me dijo: es un punto muy importante: se trata de decidir de la reputacion de este templo, y del rango que debe ocupar en la posteridad. Estos hombres que Vm. vé, son inteligentes: los unos sostienen que es una masa de piedras que no tiene mas particularidad que su enorme magnitud, y los otros oponen que este edificio nada tiene de enorme y que está construido con muy buen gusto.

Dejé esta gente perita y entré en el templo. Apenas pasé el umbral ví un cieloraso donde estaba pintado un venerable anciano, cuya magnitud y aire noble inspiraba respeto: parecia suspendido en el aire y estaba rodeado de una

multitud de niños alados que inclinaban la vista ácia la tierra. ¿Que representa este cuadro? pregunté: este es, me dijo un reverendo cucipata despues de muchas inclinaciones, el retrato del soberano del universo que con un soplo, lo creó de la nada; pero examine Vm., me dijo precipitadamente estas piedras preciosas que cubren ese altar. No bien hubo dicho estas palabras que ya habia notado la belleza de una de ellas que representa un hombre con la frente coronada de laureles. Desde luego quise saber quien era este hombre que habia merecido estar colocado al igual de un dios, y el cucipata me dijo con un aire risueño que era el busto del príncipe mas cruel y despreciable que ha existido. Esta respuesta me ofreció una multitud de reflexiones, que la falta de expresiones no me permitió comunicarle, y vuelto en mi de la primera sorpresa, salia respectuosamente del templo, cuando otro objeto me llamó la atencion. En un rincon obscuro y lleno de polvo, descubrí la cabeza de un anciano; pero no tenia ni la magestad ni el aire de grandeza del primero. Figúrate cual seria mi admiracion cuando quisieron persuadirme que era el retrato del mismo dios único creador de todas las cosas:

el poco respeto con que el cucipata parecia mirar este retrato no me dió lugar á creerlo, y sali indignado contra el impostor.

En efecto, Kanhuiscap, ¿como es posible creer que los mismos hombres, en un mismo recinto pisoteen al dios que adoran? No es esta la única contradiccion que los Españoles tienen consigo mismos: nada hay mas frecuente que las que el tiempo trae consigo. ¿Porque destruyen este palacio cuya solidéz aun promete un siglo de duracion? Porque ya no es de moda, me han dicho: en su tiempo fué una pieza maestra que se construyó con el mayor lujo; pero en el dia es ridículo.

Aunque esta nacion es esclava de este supuesto buen gusto, con todo dispensa de tenerlo por sí mismo, porque aquí hay hombres de gusto pagados para tenerlo, que venden al peso de oro el que el capricho les atribuye. Uno de estos dias Alonso me hizo notar uno de esos hombres que tienen la reputacion de vestirse con cierta elegancia, que segun me dijo hace un gran papel: para hacer un contraste me enseñó al mismo tiempo otro que pasaba por no tener gusto. Confieso que estuve perplexo para saber en favor de cual de los dos me decidiria, cuando el público que estaba presente

echó el fallo riéndose de ambos. De aí, la única diferencia positiva que pude establecer entre el hombre de gusto y el que no lo tiene, es que uno y otro se apartan de la naturaleza cada cual por diferente camino, y que este dios que llaman *buen gusto* fija su domicilio, ya al uno ya al otro extremo de estos dos caminos. Desgraciado entonces el que no elige la verdadera senda, porque le infaman, le desprecian hasta que este dios mudando de domicilio, le pone en el caso, sin que el lo sospeche, de vengarse de los agravios recibidos.

Sin embargo, querido Kanhuiscap, si escuchamos á los Españoles, no hay cosa mas constante que el buen gusto, y si ha variado tantas veces, es porque sus abuelos ignoraron el verdadero. Mucho me temo que lo mismo dirá el último de sus descendientes.

CARTA XIª.

AL MISMO.

Aza prosigue sus reflexiones sobre los vicios de los Españoles.

¿Te confesaré mi sorpresa, caro Kanhuiscap, cuando he sabido que en estos climas que crei habitados por la misma virtud, no son virtuosos sino por fuerza? Solo el temor del castigo y la muerte inspiran los sentimientos que crei que la naturaleza habia gravado en todos los corazones: hay volúmenes enteros llenos de prohibiciones del crimen: no hay horror imaginable que no tenga prevenido su castigo: pero ¿que digo? su egemplo. Si, porque no tanto una sabia prevision, como los modelos del crimen pueden haber dictado las leyes que lo prohiben. Si se juzga por estas leyes ¡ cuantos crímenes los Españoles han cometido! Tienen un dios y lo han blasfemado; un rey y lo han ultrajado; una fé y la han violado: se aman, se respetan unos á otros, y no obstante se asesinan: amigos, se venden; unidos por la reli-

gion, se detestan. ¿En donde está pues, digo sin cesar, esta union que en un principio hallé entre estos pueblos, este placentero vínculo que parecia unirlos con la mas estrecha amistad: ¿es posible que no se ha formado sino por el temor ó el interés! Pero lo que mas me admira, es la existencia de estas leyes. ¡Que! un pueblo que ha podido violar los derechos sacrosantos de la naturaleza, y ahogar su voz, ¿se deja gobernar por la voz extinguida de sus abuelos? ¡Que! ¿estos pueblos parecidos á sus hamas, abren la boca para recibir el freno que les presenta un hombre cuyo semejante acaban de despedazar? ¡Ah Kanhuiscap! desgraciado el príncipe que reina entre esta gente. ¡Cuantas asechanzas debe evitar? Es menester que sea virtuoso si quiere conservar su autoridad; y sin cesar tiene el crimen delante de sus ojos; el perjurio le rodea, el orgullo le precede, la perfidia le sigue con un semblante humilde, y nunca vé la verdad sino con la falsa luz de la antorcha de la envidia.

Tal es la verdadera imagen de la muchedumbre que rodea al príncipe, llamada corte. Cuanto mas se acercan del trono, mas se alejan de la virtud. Un vil adulador alterna al lado del defensor de la pátria, un bufon cerca del

ministro mas sabio ; y el perjurio impunemente libre del suplicio que merece ocupa el rango solo debido á la probidad ; y esto no obstante el rey administra la justicia en medio de esta multitud de criminales dichosos : allí las leyes solo se las manisfiestan los mismos que las estan violando , y muchas veces sucede que la sentencia de un culpable está firmada por otro culpable.

Porque, por muy rigorosas que sean las leyes, no lo son para todos. En el gabinete de un juez el llanto de una muger hermosa, ó un hombre que trae un bolsillo lleno de monedas de oro , ponen á un criminal tan límpio como el dia que nació, al paso que el inocente muere en un suplicio.

¡Ah Kanhuiscap! ¡que felices son los hijos del sol, guiados solo por la virtud! como ignoran el crimen , no temen el castigo ; y como aquella es su juez, la naturaleza es su única ley.

CARTA XII[a].

AL MISMO.

CONTINUACION del mismo asunto.

El primer punto de vista bajo el cual se consideran las cosas, raras veces es el mas exacto. ¡Que diferencia, Kanhuiscap, entre este pueblo y el que ví en el principio! Toda su virtud no es otra cosa mas que un ligero velo á través del cual se distinguen las faltas de los que con él se cubren: bajo el engañoso brillo de las mas bellas acciones, siempre se vislumbra la semilla de algun vicio. Bien así como los rayos del sol que parecen dar un color mas bello á la rosa, nos hacen ver mejor las espinas que oculta.

Un orgullo insuperable es la fuente de esta amable union que en el principio tanto me habia encantado. Esos abrazos tiernos, y ese respeto afectado, dimanan del mismo principio: la menor inflexion del cuerpo aquí se mira como un deber que el rango y la amistad exigen, y los hombres mas despreciables de este

reino, los que mas se aborrecen, mutuamente se tributan este falso homenage.

Un grande pasa delante de tí; si se quita el sombrero, es un honor; si se sonrie, es una gracia: pero no se piensa que esta salutacion tan honorífica, esta sonrisa tan lisongera se debe comprar con mil humillaciones y disgustos. Miento: es menester ser esclavo para recibir honores.

El orgullo todavía tiene aquí otro velo, cual es el de la gravedad; este barniz que da un aire de juicio á las acciones mas insensatas. Tal seria un hombre generalmente estimado si hubiese tenido la debilidad de reprimir su jovialidad, que con toda la prudencia y juicio posible se le considera como un atolandrado. Ser prudente no es nada; el todo es parecerlo.

Este hombre, cuya ciencia y talento corresponden á la suavidad que lleva escrita en la cara, me decia Alonso; este ingenio casi universal, lo han separado de los empleos mas importantes por haber reido una sola vez inconsideramente.

No debes pues estrañar, caro Kanhuiscap, si aquí se cometen grandes necedades á sangre fria. Por ello esta seriedad afectada no me hace mucha impresion: noto el orgullo del que lo

afecta; y cuanto mas le estiman, mas le desprecio. El mérito y la jovialidad ¿son acaso dos seres antipáticos? No, el juicio nada pierde con los placeres que solo el alma siente.

CARTA XIII^a.

AL MISMO.

Perplexidad y falsas ideas de Aza sobre los principales dogmas del cristianismo.

No puedo menos de repetirtelo, Kanhuiscap; los Españoles me parecen indefinibles. A todas las contradicciones que descubren, todos los dias veo aparecer otras nuevas ¿Que pensarás de la siguiente? Esta nacion tiene un Dios * que adora, y lejos de tributarle ninguna ofrenda, es Dios quien la alimenta. En sus templos no se vé ningun Curacas **, simbolo de sus nece-

* Debe observarse que habla un Peruano, que no tiene sino una idea imperfecta de nuestro culto.

** Estatuas de varios metales vestidas diferentemente que se colocaban en los templos. Eran una especie de EXVOTOS que caracterizaban las necesidades de los que las ofrecian.

sidades; enfin, á ciertas épocas del dia los templos parecen palacios desiertos. Sin embargo algunas viejas no salen de ellos casi en todo el dia.

El aire de devocion que afectan, y las lágrimas que vierten, en el principio merecieron mi estimacion. El desprecio con que las miraban me conmovia, cuando Alonso calmó enteramente mi sorpresa. ¡Que poco conoce Vm. me dijo, esas mugeres, que ya se han grangeado su aprecio! Sepa Vm. pues que aquella, está asalariada con una muger prostituida para hacer un vergonzoso comercio de su belleza, y esotra sacrifica su hacienda y tranquilidad haciendo la desolacion de su familia.

Hay madres desnaturalizadas que entregan sus hijas á personas que no las fiarian la menor alhaja, para venirse á adorar un Dios clemente, que la primera obligacion que las impone es la de cuidar por sí mismas de la educacion de sus hijos. Otras, separadas de los placeres mundanos que ya no pueden disfrutar, aquí ante su Dios se hacen una virtud de los vicios agenos.

Estas naciones bárbaras, caro Kanhuiscap, muy dificilmente pueden estar acordes consigo mismas, y su religion no se concilia mas facilmente con la naturaleza. La conducta de su

Dios para con ellos, no es mas consecuente que la de ellos con él *. Lo mismo que nosotros reconocen un Dios criador : pero difiere del nuestro en que no es mas que una pura substancia, ó por mejor decir, un conjunto de todas las perfecciones. Su poder, no tiene límites ; es invariable : la sabuduria, la bondad, la justicia, el poder absoluto y la inmutabilidad forman su esencia : este Dios siempre ha existido y existirá. Hé aquí la definicion que de él me han dado los cuzipatas de este imperio, que nada ignóran de cuanto ha pasado aun desde antes de la creacion del mundo.

Este Dios puso el hombre sobre la tierra, como en un lugar de delicias : luego le sumergió en un abismo de miserias y males ; y despues destruyó todo el género humano. Sin embargo un hombre se libertó de la ruina total ; y volvió á poblar el mundo de hombres todavía peores que los primeros. Con todo, en vez de castigarles, Dios escogió un cierto número de ellos, les dictó leyes, y les prometió enviarles á su hijo : pero este pueblo ingrato, olvidando los benéficios de su Dios, sacrificó el hijo, prenda la mas cara de su ternura. Este crimen

* Siempre es el mismo Peruano que habla.

excitó la cólera de Dios, y esta nacion experimentó los efectos de su venganza; errante sin cessar de un reino á otro, ha llenado el universo del espectáculo de su castigo; y aquel hijo prometido prodigó sus beneficios á otros hombres que entonces eran mas dignos de la cólera celeste: por ellos instituyó nuevas leyes, muy poco distintas de las antiguas.

Hé aquí amigo mio, la conducta que este Dios ha tenido con los hombres. ¿ Como se le pone de acuerdo con su esencia? Es todo poderoso inmutable: creó los pueblos para hacerlos felices, y no obstante ninguna felicidad real les liberta de las enfermedades humanas: quiere hacerles dichosos, y sus leyes prohiben el placer que hizo para ellos, como ellos para el placer: es justo y tolera á los descendientes los mismos crímenes, que castigó severamente á los padres: es bueno, y su clemencia se cansa casi tan pronto como su severidad.

Persuadidos como lo estan, de la bondad poder y sabiduria de este Dios, tal vez creerás que los Españoles, fieles á sus leyes las siguen escrupulosamente: si lo crees, te equivocas. Abandonados desenfrenadamente á los mismos vicios que la ley prohibe, prueban que la justicia de este Dios no es bastante, pues no castiga las

acciones que prohibe, ó que su voluntad es demasiado rigida, prohibiendo acciones que su excesiva bondad no le permite castigar.

CARTA XIVª.

AL MISMO.

Aza en medio de sus reflexiones se acuerda siempre de Zilia. — Intrigas é hipocresía de las Españolas.

Acaso habras pensado, fiel amigo, que el tiempo ha suavizado la impaciencia que devoraba mi corazon; tu error es escusable, porque yo mismo he dado lugar á él. En efecto las reflexiones que has visto ocuparme durante algun tiempo no pueden salir sino de un ánimo tranquilo, como tu lo has creido : abandona un error que me ofende. Muchas veces la impaciencia toma las armas crueles de una tranquilidad aparente : demasiado lo tengo experimentado. Mi espíritu contemplaba con incertidumbre los varios objetos que se me presentaban á la vista, y mi desasosiego no encontraba ningun alivio. Siempre presente á mis ojos, la memoria de Zilia no me dejaba un instante en los mismos

momentos en que mi filosofia te parecia un seguro garante de mi reposo.

Las ciencias y el estudio pueden proporcionar alguna distraccion, pero nunca hacen olvidar las pasiones; y aun cuando fuese posible, poca seria su influencia sobre una inclinacion que la razon autoriza. Tu lo sabes: mi amor no es uno vapor pasagero de aquellos que el capricho engendra y muy luego disipa: la misma razon que me hizo conocer mi corazon, me enseñó que nació para amar; con su antorcha vi el amor ¿pude acaso dejar de seguirla? Me presentó la hermosura en los ojos de Zilia; me hizó sentir su poder, sus dulzuras, mi felicidad, y muy lejos de oponerse á mi dicha, la razon me dictó que muchas veces no es otra cosa mas que el arte de crear y hacer durables los placeres.

Ahora juzga, Kanhuiscap, si la filosofia ha podido disminuir mi amor: las reflexiones que hago sobre las costumbres de los Españoles solo pueden aumentarlo; y la desproporcion de virtud, belleza y cariño que noto entre las mugeres de este pais y Zilia, me hacen sentir demasiadamente el estar separado de ella.

El inocente candór, la amable franqueza, los suaves transportes á que su alma se entregaba,

aquí no son otra cosa mas que unos velos con que encubre el desorden y la perfidia. Ocultar el ardor mas vivo para manifestar otro que no se siente, lejos de castigarse como crimen se considera como una prueba de ingenio. Querer agradar á alguno en particular, es un crimen, y no agradar á todos es una verguenza: tales son los principios de virtud que aquí inculcan á las mugeres. Cuando alguna ha tenido la fortuna; (si así se puede llamar) de conseguir la fama de hermosa, debe prepararse á recibir los obsequios de una multitud de adoradores, á quienes ha de manifestar su agradecimiento, por lo menos con una mirada cada dia. Cuando la que goza de esta reputacion es lo que llaman presumida ó coqueta, su primer movimiento se dirige á descubrir entre sus númerosos adoradores cual es el mas opulento: hecho este descubrimiento todo su esmero debe dirigirse á agradarle; si lo consigue, se casa con él, y luego consulta su corazon. Su hermosura adquiere nueva celebridad, vá diariamente á los templos y paseos públicos: allí, á través de un velo que la evita el ponerse colorada y bájar los ojos, pasa en revista á toda la tropa fiel.

Juan y Pedro muy pronto dividen su corazon; titubea entre los dos, se decide en favor

del primero, oculta su eleccion á ambos, y les deja suspirar. Sin desalentar á Pedro, hace felíz á Juan, luego se digusta de él, vuelve á Pedro que muy pronto abandona por otro. No es esta la mas dificil de sus empresas : es menester que persuada á todo el mundo que adora á su marido y que baga conocer á este su felicidad de poseer una muger tan recatada.

Tambien el público tiene otro encargo, que desempeña con mucha exactitud, cual es el de recordar al marido que se ha casado con una muger hermosa.

Estos egemplos contagiosos han pervertido el corazon de todas las mugeres sin exceptuar el de Zulmira. Creo que desde su niñéz contrajo la peligrosa pasion de querer agradar. Sus movimientos los mas mínimos, sus miradas las mas indiferentes siempre tienen un no sé qué, que parece salir del corazon : sus discursos son lisongeros, sus ojos apasionados, y su voz afectuosa muchas veces se pierde en suspiros. De este modo, caro Kanhuiscap, por diferentes secretos, aquí la virtud tiene las exterioridades del vicio, y este se cubre con el velo de la virtud.

CARTA XVª.

AL MISMO.

AZA, instruido de la tierra, los astros y el trueno, abandona las preocupaciones de su nacion.

¡O verdad que todavía me sorprende! ¡O conocimiento profundo! Amigo mio, el sol, esta obra maestra de la natureleza, no es un dios; tampoco lo es la tierra *, esa madre fecunda que nos alimenta. Un criador distinto del nuestro los ha producido, y con una sola mirada puede destruirlos. Confundido en un vasto caos, envueltos con una materia tosca, del seno de la confusion sacó los astros luminosos y los pueblos que les adoran: á toda la materia le dió una virtud productiva: á su voz, el sol distribuyó la luz; la luna recibió sus rayos y nos los transmitió: la tierra produjo y con su jugo alimentó estos árboles y animales que adoramos: el mar que solo un dios podia domar, nos alimenta con los pescados que con-

* Los Peruanos adoraban la tierra bajo el nombre de MAMACHAA.

tiene; y el hombre creado dueño del universo reinó sobre todos los animales.

Hé aí, caro amigo, los misterios cuya ignorancia ha causado nuestra desgracia. Si hubiesemos conocido los secretos de la naturaleza como los Españoles, habriamos sabido que los rayos que disparaban contra nosotros no es otra cosa mas que una porcion de materia que existe en nuestros climas; que Yalpor mismo, ese dios tan terrible, es un vapor que la tierra produce, sin que en su caida tenga otro guia que el acaso: que esos hamas furiosos que huían ante nosotros, pudieramos haberlos sometido: testigos tranquilos de la grandeza de nuestros padres ¿hubiéramos quizas servido de triunfo de estos bárbaros?

En efecto, Kanhuiscap, parece que la naturaleza nada ha ocultado á estos pueblos, conocen sus combinaciones las mas ocultas; leen en la boveda celeste y en los profundos abismos, y parece que la naturaleza ya no puede variar lo que ellos han previsto.

CARTA XVI[a].

AL MISMO.

Practicas de religion hipócritas y supersticiosas de los Españoles. — Reflexiones juiciosas de Aza sobre los autos de fe.

¿Quien hubiera pensado, amigo mio, que estos pueblos, al parecer guiados por el buen sentido, son esclavos de los caprichos de sus abuelos? Una opinion recibida debe seguirse aunque sea falsa; no es posible combatirla sin exponerse á ser tachado de originalidad.

El sentimiento natural, esta voz tan distinta que nos habla sin cesar, esta antorcha brillante, una preocupacion la ha apagado: es un tirano no menos poderoso aunque aborrecido: un trapacero no menos peligroso aunque conocido. Sin embargo fácilmente se venceria este tirano, si no tuviese un apoyo aun mas temible cual es la supersticion. Esta falsa luz que aquí guía la mayor parte de los hombres, les obliga á preferir las opiniones fabulosas dejando la fuerza de la verdad. Un hombre que visita los templos varias veces al dia, si se presenta

en ellos con un aire hipocríta y devoto, por muy vicioso que sea, aun cuando cometa cualquier crimen, será generalmente estimado, al paso que el virtuoso que habrá sacudido el yugo de las preocupaciones, solo se grangeará el desprecio. El hombre de espíritu no debe dar oidos á la supersticion, y él que no la tiene pasa por un impio: aqui no basta el ser sabio, es menester añadir á este título el de devoto, ó conformarse con el epiteto de libertino. Los que distribuyen la estimacion pública, esa casta de gente tan despreciable en sí misma, nunca admiten una clase intermedia: el no ser dev ot onilibertino, para ellos es un problema; es á sus ojos deslumbrados ser un monstruo como los amfíbios.

Los Españoles tienen dos divinidades, la una preside á la virtud y la otra al crimen. Si te contentas de sacrificar interiormente á la primera sin afectacion, pronto te acusan de adorar á la otra; no porque el imperio de la virtud sea absoluto; sus secuaces deben precaverse mucho contra las asechanzas de los del crimen; pues no pueden parecer al público sin armarse para defenderse de los malvados, y aun no siempre con esperanzas de buen excito. Uno de estos dias prendieron á un hombre que habia cometido

muchos crímenes y se decia públicamente que sin duda el demonio le habia conducido de la mano para llegar á tal exceso de abominacion ; sin embargo de que llevaba colgado en el cuello una especie de cordon que los cucipatas habian consagrado al dios de bondad ; en la una mano tenia unos granos ensartados en otro cordon, que segun dicen tiene el poder de alejar el espíritu maligno, y en la otra el puñal con que cometia sus atrocidades.

Ayer me condujeron á un plaza muy grande en donde un gentío inmenso manifestaba un excesivo jubilo viendo quemar algunos de sus semejantes. El vestido original que llevaban puesto y el aire de satisfaccion de los sacrificadores que los conducian como en triunfo, me los hicieron tomar por algunas víctimas humanas que estos salvages inmolaban á sus dioses. Figúrate cual seria mi admiracion cuando supe que el dios de esos bárbaros abomina no solo la sangre humana sino tambien la de los animales. ¡ Que horror se apoderó de mi al acordarme que estos odiosos sacrificios, unos sacerdotes desordenados, los hacian en loor de un dios de bondad! Estos bárbaros cucipatas ¿ creerán con eso aplacar la cólera de su dios? Aun mas debe irritarle la expiacion que los mismos

crímenes cometidos, porque estos muchas veces suceden á un acaloramiento, y aquella siempre es á sangre fria. Kanhuiscap, ¡que horror!

CARTA XVIIª.

AL MISMO.

Aza prosigue comunicando á su amigo sus ideas sobre los conocimientos filosóficos que vá adquiriendo.

El deseo que manifiestas de instruirte, amigo mio, me es muy satisfactorio, al paso que me pone en una confusion. Me pides explicaciones ciertas sobre los descubrimientos que te he comunicado; tus dudas son discupables, pero yo no puedo satisfacerte. Hace poco tiempo hubiera podido hacerlo, porque concebia las cosas mas fácilmente que las escribia, y mi espíritu mas velóz que la mano veia evidencia en lo que ahora no vé sino dudas. Hace dos dias que creí la tierra redonda, y ahora quieren persuadirme que es llana. De estas dos ideas el buen juicio solo admite una indubable, á saber, que no puede ser ambas cosas á un tiempo; así es que muchas veces el error nos conduce á la certeza.

No hace mucho tiempo que un hombre de estos que llaman filósofos, me decia que el sol dá vuelta á la tierra; me convenció y le creí: vino otro y me dijo lo contrario. Hice llamar el primero para juzgar entre ambas opiniones, y cuanto pude aprender de sus disputas fue que es posible que uno y otro planeta hagan esta circonvolucion, y que el abuelo del uno de los disputantes fue Alguasil.

Hé aquí todo lo que me enseña el comercio de estas gentes, cuya ciencia me sorprendió en el principio: lo que mas me admira es la estimacion particular que se hace de ellos. ¿Es posible que una nacion tan ilustrada haga tanto caso de hombres que no tienen otro mérito que el de pensar? Es preciso que el buen juicio sea muy escaso en este pais.

Un hombre piensa singularmente, habla poco, nunca se rie, discurre siempre, es orgulloso, pero pobre y no puede llamar la atencion con sus vestidos lujosos; suple esta falta y se distingue cubriéndose de andrajos: este es un filósofo, y por consiguiente puede ser desvergonzado.

Otro, todavía jóven, quiere que la filósofia sea una dama de la corte, ocultándola bajo la magnificencia de sus vestidos, el afeite y los ador-

nos; es alegre, jovial, acompañada de todos los perfumes: la gente acostumbrada á juzgar por las apariencias ya no la conocen, y el filósofo no es mas que un presumido. Sospecharle de pensar, seria lo mismo que acusarle de constante.

Zais tenia vapopores, me decia Alonso, y era necesario darles un pretexto; la filosofia pareció uno bastante plausible, y Zais se dedicó á pasar por filósofa: ya creyó serlo porque el capricho, la misantropía y el orgullo la ponian en posesion de este pomposo título: solo la faltaba hallar un amante tan singular como ella, y en efecto lo consiguió.

Zais y su amante forman una academia, su casa es un observatorio, y aunque Zais ya no es una niña, en los járdines es Flora, y en el balcón Urania: su amante tan singular como desgraciado es un celadon, ¿que la falta á un espectáculo tan ridículo? Nada mas que espectadores.

La filosofia, Kanhuiscap, aquí es menos el arte de pensar, que el de pensar singularmente. Todos son filósofos; sin embargo parecerlo y serlo no es lo mismo.

CARTA XVIIIª

AL MISMO.

Conducta de los Españoles con sus mugeres. — Amores de las monjas.

De todo cuanto veo que me causa admiracion, nada encuentro mas estraño, querido Kanhuiscap, que la conducta de los Españoles con sus mugeres. El particular esmero con que procuran tenerlas escondidas entre rejas y paredes, casí daria lugar para creer que mas bien son robadores que maridos; pues yo no veo que pueda animarles otro interés que el temor de que los legítimos dueños pretendan recobrar un bien que les han robado, de lo contrario, no entiendo porque se han de avergonzar de adornarse con los dones del amor.

Estos bárbaros, no conocen el placer de presentarse en público al lado de un objeto amado, ostentar á la faz del universo la delicadeza de la eleccion, ó el precio de la conquista, arder en público de la llama encendida en secreto, y ver perpetuar en mil corazones

los obsequios que ni uno solo puede tributar á la belleza. ¡ Zilia! ¡ ó mi adorada Zilia ! Dioses injustos y crueles! ¿porque todavía me privais de su vistá ? Mis miradas únidas á las suyas por el cariño y el placer, enseñarían á estos hombres groseros que no hay adorno mas precioso que las cadenas del amor.

Sin embargo yo creo que los zelos son la causa de que los Españoles encierran á sus mugeres, ó por mejór decir, la pérfidia de estas obliga los maridos á conducirse con tanta tiránía. El juramento mas facil es el de la fe conyugal, y por lo mismo no es estraño que lo quebranten con la misma ligereza. Diariamente se ven dos mayorazgos ricos, unirse sin gusto, habitar juntos sin amor, y separarse sin sentimiento. Aunque este estado no te parezca infelíz, cree que no deja de serlo, porque yo considero que el hombre aun cuando su muger le amé puede no ser felíz, pero siempre es desgacia el ser aborrecido.

La vírginidad que la religion prescribe, no se guarda con mas escrupulosidad que la ternura conyugal, ó por lo menos muy superficialmente.

Aquí hay vírgenes consagradas á la divinidad bien así como en la ciudad del sol; pero tratan

familiarmente con los hombres; solo una reja los separa. Sin embargo no puedo atinar en que se funda esta separacion; pues si son bastante castas para guardar la virtud entre los hombres que ven continuamente ¿de que les sirve ha reja? y si el amor penetra en su corazon, una separacion excitativa que egerce toda su influencia en los ojos y el corazon, es un obstáculo muy miserable.

Una especie de cucipatas estan perennes junto á estas vírgenes, llamadas monjas; y bajo pretexto de inspirarlas mayor pureza en el culto, las infunden y excitan sentimientos de amor que las devoran: el arte que parece desterrado de su corazon, reside en sus gestos y modo de ataviarse. Un pliegue artistamente hecho en el velo, una mirada humilde, una actitud estudiada, hé aquí lo suficiente para ocupar la cuarta parte del año, el tiempo, las penas y aun las noches de una monja; por ello sus ojos son mas hábiles que los de las demas mugeres: son un cuadro que retrata todos los sentimientos del corazon; ternura, inocencia, languidéz, cólera; dulzura, desesperacion y placer, todo, todo lo exprimen; y si el velo cubre un instante esta pintura, es solamente para substituir otro cuadro no menos interesante que el primero.

¡Que diferencia de la última mirada de una monja á la que la sigue! Todo este arte; un solo hombre lo dirige: un cucipatas que tiene la direccion de una casa de vírgenes, arrastra las atenciones de todas ellas, y todas se esmeran para agradarle; para conseguirlo, se vuelven presumidas, y el director por muy grosero que sea, se vé en la precision de tomar un cierto aire de afectacion, aun cuando no sea sino por agradecimiento; y seguro de agradar, aun busca nuevos medios de hacerse amar; lo consigue en tanto grado que se hace adorar. Juzgalo por este rasgo. Me dijeron que una monja habia adornado la cabeza del Dios de los Españoles con el pelo de un fraile; tambien me han comunicado una carta que una monja escribió al padre fray T. . . . , cuyo contenido poco mas ó menos dice así.

« ¡Jesus! padre mio, ¡que injusto es Vm.!
» Dios me es buen testigo que el padre Angel
» no me ocupa ni un solo instante y que muy
» lejos de haberme extasiado con su sermon,
» como Vm. me lo echa en cara, mientras duró
» estuve continuamente pensando en Vm. Si
» padre mio, una sola palabra que Vm. pro-
» nuncie hace mas impresion en mi corazon,
» en este corazon que Vm. no conoce suficien-

» temente, que todo cuanto pudiera decirme
» el padre Angel en el espacio de muchos años,
» aun cuando fuese en el locutorio de la madre
» abadesa, y que el creyese estar á solas con
» ella.... Si mis ojos parecian inflamarse, es
» porque me ocupaba de Vm. mientras que él
» predicaba. ¿ Porque no penetra Vm. en mi
» corazon para leer aun mas de lo que escribo?
» Sin embargo Vm. ha venido al locutorio sin
» haberme llamado; ¿acaso Vm. me ha olvidado
» acaso ha olvidado......? Ayer durante la
» salve no me miró Vm. ni una sola vez. ¿ Qui-
» zas Dios querrá afrigirme hasta privarme de
» los consuelos que recibo de Vm.? Por Dios
» padre mio no me abandone Vm. en la langui-
» déz que me consume. Estoy tan desazonada
» que cualquiera que me vea tendrá lástima de
» mi, y si Vm. no me compadece, pronto no
» conocerá á la desventurada Teresa. Nuestra
» tornera entregará á Vm. una torta de almen-
» dras echa por mis manos, y la acompaña un
» billete que la hermana A..... escribe al
» padre fray X..... que he conseguido intercep-
» tar; su contenido, no puede menos de exci-
» tar su curiosidad. ¡ Ah!..... oigo la campa-
» na...... á dios. »

En vista de esto, amigo Kanhuiscap. ¿Po-

drás dejar de convenir que los Españoles son tan ridículos en sus amores, como insensatos en sus crueldades? Yo creo que la casa de Alonso es la única en donde reina la rectitud y el buen juicio. Sin embargo no sé que pensar de las miradas de Zulmira; demasiado tiernas para ser únicamente un efecto del arte, son muy estudiadas para salir del corazon.

CARTA XIXª.

AL MISMO.

REFLEXIONES de Aza sobre la ligereza de los conocimientos metafísicos.

PENSAR, es un oficio; conocerse, es una ciencia. No todos los hombres, caro Kanhuiscap, pueden leer en su mismo corazon. Aquí solo una especie de filósofos gozan de este privilegio, ó por mejor decir del de embrollar todos los conocimientos. En vez de dedicarse á corregir las pasiones, se contentan con saber de que dimanan, y esta ciencia que debiera sonrojar los mas viciosos, solo sirve para hacerles ver que tien un mérito de mas, cual es el talento

infructuoso de conocer sus defectos, sin que por eso procuren enmendarse.

Los metafísicos (nombre de estos filósofos) distinguen en el hombre tres partes, el alma, el espíritu y el corazon; y toda su ciencia se dirige únicamente á descubrir cual de estas tres partes produce tal ó tal accion: hecho este descubrimiento, su orgullo es inconcebible. La virtud por decirlo así, ya no les sirve; bástales saber que es lo que la produce. Semejantes á los glotones que se disgustan de un licor excelente en cuanto saben que viene de un pais que no tiene fama.

Por este mismo principio, un metafísico, fuera de sí con una ciencia que cree poco comun, no deja escapar ninguna ocasion de manifestar su sabiduría. Si escribe á su amante, su carta no es mas que un análisis exacto de las mas mínimas facultades de su alma. La fulana se crée obligada á contestarle en el mismo tono y ambos de enredan en un caos de distinciones quiméricas y expresiones consagradas por el uso, que no por eso son mas inteligibles.

Las reflexiones que haces sobre las costumbres de los Españoles, pronto te conducirán á los mismos resultados que acabo de manifestarte.

¡ Porque mi corazon no es libre, generoso amigo! Entonces te pintaría con mas viveza varias ideas que no puedo ordenar en medio de mi continua agitacion : ya se acerca la época de acabarse mis desgracias : al fin Zilia va á parecer ante mis ojos impacientes : la idea de este placer entorpece mi entendimiento. Vuelo á su encuentro ; la veo que su impaciencia iguala á la mia, que se interesa en mis placeres ; nuestras lágrimas se confunden. Reunidos al cabo de tantas desgracias... ¡ Que saeta emponsoñada ha atravesado mi corazon ! Kanhuiscap ¿ en que situacion va à encontrarme ? Vil esclavo de un bárbaro, cuyas cadenas tambien ella arrastra ; en la corte de un vencedor orgulloso ¿ conocerá acaso á su amante ? ¿ Podrá creer que aun respira ? Ella es esclava. ¿ Podrá creer que los obstáculos han podido... ? Kanhuiscap, ¿ que debo esperar ? ¿ Cual será mi suerte ? Cuando yo era digno de ella, dios cruel, tu la arrancaste de mis brazos, y ahora quizás te complaceras en presentarme en ella un testigo de mi ignominia. Y tu bárbaro elemento que me restituyes el objeto de mi amor ¿ me restituirás mi pasada gloria ?

CARTA XXª.

AL MISMO.

DESESPERACION de Aza creyendo á Zilia naufragada.

¡QUE divinidad cruel me arranca del sepúlcro! ¡Que bárbara piedad me restituye una vida que abomino! Kanhuiscap, mis desdichas renacen con mi vida, y mis fuerzas aumentan con el exceso de mi tristeza..... Zilia ya no existe..... ¡Horrible desesperacion! Cruel memoria! Zilia ya no existe!..... y aun respiro! y mi mano que mi dolor debiera inutilizar, todavía puede formar estos lazos que conduce la zozobra, baña el llanto, y la desesperacion te dirige.

Desde que has despedazado mi corazon con la mas aguda saeta, vanamente el sol ha andado el tercio de su carrera: en vano el abatimiento y la inexistencia han tenido mi alma cautiva hasta este dia. Mi dolor inútilmente retenido, lejos de disminuir vá tomando nuevas fuerzas. La he perdido! Un espacio inmenso nos separa, y aun en este momento la pierdo. El golpe cruel que me la quita, el pérfido elemento que la de-

vora, todo, todo se presenta sin cesar á mi dolor. Veo á Zilia fluctuando sobre las bárbaras olas. El sol se obscurece con los horrores de los profundos abismos, el mar se abre y esconde su crimen á ese dios; pero no puede quitarmela. Entre las aguas veo el cuerpo de Zilia, sus bellos ojos..., su pecho..., una palidéz mortal... Amigo mio!... Muerte inexorable!... Muerte que huyes de mi!.. Dioses, aun mas crueles en vuestra bondad que en vuestro rigor! Dioses que me dejais la vida ¿porque no reunis dos seres que no podeis separar?

Caro Kanhuiscap, en vano llamo á la muerte, se aleja de mí, la bárbara ensordece á mi voz, y reserva su guadaña para los que la huyen.

Zilia, adorada Zilia, oye mis gemidos, mira mis lágrimas, ya no existe, y yo solo vivo para derramarlas: ¡ojala que me anegue en el torrente que formarán!... Que no pueda... Que! no existes, alma de mi vida! Tu... mis manos se niegan á prestarme su auxilio. El dolor me sofoca..., la horrible desesperacion..., las lágrimas..., el amor..., un frio mortal..., Zilia... Kanhuiscap... Zilia...

CARTA XXIª.

AL MISMO.

AZA restablecido de una peligrosa enfermedad con los esmeros de Alonso y Zulmira.

CUAL será tu admiracion, caro Kanhuiscap, cuando estos lazos apenas formados con mis débiles manos, te dirán que todavía vivo? Mi dolor, mi desesperacion; el tiempo discurrido sin instruirte de mi suerte, todo, todo ha debido confirmarte mi muerte. Seca el llanto que has tributado á la amistad, á la estimacion y á la desgracia; pero ruégote que la vida que aun conservo no te haga deplorar mi flaqueza: la perdida de Zilia en vano debiera ser la de mi vida, los dioses que parecian deber excusar el crímen que hubiera cometido dándome la muerte, me han quitado la fuerza de cometerlo.

Abatido con el dolor, apenas he sentido una muerte cercana que iva á dar fin con todas mis desgracias. Una enfermedad peligrosa oprimia mis facultades y me hubiera conducido al sepulcro, si la funesta amistad de Alonzo no hubiera prolongado el término de mis dias.

Aun respiro: pero solo para ser el blanco de los tormentos mas crueles. En el horrible estado en que me hallo, todo me es importuno. La amistad de Alonso, el dolor de Zulmira, sus atenciones; sus lágrimas me molestan. Solo conmigo mismo, en medio de los hombres que me rodean, no los veo sino para huir de ellos. Pueda, Kanhuiscap, un amigo menos desgraciado, recompensarte de tu virtud! Amante demasiado infelíz para ser amigo sensible, yo no puedo saborear las delicias de la amistad, cuando mi amor me hace sufrir los mas acerbos dolores.

CARTA XXII[a].

AL MISMO.

Alonso y Zulmira procuran disipar el dolor de Aza.

Enfin, la amistad me conserva para tí, para mí mismo, Kanhuiscap; Alonso, demasiado conmovido de mis males, ha querido disiparlos ó al menos ser participe de mi tristeza. Con este objeto, me ha llevado á una casa de campo á pocas leguas de Madrid. Allí he gozado el suave placer de no hallar nada que no estuviese

en armonía con el abatimiento de mi corazon. Un bosque inmediato al palacio de Alonso, durante mucho tiempo ha sido el fiel depositario de mi secreta tristeza. Allí solo veia objetos á próposíto para alimentar mi dolor. Asperos peñascos, montañas elevadas, desnudas de todo verdor, turbios arroyos que corrian entre los lodazales, pinos ennegrecidos cuyas ramas amenazaban la bóveda celeste, áridos cespedes, flores marchitas, cuervos y culebras, hé aquí los únicos testigos de mi eterno llanto.

Muy pronto supo Alonso arrancarme de aquel triste recinto. Entonces ví cuanto los males se suavizan cuando otro participa de ellos, y tambien cuanto debia al cariñoso esmero de Zulmira y Alonso. No hay color, caro Kanhuiscap, que pueda pintarte con bastante viveza el sentimiento que les causan mis degracias. Zulmira, la tierna Zulmira las honra con sus lágrimas. Su tristeza casí es igual á la mia. Pálida, abatida, sus lágrimas se confunden con las mias mientras que Alonso, se lastima de mis infortunios.

CARTA XXIII^a.

AL MISMO.

AMORES de Zulmira, y sus consecuencias.

ZULMIRA que prodigaba todos sus desvelos al desventurado Aza, Zulmira que le ayudaba á sobrellevar los males, que temblaba por su vida, vá á perder la suya: cada instante aumenta su peligro y disminuye sus fuerzas.

Cediendo enfin al cariño, á las suplicas de su padre sollozando á sus pies, sin ninguna esperanza de socorrerla, y aun tal vez mas á los movimientos de su corazon, Zulmira ha hablado. Yo soy, es Aza, que nunca abandonará el infortunio, quien la dá la muerte; es este desgraciado cuyo corazon despedazado, solo respira la desesperacion, y á quien el amor ha convertido toda su sangre en un veneno el mas cruel.

Yo artebato Zulmira de su padre, de mi amigo; ella me ama: se muere; Alonso vá á seguirla: Zilia ya no existe.

He sentido tu dolor; ven, ayudarme á sobrelevar mis penas, me ha dicho este padre deso-

lado, ven á darme la vida con la de mi hija, ven infelíz cuyos infortunios compadezco en el momento mismo en que vengo á suplicarte que suavizes los mios. Si puedes, sé sensible á mi amistad. La virtud mas bella no podria dañar á tu amor. Ven, sigueme. Despues de estas palabras que dieron fin á sus gemidos precipitados me llevó al cuarto de su hija. Enternecido y postrado, entré temblando, la palidéz de la muerte estaba retratada en todas sus facciones, pero sus ojos amortecidos al verme se reanimaron: parecióme que mi presencia la dió la vida.

Yo muero, me dijo con una voz trémula; ya no te veré mas. Hé aquí mi mayor sentimiento. Al menos, Aza, antes que muera puedo decirte que te amo. Puedo... si, acuerdate que Zulmira lleva al sepulcro el amor que no ha podido ocultarte; que sus miradas y su corazon tantas veces han descubierto; que tu indiferencia, enfin.... No me quejo: tu sensibilidad me hubiera probado tu inconstancia. Todo entero á otra, la muerte no ha podido separarte de ella, ni tampoco podrá quitarme jamas el amor que te profeso, y la prefiero á curar de un mal que adoro, de un mal... Aza... y me alarga la mano; sus fuerzas la abandonan, cae, sus ojos se cierran; y mientras que me acuso de su muerte, mien-

tras que confundo mis gemidos con los de su padre desesperado, otros socorros la llaman á la vida. Sus ojos entre abiertos se fijan sobre mi y me retratan el amor mas tierno. Aza! Aza! me dice, no me aborrezcas. Yo me arrojé á sus plantas conmovido de su triste suerte; pero no pudiendo sostener todos los movimientos que su alma experimenta, cayó de nuevo: me llevaron de allí para evitarla nuevas agitaciones que en su estado le eran sumamente peligrosas.

¿Que puedes pensar, amigo mio, de las nuevas desgracias que estoy padeciendo, de la amargura que derramo sobre una familia á quien tanto debo? Este nuevo dolor viene à juntarse al que me acompaña en los áridos desiertos donde el amor, la muerte y la desesperacion me siguen sin cesar.

CARTA XXIV[a]

AL MISMO.

ZULMIRA restablecida.

AMIGO mio, la suerte de Alonso ha cambiado; al dolor que le consumia ha sucedido el

placer mas puro. Zulmira próxima á bajar à la tumba ha recobrado la vida y la salud. Ya no es aquella Zulmira que la languidéz tenia reducida á los últimos vales; sus ojos animados hacen lucir las gracias de la hermosura que adornan sus tiernos años.

¿Creerás que al paso que admiro los atractivos que va recobrando, muy lejos de hablarme de su amor, parece que está confusa de la declaracion que me hizo? Sus ojos se humillan cada vez qué quieren mirar los mios. Mis penas se han adormecido. Pero ¡ah! esta calma es muy velóz! Zilia, adorada Zilia ¿como podré libertarme de mi dolor? Perdoname los instantes que te he usurpado, en adelante te consagraré todos los que me condena mi infortunio.

No creas, Kanhuiscap, que los temores que Alonso me manifiesta por la vida de su hija puedan hacer titubear mi constancia. En vano me representa el imperio de Aza en el corazon de su hija, el placer que le causaria nuestra union, la muerte que seria la consecuencia de nuestra separacion; cállome ante este padre infelíz. Mi corazon fiel á mi cariño es firme é inmovil para Zilia. No, en vano Alonso en visperas de partir para esa tierra infelíz que no verá mas á Zilia, me ofrece el poder que su in-

justo rey le dá sobre mis pueblos. No, servirse del poder de un tirano, es reconocerlo. Las cadenas podrán sujetar mis brazos, pero nunca cautivarán mi corazon. No, el bárbaro gefe de los Españoles nunca me inspirará sino el odio que alimento al dueño de un pueblo que causó todas mis desgracias y las de mi triste pátria.

CARTA XXVª.

AL MISMO.

Aza quiere casarse con Zulmira, y porque motivo.

Mis ojos se han abierto, Kanhuiscap; las llamas de amor, sin apagarse, ceden á la antorcha de la razon.

¡O llamas inmortales que devorais mi alma! ¡Zilia! Tu, cuya imagen está eternamente gravada en mi corazon, y que un fatal destino me arranca para siempre, no os ofendais si el deseo de la venganza me excita á seros infiel.

No me digas, Kanhuiscap, lo que debo á mis pueblos, á mi padre; no me hables mas de la tiranía de los Españoles. ¿Podré nunca olvidar mis males y sus crímenes? Demasiado caros

me han costado para que se borren de mi corazon. Esta cruel memoria irrita mi furor. Esto es hecho, lo consiento; voy à unirme con Zulmira. Alonso, te lo he prometido. ¿ Es acaso un crímen el dejar á Zulmira un error que adora? Ella se persuade triunfar de mi corazon. Ah! lejos de desengañarla, que goze de su dicha imaginaria, que..... solo por este medio puedo vengar mis pueblos oprimidos y mi honor ultrajado. Inmediatamente despues de nuestra union me llevarán á la tierra del sol, á esa tierra desolada, cuyas desgracias me describes. Allí haré conocer la venganza cuyos violentos transportes todavía estoy ocultando, y todo mi furor estallará sobre esta perfida nacion. Reducido á la bajeza de un vil esclavo, á disimular por la primera vez en mi vida, iré á castigar los Españoles de la traicion que me han hecho y de sus maldades, mientras que la familia de Alonso experimentará cuanto es posible á un corazon agradecido, y los respetos que se deben á la virtud.

CARTA XXVI^a.

AL MISMO.

Aza despreocupado de las supersticiones de la religion de su pais.

Si tu fueses uno de aquellos hombres unicamente dirigidos por las preocupaciones, me figuraría tu sorpresa cuando sepas que un Inca ya no adora el sol. Estrañarás que siendo perjuro á mi dios, pueda conservar la amistad en mi pecho, esta virtud que el crimen desconoce. Pero asegurado contra las supersticiones que te habia supuesto virtudes, solo conservas de Peruano el amor à la pátria, la virtud y la franqueza. Mas justas son las quejas que estoy esperando de tí. Tal vez estrañas y con razon el verme entregado á un culto que me pareció grosero, celoso por una religion cuyas contradicciones te tengo manifestadas. Yo mismo me he hecho esta objecion, pero muy pronto la he lebantado cuando he sabido que este Dios que es el autor de nuestra vida, habia dictado esta ley, y cuya conducta habia yo tenido la auda-

cia de vituperar! En efecto, ¿que importa que un obsequio sea ridículo, si lo exige el ser á quien lo tributamos? Segun este principio no me he avergonzado de conformarme á los usos que antes habia condenado. ¡Cuan respetables son las obras del ser supremo! ¡Que grandiosas! Si pudieses leer, Kanhuiscap, los libros divinos que me han confiado ¿que sabiburía, que magestad, que arcanos hallarias en ellos? Fácilmente reconocerias la obra de la divinidad. Estas contradicciones invencibles que en el principio hallaba en la conducta de este Dios, en ellos se ven justificados con la mayor evidencia. Pero no es lo mismo de la conducta de los hombres ácia su Dios.

No creas que por un efecto de la credulidad que nos es natural, he adquirido las nociones que te escribo por la relacion de un sacerdote. Siempre he conocido demasiadamente los embustes de nuestros cucipatas para creer ciegamente las fabulas de sus semejantes.

El lugar distinguido que ocupan en todas las naciones les inducen á engañarlas, y por lo comun su grandeza solo está fundada en el error de los pueblos ambiciosos. Si se viesen precisado á adquirir el imperio del mundo únicamente por medio de la virtud, la empresa les

saldria demasiado cara, y por lo mismo prefieren la seduccion y el engaño.

CARTA XXVIIª.

AL MISMO.

TURBACION de Aza dispuesto á casarse con Zulmira.

ESTO es hecho, Kanhuiscap, Zulmira me espera. Voy al altar. Ya me ves en él; pero ¿ves los recordimientos que me acompañan? ¿Ves los sacrosantos altares trémulos á la vista de un perjuro? La sombra de Zilia ensangrentada é indignada, alumbrando con una lugubre antorcha este criminal himeneo? ¿Oyes sus lamentos? « ¿Es esta, dice, perfido, la fé que me juraste, » este el amor que debia reanimar nuestras cenizas? Tu dices que me amas; que solo das tu » mano á Zulmira. ¿Tu me amas, perfido, y das » á otra un bien que no he podido disfrutar? Si » yo viviese todavía.» Que furias, Kanhuiscap, despedazan mi alma. Veo á Zulmira engañada pidiéndome un corazon sobre el cual ha adquirido unos derechos legítimos. Mi padre y mis pueblos la cerviz doblada bajo el insoportable peso de un yugo cruel, reclaman en mi su liber-

tador. Veo mi promesa, veo..... Corro á cumplirla.

CARTA XXVIII[a].

AL MISMO.

Aza instruido de la llegada de Zilia á Francia, deja Alonso y Zulmira para ir á encontrarla.

Zilia vive. ¿Donde hallaré un mensagero bastante veloz para comunicarte el exceso de mi júbilo? Kanhuiscap, tu que has conocido todas mis desgracias, que has sabido apreciarlas, deleitate en el enagenamiento de mi alma; ¡ojala que las llamas que abrasan mi corazon, vuelen y lleven en el tuyo el cúmulo de mi felicidad!

El mar, nuestros enemigos, la muerte, nada, nada me ha robado el tierno objeto de mi amor. Vive, me ama, juzga tu cual será mi placer!

Conducida en un reino vecino cual es el de Francia, Zilia no ha experimentado otra desgracia que la de nuestra separacion y la incertidumbre de mi suerte. ¡Los dioses siempre protegen la virtud! Un Frances generoso la ha libertado de la barbarie de los Españoles.

Todo estaba preparado para unirme á Zulmira. Iva, ¡ó dioses !... Cuando he sabido que vivia, que iva á juntarse conmigo. Ningun obstáculo puede retenerla. La veré. Su melodiosa boca me repetirá los tiernos sentimientos que su mano ha delineado; puesto á sus pies podré... ¡Cielo! tiemblo de un proyecto que me causa tanta alegria. Mi felicidad me ciega. ¿Zilia vendria en medio de sus mas crueles enemigos? ¿Zilia arrostraria nuevos peligros? No, no se pondrá en camino. Voy á prevenir sus pasos. ¿Quien pudiera detenerme? Alonso, Zulmira... Los dioses han disuelto mis obligaciones con otras mas sagradas; Zilia vive. La recibo de las manos de la virtud. En vano el reconocimiento, la estimacion y la amistad la imponian la obligacion de corresponder á los sentimientos de Deterville, su libertador, ella les oponia nuestro amor, y le precisaba á respetar nuestra llama. ¡Lucha gloriosa! ¡Esfuerzo que admiro Deterville sofoca su amor, y olvida los derechos que ha adquirido sobre ella: aprende su generosidad; él es quien nos reune.

Zilia, Zilia! voy á gozar de mi felicidad. vuelo en pos de ti, á verte y á morir á tus plantas de placer.

CARTA XXIX^a.

AL MISMO.

Aza zeloso de Deterville, y por qué motivo.

Amigo mio, no acuses sino á Zilia de mi silencio. La he visto. No esperes que te exprima el enagenamiento que me causó el primer instante que se presentó á mis ojos, seria necesario para sentirlo, amar á Zilia como yo la amo. ¿Unos tormentos hasta ahora desconocidos debian venir á perturbar una felicidad tan pura? Desde el seno del placer, al cumulo del dolor, no hay distancia. Despues de tantos deleytes, mil saetas despedazan mi corazon. Mi cariño me es odioso, y cuando quiero desamar, siento con mas violencia toda la fuerza del amor.

He podido sobrellevar al dolor que me causó la perdida de Zilia, pero no puedo soportar la que estoy temiendo. ¿Quizas ya no me ama?.... ¡O idea pesarosa! Cuando aparecí antes sus ojos, el amor deramó en mi alma un torrente de placer con una mano y con la otra el mas acerbo dolor.

En los primeros transportes de una felicidad tan pura, cuya dulzura ni aun puedo exprimirte, Zilia se escapó de mis brazos para leer una carta que le habia entregado una jóven que me presentó. Inquieta, confusa y enternecida, las lágrimas que acababa de dar al placer ya solo corrian por el dolor, y con ella inundaba aquella carta fatal. Su llanto me hacia temer desdichas, cuando la ingrata disfrutaba placeres; el dolor que yo compadecia era el triunfo de mi rival. Deterville, este libertador cuyo elogio tantas veces Zilia me ha repetido en sus cartas, habia escrito la que mis zelos causaba. La pasion mas ardiente la habia dictado, y alejándose de ella en el momento mismo en que la restituya á su rival, colmaba su generosidad y el dolor de Zilia. Esta supo explicarmela con una una viveza, unas expresiones tan superiores al agradecimiento, que me obligó á admirar una virtud que en aquel cruel instante me asesinaba. Entonces procuré encubrir mi dolor con una serenidad de ánimo inalterable. Muy pronto me aparté de la presencia de Zilia, y enteramente entregado la desesperacion nada puede aliviarla. Cada reflexion que hago es un nuevo dolor, que me arrebata la esperanza y la felicidad. ¡Perderé el corazon de Zilia! Ese cora-

zon...... ¡Cruel idea que no puedo sobrellevar! ¿Mi rival seria felíz? ¡Ah! harto es demasiado el conocer que merece serlo!

¡Zelos horribles! tus víboras crueles han penetrado en mi corazon. Mil temores..... negras sospechas..... Zilia, su virtud, su cariño, su belleza, tal vez mi injusticia, todo me conmueve, me atormenta, me pierde. En vano mi dolor se oculta bajo una tranquilidad aparente; quiero hablar, quejarme, y enmudezco, ¿que diré á Zilia? ¿Acaso puedo echarla en cara el amor que inspira á Deterville centro de la virtud? ella no recompensa su cariño. Pero, ¿porque la prodigo alabanzas, porque repito continuamente su elogio?..... Amor, manantial de mis placeres ¿porque lo fuiste de mis males? . .

CARTA XXX[a].

AL MISMO.

Los zelos de Aza toman mayor incremento. — Se persuade que Zilia es infiel.

¿En donde estoy, Kanhuiscap? ¡que tormentos arrastro conmigo! Mi alma está abrasa-

da del furor mas cruel. Zilia, la pérfida Zilia, pálida é inquieta lamenta la ausencia de mi rival. Deterville huyendo de ella ha conseguido un triunfo. ¡Cielo! quien será la víctima de mi rabia! es amado, Kanhuiscap, no puedo dudarlo. La bárbara ni aun quiere ocultarme su infidelidad. Como todavía le queda un resto de su inocencia, conociendo el crimen, detesta la impostura. Leo su perjurio en sus ojos, su misma boca tiene el atrevimiento de confesarmelo, repitiendo continuamente un nombre que me es odioso. Donde huiré: cerca de Zilia sufro los mas crueles tormentos y lejos de ella muero.

Cuando, seducido con la dulzura de sus miradas, se derrama por un instante alguna tranquilidad en mi alma, creo ser amado. Este placer infunde en todo mi ser un enagenamiento que suspende todas mis facultades: vuelvo en mi, quiero hablar; empiezo, me interrumpo, y enmudezco. Los sentimientos que se suceden á la par en mi angustiado corazon me perturban, me alucinan, y no puedo explicarme. Un recuerdo funesto, Deterville, un suspiro de Zilia, reaniman los efectos que vanamente deseo calmar. Hasta las sombras de la noche no pueden libertarme de su cruel influencia. Si por

un rato me entrego al sueño, Zilia infiel me despierta: veo Deterville á sus pies, y á ella escuchándolo con placer. Muy pronto el sueño huye de mis ojos, y la luz me ofrece nuevos dolores. Siempre entregado al furor de los zelos, su llama ha secado hasta mis lágrimas. Zilia, Zilia! ¡Cuantos males han nacido de tanto amor! te adoro, te ofendo. ¡O Dios! te pierdo.

CARTA XXXIª.

AL MISMO.

AZA se acusa de los efectos de sus zelos.

ZILIA, amor, Deterville, zelos funestos! ¡que enágenamiento! una nube me ofusca las palabras que escribo. Kanhuiscap, yá no me conozco. En el frenesí de los mas crueles zelos, he disparado saetas que han atravesado el corazon de Zilia. Esta escribía á Deterville, y la carta todavía estaba en sus manos. Un momento funesto há trastornado mi juicio. He formado el proyecto mas indigno..... Mi palabra, la religion que he abrazado, todo me ha servido.

Los pretextos mas efírmeros, me han parecido leyes equitativas para abandonar á Zilia. El fallo está echado con la mayor barbarie. Un cruel adios.... ¡que momento!.... ¿Lo he podido?..... Si, Kanhuiscap, la he abandonado. Zilia, á mis plantas, sus sollozos, los mios á punto de confundirse con los suyos.... Deterville, cruel recuerdo! Furioso, la he abandonado. Pero muy luego, á pesar de mi obstinacion quiero volver á verla, pero hallo mil obstáculos. ¡Dioses! ¿Que he hecho? ¡La verguenza me humilla! El arrepentimiento me mata!

CARTA XXXII[a].

AL MISMO.

AZA concibe nuevas sospechas de Zilia. — Zulmira proyecta una venganza estrepitosa.

No estrañes mi largo silencio. El cruel estado de mi corazon no me ha permitido instruirte antes de mi suerte. No creas que el remordimiento, me eche en cara mis sospechas todavía demasiado fundadas. Zilia, su

perfido corazon y no el mio es el que debe sentirlo. Si, Kanhuiscap, sus gemidos, sus lágrimas, sus clamores solo fueron un efecto de la verguenza, restos que la virtud cuando nos abandona, todavía deja en nuestro corazon, y solo para borrarlos la cruel se ha negado á volverme á ver. Su obstinacion me ha precisado á alejarme. Retirado al extremo de la misma ciudad, ignorado de los hombres, entregado enteramente á mi profundo dolor y á mi infortunio, me esfuerzo para olvidar la ingrata que adoro. ¡ Desvelos inútiles ! á pesar mio el amor penetra en mi corazon y á pesar mio permanece. En vano quiero arrojarlo, los zelos lo alimentan, y si quiero echar de mi los zelos, el amor los fomenta de nuevo. Juguete lamentable de ambas pasiones, mi alma se divide entre el cariño y el furor. A veces me arrepiento de mis sospechas, y otras de mi amor. ¿ Puedo adorar una ingrata ? ¿Puedo olvidar la que adoro ? Pero por muy grande que sea mi amor, nada puede servirla de escusa. ¿ Porque no me ha aborrecido ? mas facil es perdonar el odio, que la pérfidia.

La tierna amistad de Alonso ha conseguido descubrir el asilo, en donde me tiene escondido el dolor y todos los males destructores de

nuestro ser. Zulmira me escribe quejándose amargamente; diceme que soy un ingrato, que ni mi palabra ni sus lágrimas, no bastan para hacerme regresar á Madrid: que solo la he conservado la vida para abandonarla á unos tormentos cien veces mas crueles que la misma muerte. Dice que quiere venir á Francia, para señalar su furor y mi perjurio, vengar su padre y su amor ultrajado. Cada palabra de su carta es una saeta que me atraviesa el corazon. Conozco demasiado la violencia de la desesperacion para no temer sus efectos. Zilia es el desgraciado objeto de su rabia, y no quiere parecer á mis ojos sino bañada en la sangre de aquella infelíz. Dioses vengadores de las maldades, ¿quizas permitireis que el crimen, la castique?

Detente, Zulmira, egerce contra mi todo tu furor. Deja la ingrata cuyo castigo harto cruel se lo darán sus mismos remordimientos. Así es como puedes señalar tu venganza. Pero, ¡ó Dios! ¡Zilia en los brazos de un rival! Tiemblo; ¡infelíz! tiemblo por ella, cuando la ingrata me vende. Mi cuerpo postrado de flaqueza, mi espíritu aniquilado á fuerza de sufrimientos, mientras que la pérfida, triunfando de sus mismos remordimientos, llama mi ri-

val.... infelíz! huyo.... y aun vivo! que aciaga es la existencia para quien solo respira dolor!

CARTA XXXIII[a].

AL MISMO.

INOCENCIA de Zilia. — Generosidad de Zulmira. — Desesperacion de Aza.

¡QUE he dicho! ¡que horror me rodera! Kanhuiscap, quiero que sepas mi verguenza, y si es posible, mis remordimientos, antes que mi crimen; yo mismo me ódio, y tu me odiarás. No compadezcas mas mis desgracias: complétalas con tu aborrecimiento.

Zilia no es culpable. Esta memoria la ultraja. No ignoras mis sospechas; su injusticia te instruye de mis desgracias, que no tendrán fin porque cada dia se renuevan. Despues de la pérfidia de Zilia ¿hubieras podido imaginarte que el cielo me reservase nuevos tormentos? ¿Hubieras creido que la inocencia de Zilia que debia hacerme el hombre mas felíz fuese el manantial de males los mas acerbos?

¿Como he podido alucinarme tan ciegamente?

¿Que nube densa ha obscurecido mi juicio? ¿Zilia capaz de venderme? ¿Yo ni tan siguiera pensarlo? La infelíz no quiere verme mas: mi memoria le es odiosa, me ha querido demasiado para no aborrecerme. Abandonado á mi cruel desgracia, la amistad, la confianza, nada, nada puede suavizar mis tormentos, que con su amargura contristan tu corazon sin aliviar el mio del peso que le oprime.

En vano Zulmira, vuelta en sí de su furor, me dice que lo sacrifica á mi reposo y felicidad. Retirada en una casa de vírgenes consagra á Dios su vida y sus mas tiernos años para que mi dicha sea completa. Zulmira, generosa Zulmira ¿renuncias á tu venganza? ¡Ah! si tu corazon fuese bárbaro, mucha satisfaccion hallaria en mis crueles infortunios.

Los tormentos que padezco, yo mismo me los hé acarreado, si, todos nacen de la bajeza de mis sentimientos. Para completar mi desgracia solo faltaba ser yo mismo la causa de ella, y esto se ha verificado. Zilia me amaba, estaba junto á ella, mi dicha era cierta: su cariño, sus sentimientos, mi felicidad, todo lo sacrifiqué á una vil sospecha. ¡O cruel desesperacion! He abandonado á Zilia. Yo soy.... generoso amigo ¿concibes mi situacion? ¿La

conozco yo mismo? El sentimiento, el amor, la desesperacion se disputan mi corazon para despedazarlo.

CARTA XXXIVª.

A ZILIA.

Aza confiesa sus injusticias á Zilia y la obliga á ceder.

El temor de agraviarte retiene en mis trémulas manos los lazos que estoy formando. Estos lazos que en tiempos mas felices eran tu consuelo y tu placer, Zilia, ya solo los anuda el dolor y la desesperacion.

No creas que quiera disfrazarte mi crimen: avergonzado con el arrepentimiento de haberte creido infiel ¿como me atreviera á justificarme? pero yo mismo me he castigado. ¡Que remordimientos!... Un amante que te adora!.... ¡Ah! ¿quieres aborrecerme? Mas digno soy de desprecio que de odio!

Representate un instante todos mis infortunios. Unos bárbaros enemigos te robáron á mi amor en el mismo instante que himeneo iva á coronarlo. Armado para defenderte, subcumbí

bajo sus indignas cadenas. Conducido á su pátria, es cierto que la inmensidad de los mares alimentó durante algun tiempo mis esperanzas, que sin ellas no hubiera existido. Mi corazon navegaba contigo. El naufragio creido de tus detentores me precipitó en el mas cruel error. Tu pérdida que crei cierta en nada destruyó mi cariño, y el dolor aumentó mi amor: moria para juntarme contigo, y solo he vivido para vengarte, todo lo he probado: iva á sacrificar hasta mis juramentos, en fin á unirme á pesar de los remordimientos, con una Española, comprando á este precio mi libertad y mi venganza, cuando de repente ¡ ó felicidad inesperada! supe que vivias, que me amabas: ¡ ó memoria demasiado lisongera! Vuelo á tu encuentro, á la felicidad mas pura, la mas viva..... Vana esperanza! Cruel contratiempo! Apenas sentí los primeros raptos que tu vista me inspiraba, cuando un fatal veneno, que la pureza de tu corazon no conoce, los zelos penetraron en mi alma. Esta vívora cruel ha despedazado mi corazon, un corazon que solo nacío para amarte.

El reconocimiento, la mas bella de todas las virtudes, ha causado mis injustas sospechas. Crei que Deterville habia obtenido de tí, lo que en justicia le debes, y que tu virtud pu-

diera haber confundido con tu deber. He creido..... Estas primeras ideas perturbaron mis primeros placeres. En el seno del amor, no has podido olvidar la amistad, y yo olvidé la virtud. Las alabanzas de Deterville, su carta, los sentimientos que en ella exprimia, la conmocion que te causó, el dolor que manifestaste de la pérdida de tu libertador, todo lo atribuí al efecto que yo mismo sentia, que siento aun; al amor.

Oculté en mi pecho el fuego devorador que le consumia. ¿ Cuales fueron sus progresos? de las sospechas pronto pasé á creer cierta la pérfidia. Quise castigarte sin quejarme, porque te juzgaba indigna de ello. No te disímulo mis crímenes, porque la verdad me es tan cara como el amor.

He querido volver á España, cumplir una promesa que mis primeros juramentos habian anulado: el arrepentimiento no tardó á destruir el impetu que te habia dado á conocer mi crímen.

Vanamente quise desengañarte de una resolucion que el amor habia destruido tan pronto como la formé: tu obstinacion en no quererme ver encendió de nuevo mi furor. Rabiando de zelos me alejé: pero lejos de ir á Madrid á con-

sumar un crímen que mi corazon detestaba, como han querido persuadírtelo, agoviado con el peso de mis desgracias, he buscado en la soledad una paz que solo puede proporcionarnos la tranquilidad del corazon. Abatido por el dolor, mi físico ha subcumbido al peso de tantos disgustos. Lejos de tí, Zilia, te confesaré á pesar mio, que en todo este tiempo, solo he tenido fuerzas para ultrajarte. Te veia satisfecha con mi fuga, llamar á mi rival. Te veia..... ¡Ah! ya conoces mi ofensa; pero no el castigo, que ha sido muy superior á mi crímen. ¡Ah Zilia! Si el exceso del amor pudiese borrarlos no, no seria culpable. No creas que pretendo enternecer tu piedad, pues soy mas ambicioso, vuelveme tu corazon, ó no me concedas nada.

Presta oidos al amor que todavía hablará en tu corazon; permite que cerca de tí vuelva á encender la llama que tu justo enojo quiere apagar. Entre las cenizas del amor que tu viste á Aza, yo procuraré encender alguna chispa.

Zilia, Zilia! Dispon de mi suerte, ya te he confesado mi crímen. Si tu perdon no lo borra, debe ser castigado; mi muerte lo sepultará. Demasiado felíz si pudiese exhalar á tus plantas el último suspiro.

CARTA XXXV^a. Y ULTIMA.

A KANHUISCAP.

Zilia vuelve su amor á Aza. — Su próximo regreso á su pátria.

Quisiera, caro Kanhuiscap, al paso que voy á sorprenderte, comunicar en tu corazon el jubilo que reboza en el mio. ¡ Que felicidad! ¡ Que rapto! Zilia me restituye su corazon. Me ama. Fuera de mi en el enagenamiento de mi cariño, puesto á sus pies derramo las mas tiernas lágrimas. Sus suspiros, sus miradas, sus transportes son los únicos intérpretes de nuestro amor y de nuestra felicidad.

Figúrate, si puedes, nuestros placeres; este instante, siempre presente á mis ojos, este instante...... No, no puedo exprimirte tanto amor, tanto placer.

Sus ojos, su tez aminada me retratan su amor, su enojo, su verguenza..... se pone pálida. Debil, enmudecida, se arroja á mis brazos: pero, lo mismo que las llamas agitadas por el viento, mi corazon movido por el temor, arde con mas violencia. Mis labios aplicados, á su pecho con mi fuego la comunicaron

el de su vida, confundida con la mia.... Zilia! adorada Zilia! ¡que torrente de delicias derramas sobre el venturoso Aza! No, Kanhuiscap, no puedes figúrarte nuestra felicidad. Ven, ven y serás testigo de ella. Mi dicha debe ser completa. El francés que te entregará esta carta, te proporcionará los medios de venir aquí. Verás á Zilia. Mi júbilo á cada instante se aumenta: la relacion de nuestros placeres, así como la de nuestros infortunios (ya olvidados) ha llegada hasta el trono. El generoso monarca de los Franceses manda que los navíos que van á batirse con los Españoles en nuestros mares, nos lleven á Quito. Vamos á volver á nuestra pátria, á aquellos tristes lugares tan caros á nuestros deseos, aquellos lugares. ¡O Zilia! que vieron nacer nuestros primeros placeres, tus suspiros y los mios. Sean testigos, celebren si es dable nuestra felicidad.... Pero corro á ver á Zilia.

Amigo, el amor no me ha hecho olvidar la amistad; pero la amistad me separa demasiado del amor. Dulces afectos que arrebatais mi alma, en el enagenamiento que me causais, hallo de nuevo la vida..... tanta dicha me anonada! He recobrado á Zilia, me espera vuelo á sus brazos.

FIN.

INDICE.

CARTAS DE UNA PERUANA.

CARTAS DE UN PERUANO.

FIN DEL INDICE.

